A pesar de que su gobierno no alcanzó a la mitad del período, Salvador Allende es una de las figuras más decisivas y controvertidas de la historia de Chile del siglo veinte. Al cumplirse tres décadas desde su dramático fin, aún se mantienen vivas muchas de las pasiones que empañan el juicio de la historia. Sin embargo, hoy podemos disponer de irrefutable documentación probatoria, que permite conocer los verdaderos hechos que provocaron su caída y a los auténticos protagonistas de la conspiración para derrocarlo. Buena parte de esa confesión ha venido desde la entraña del poder norteamericano: Informe Church, documentos desclasificados de la CIA, etc. *«Ustedes tienen derecho a saber qué pasó y cómo pasó»* (Presidente Bill Clinton, 1999); *«No es parte de la historia de los EE.UU. de la cual nos sintamos orgullosos»* (Secretario de Estado Colin Powell, 2003).

Impedir que Allende fuera presidente de Chile y luego abortar sangrientamente su proyecto fue una decisión que tomó diez años al gobierno de los EE.UU. (1963-1973). Este libro ha escudriñado rigurosamente en cada una de las fuentes que hoy dan luz a esa etapa de "acciones encubiertas" y su vinculación con quienes en Chile acompasaron este propósito, permitiendo así que se comprenda la magnitud de la intervención en un país soberano, con sus secuelas de dolor y fractura de toda la sociedad chilena.

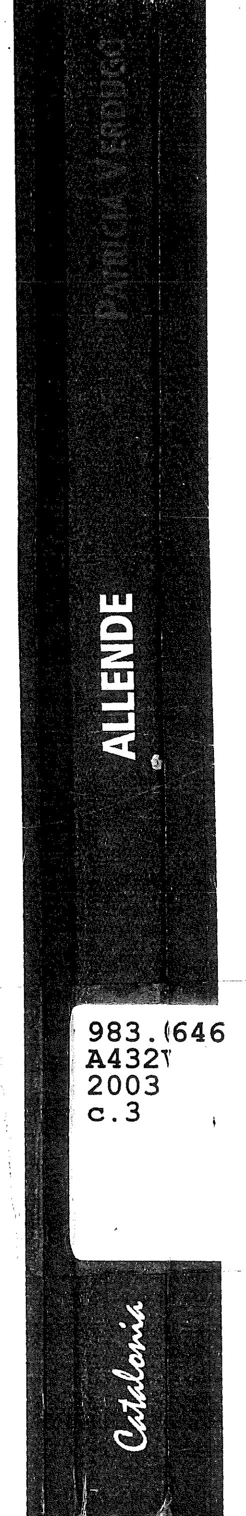
Allende. Cómo la Casa Blanca provocó su muerte incluye una completa biografía de Salvador Allende y un magistral relato de sus últimas horas en el Palacio de La Moneda, para que las nuevas generaciones puedan conocer con exactitud lo ocurrido y los verdaderos intereses que se movieron en el tablero político, evitando así su repetición en el futuro.





ISBN 956-8303-00-6





PATRICIA VERDUGO

ALLENDE

CÓMO LA CASA BLANCA PROVOCÓ SU MUERTE



Catalonia



PATRICIA VERDUGO es Premio Nacional de Periodismo (1997) y recibió en Estados Unidos importantes reconocimientos a su labor: el Premio Maria Moors Cabot 1993 (Columbia University) y el LASA 2000, otorgado por la Latin American Studies Association.

Es autora de once libros, en su mayoría dedicados a la defensa de los derechos humanos: *Una herida abierta* (1979), *André de La Victoria* (1984), *Quemados vivos* (1986), *Los zarpazos del puma* (1989), *Operación Siglo XX* (1990), *Tiempo de días claros* (1990), *Conversaciones con Nemesio Antúnez* (1995), *Interferencia secreta* (1998), *Bucarest 187* (1999), *Pruebas a la vista* (2000), *El enigma de Machu-Picchu* (2001).

Su obra se publica en Europa y América Latina. La versión en inglés de *Los zarpazos del puma* tiene como título *Chile, Pinochet and the Caravan of Death* y obtuvo en Estados Unidos (2003) la distinción como Choice Outstanding Academic Book.

Allende

Cómo la Casa Blanca provocó su muerte

Patricia Verdugo

Allende

Cómo la Casa Blanca provocó su muerte



Catalonia

Diseño de portada e interiores: Patricio Andrade
Fotografía de portada: Prensa Latina
Impresión: Ventrosa Impresores S.A. Santiago de Chile
Dirección editorial: Arturo Infante Reñasco

Primera edición: Agosto de 2003
Segunda edición: Agosto de 2003

ISBN 956-8303-00-6

Santa Isabel 1235, Providencia
Santiago de Chile
www.catalonia.cl

ÍNDICE

EL PROTAGONISTA

ÉSTA es la historia de un demócrata que alimentó sus primeros sueños libertarios y de justicia social en la saga familiar. Porque todos somos el resultado, de uno u otro modo, de la historia de nuestro clan. Y Salvador Allende Gossens no fue la excepción. Sus tatarabuelos Allende Garcés fueron –en la guerra por la Independencia– guerrilleros que lucharon contra los españoles. Uno fue parte de las milicias de O'Higgins y otro se enroló en el escuadrón de los Húsares de la Muerte, creado por Manuel Rodríguez. Uno de sus bisabuelos, Vicente Padín, fue decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile y fundador del Hospital San Vicente, y colaboró como médico en la Guerra del Pacífico. Para la Guerra Civil de 1891, su padre luchó como teniente-artillero en la batalla de Concón y su tío Arsenio Gossens murió fusilado.

Y si dar la vida por ideales estaba en los genes de su familia, la notable figura de su abuelo, el doctor Ramón Allende Padín, Serenísimo Gran Maestre de la Masonería chilena, parece marcar el fortísimo sentido del deber político. Este abuelo fundó la primera maternidad de Santiago, fue pionero en la investigación de la salud pública y hasta editó una revista llamada *Guía para el pueblo y el deber*. Como si eso fuera poco, este abuelo se embarcó en la lucha política para separar la Iglesia Católica del Estado y promovió tanto la educación como los cementerios laicos. De su campaña a diputado, en 1873, se guarda un discurso

donde responde al apelativo de "el rojo" que le pusieron sus adversarios: "Rojo, pues, ya que es preciso tomar un nombre y aunque éste me haya sido impuesto como infamante. Rojo, digo, ¡estaré siempre de pie en toda cuestión que envuelva adelanto y mejoramiento del pueblo!", exclamó el doctor Ramón Allende Padín.

Exactamente un siglo después de pronunciadas estas palabras, el nieto de "el rojo" Allende murió en el Palacio de La Moneda en señal de lealtad con el pueblo chileno que lo ungió Presidente de la República.

Salvador Allende no conoció a este abuelo. Pero el ejemplo de su vida impregnó cada rincón de su infancia. En las voces de su abuela y su padre debió conocer de sus luchas y sus sueños. Y también de sus desvelos. Se cuenta que nada cobraba a los pacientes que no podían pagar, que de su bolsillo sacaba dinero para los medicamentos, que hasta sustraía frazadas de su casa para darlas a los desamparados. Cuando murió, tan precaria era la situación de su familia, que la masonería compró una casa para la viuda y sus hijos, además de otra para que ellos contaran con una renta segura.

Médico y político. El abuelo Allende Padín marcó la senda y su nieto la recorrió en el siglo veinte, tras nacer el 26 de junio de 1908. Porque de su padre, el abogado Salvador Allende Castro –masón y radical también– heredó otra cualidad: el goce por la vida. De su madre, Laura Gossens –una bella mujer, muy formal y piadosa católica– heredó el respeto por la diversidad, la sabia nutriente de su amor incondicional y la fuerza obstinada para sobreponerse a la muerte. La historia anota que su madre enterró a dos de sus hijos, llamados Salvador y Laura, los mismos nombres con que bautizó a los niños que nacieron luego.

Así, en Valparaíso, mientras este segundo Salvador dormía en su cuna de bronce almohadillada de encajes, ya bullía –en las salitreras del norte– el movimiento obrero al ritmo de la palabra acerada del líder Luis Emilio Recabarren. El año anterior, 1907, más de dos mil trabajadores junto a sus mujeres e hijos habían sido masacrados en la ya mítica escuela de Santa María de Iquique.

El trabajo del padre hizo de su infancia un periplo por Chile. Vivieron en Tacna (entonces chilena), Iquique, Santiago, Valdivia, y retornaron a Valparaíso para que Salvador iniciara su educación secundaria. Fue allí donde entró en su vida un curioso e inesperado instructor político: un viejo zapatero anarquista, italiano de origen, llamado Juan Demarchi. "Me enseñó a jugar ajedrez, me hablaba de cosas de la vida, me prestaba libros. Sus comentarios eran importantes porque yo no tenía una vocación profunda de lecturas y él me simplificaba los problemas, con esa sencillez y esa claridad que tienen los obreros que han asimilado bien las cosas", recordó luego Salvador Allende.[1] Así fue como Demarchi tradujo a lenguaje asequible las obras de Kropotkin, Bakunin, Malatesta y Lafargue. Y el adolescente sintió que se le abría una puerta, una puerta que conectaba su historia familiar con un futuro de acción política posible.

El entrenamiento se hizo paso a paso: obtener muy buenas calificaciones, ser presidente del centro de alumnos de su liceo, disciplinar el cuerpo y el espíritu a través del deporte, llegando a ser campeón nacional de natación y decatlón, además de practicar equitación y tiro al blanco. Hasta se le ocurrió, a los 18 años, que debía hacer el servicio militar, "obligación" que nadie cumplía en su clase social. Así, compartió la vida dura de los reclutas en el Regimiento Lanceros y fue castigado con varios arrestos, uno de ellos por "formular reclamos colectivos".

Al ingresar a la Universidad de Chile, en 1926, ya van de la mano la Medicina y la política. "El dirigente universitario tendrá más autoridad moral si es también un buen estudiante. Yo no le he aceptado jamás a un compañero joven que justifique su fracaso porque tiene que hacer trabajos políticos. Es claro que tiene que darse el tiempo necesario para hacer sus trabajos políticos; pero, primero, están

los trabajos obligatorios que debe cumplir como estudiante de la Universidad", dijo Allende años más tarde a los estudiantes de la Universidad de Guadalajara.

Y lo cumplió en su caso. Estudiaba y participaba con igual entusiasmo: fue presidente del centro de alumnos de la Escuela de Medicina, vicepresidente de la Federación de Estudiantes y hasta miembro del Consejo Universitario. No sólo eso. Le quedaba tiempo para asistir a las reuniones de la masonería; fue cofundador del grupo Avance, donde se estudiaba a los clásicos marxistas; no se perdía manifestación contra el dictador Ibáñez y hasta –algunas noches– dictaba clases en una escuela de capacitación obrera.

A la masonería entró el mismo año que a la universidad, 1926, siguiendo la tradición de su familia paterna. Tenía sólo 18 años.

> Yo tengo una tradición masónica. Mi abuelo, el doctor Allende Padín, fue Serenísimo Gran Maestre de la Orden Masónica en el siglo pasado, cuando ser masón significaba luchar. Las logias masónicas, especialmente la Logia Lautarina, fueron el pilar de la Independencia y de las luchas contra España. Entonces, por esa tradición familiar y, además, porque la masonería luchó por los principios fundamentales de libertad, igualdad y fraternidad, ingresé a ella. Ahora bien, yo he sostenido dentro de la masonería que no puede existir igualdad en el régimen capitalista; que no puede existir fraternidad cuando hay explotación de clases y que la auténtica libertad es concreta y no abstracta. Así es que yo les doy a los principios masónicos el contenido real que deben tener –explicó décadas más tarde Salvador Allende, en una entrevista.

Disciplina y claridad en sus objetivos. Seguridad en sí mismo. Tanta seguridad tenía que no hubo apodos ni chistes que lo hicieran cambiar. "Lenin con tongo", llegaron a

decirle sus amigos, criticando el cuidado que ponía en su vestuario y su elegante apariencia, sombrero incluido. Y en asuntos de fondo, no daba su brazo a torcer si creía tener la razón, aunque el costo emocional fuera alto. Le ocurrió con su grupo Avance. Cuando empezó a prender la idea de crear "soviets" al interior del grupo, Allende se opuso tenazmente, argumentando que los esfuerzos debían estar dirigidos a un socialismo arraigado en lo realmente chileno. Resultado: de los 400 miembros del grupo, 395 votaron por su expulsión acusándolo de traidor. "A mí me echaron por reaccionario, pero los trabajadores de mi patria me llaman 'compañero Presidente'", recordó cuarenta años después en el Palacio de La Moneda.

La crisis mundial de 1929 golpeó a Chile con fuerza. Desde el norte y desde el sur, millares de desempleados y hambrientos convergieron hacia la capital. La dictadura de Ibáñez respondió con represión. Cuando los universitarios se tomaron la Casa Central de la Universidad de Chile, Allende estaba a la cabeza y terminó siendo arrestado junto a cientos de obreros y estudiantes. Su activismo político fue castigado con la expulsión cuando faltaban apenas dos meses para que terminara la carrera. Sus méritos de buen estudiante permitieron que la universidad reconsiderara la medida y pudiera egresar.

En la casa familiar de Valparaíso concluyó su tesis de grado sobre "Salud mental y delincuencia". Así, poseedor de un título y un brillante estetoscopio, comprobó que se pagaba un costo por el activismo político. El sistema estatal de salud no le dio trabajo. Llegó a postular cuatro veces como único candidato a un cargo médico en el Hospital de Viña del Mar, y lo rechazaron las cuatro veces. Su cuñado Eduardo Grove, casado con su hermana Inés, le abrió un espacio en su consulta privada, donde continuó con la tradición familiar de no cobrar e incluso regalar los medicamentos. Hasta que finalmente consiguió un puesto como médico legista en la morgue del Hospital de Valparaíso.

"Con estas manos, yo he hecho más de mil quinientas autopsias y sé lo que es, por eso mismo, el misterio de la vida y el drama de la muerte", comentó años después, recordando ese difícil período.

Por aquel entonces, junio de 1932, Chile vivió un decidor episodio político, encabezado por el hermano de su cuñado, el comodoro del aire Marmaduque Grove. Éste se rebeló en la Escuela de Aviación y luego fue ¡sin armas! a La Moneda, acompañado por una delegación de socialistas, encabezada por Eduardo Matte, Óscar Schnake y Carlos Dávila, entre otros. Sin que se disparara un tiro, recibieron el poder de manos del Presidente Esteban Montero. ¡Otro episodio chileno para el ranking de curiosidades del libro de Guiness! Chile fue declarado "República Socialista". Primer objetivo del nuevo gobierno: alimentar al pueblo, dar trabajo y techo al pueblo, devolver a sus dueños todos los bienes empeñados en la Caja de Crédito Popular. Fue un capítulo tan breve como curioso. Hasta los trabajadores de *El Mercurio* –periodistas y obreros– firmaron un acuerdo con el propietario, Agustín Edwards (padre del actual), obteniendo dos puestos en el directorio y ¡la mitad de las utilidades! Doce días después reaccionó el Ejército y se acabó la "República Socialista", también sin disparos.

¿Qué hizo Allende en esos días? Dio un tan fogoso discurso en la Escuela de Derecho que terminó arrestado y sometido a una Corte marcial. Su familia debió conseguir un permiso para que saliera en libertad y pudiera acompañar en los últimos minutos la agonía de su padre: "Alcanzó a decirme que sólo nos legaba una formación limpia y honesta y ningún bien material". En el funeral, pronunció un solemne discurso, comprometiéndose a dedicar su vida a la causa de la justicia social. Varios analistas sostienen que fue en esta alocución fúnebre donde se selló su destino. Porque, en el momento de máximo dolor personal, Allende hizo su juramento político ante el féretro de su padre y ante su doliente madre. Ellos representaban su historia familiar,

un altar sagrado. Y ante ese altar prometió ser quien finalmente fue.

El Partido Socialista de Chile se fundó en 1933, bajo el liderazgo de Marmaduque Grove y Óscar Schnake. Ya gobernaba nuevamente Arturo Alessandri y el doctor Allende recuperó su libertad, liderando la organización del nuevo partido en Valparaíso.

Tiempos difíciles y violentos fueron aquellos. El gobierno tenía un discurso populista, pero era sangriento a la hora de reprimir. En 1934, por ejemplo, la policía mató a unos 300 obreros que protestaban por sus bajos salarios en el episodio histórico conocido como la masacre de Ranquil. La inestabilidad política era tan grande que el propio gobierno entregó armas a unos 50 mil civiles que formaron las Milicias Republicanas. Y así como estas milicias marchaban por las calles, también desfilaban los nazis chilenos con uniformes, suásticas y tropas de asalto. Incluso, en 1938, a los nazis criollos se les ocurrió "tomarse" la Casa Central de la Universidad de Chile y la sede del Seguro Obrero, ubicada frente al Palacio de La Moneda. El resultado fue sangriento. Más de 60 jóvenes nacionalsocialistas cayeron en el episodio que la historia registra como la masacre del Seguro Obrero.

Incluso hubo Milicias Socialistas por aquel tiempo, cuando las contiendas callejeras eran pan de cada día. El doctor Allende dijo por ese entonces: "Los partidos de derecha armaron la milicia republicana, con armas del Ejército y Carabineros. En cambio, nuestras milicias no tienen armas. Las únicas armas son su espíritu de disciplina y su convicción ciudadana".

Nuevamente Allende fue castigado por su activismo político. Lo deportaron al nortino puerto de Caldera. Y como todo obstáculo encierra una nueva oportunidad, el castigo gubernamental le dio seis meses de reflexión y lectura, incluyendo leer de las noticias fechadas en España. "¡La izquierda unida, jamás será vencida!", lema del gobierno re-

publicano español, iba a marcar desde entonces su vida, así como la guerra civil española fue anticipo de la misma violencia que sellaría su muerte.

Unir a la izquierda se tornó el eje de su discurso político. Socialistas, comunistas, radicales, ¿por qué no trabajar unidos, si los objetivos de justicia social eran los mismos? Desde Europa, el Séptimo Congreso de la Internacional Comunista impulsó los "frentes populares" para combatir el fascismo que ya amenazaba desde Alemania e Italia. Y en Chile, el doctor Allende estaba convencido de que la diversidad humana se podía expresar en muchos partidos de izquierda bajo el común denominador de los tres ideales fraguados en la Revolución Francesa: libertad, igualdad y fraternidad.

A los 29 años, triunfó en su primera elección popular, llegando al Parlamento como diputado por Valparaíso y Quillota en 1937. Y se lanzó de lleno en la campaña presidencial del radical Pedro Aguirre Cerda, quien arribó a La Moneda en 1938 con su gobierno del Frente Popular. "Pan, techo y abrigo" fue el lema de campaña de este notable educador que sostenía que "gobernar es educar".

Años de esperanza en Chile mientras Europa se sumergía en la Segunda Guerra Mundial. El doctor Allende hasta se dio tiempo para terminar su libro *La realidad médico-social chilena*.

"De cada veinte niños, uno nace muerto. De cada diez que nacen vivos, uno muere durante el primer mes, la cuarta parte durante el primer año y casi la mitad durante los primeros nueve años", escribió, quizás teniendo en el corazón el dolor de su propia madre ante la muerte de dos de sus hijos.

Así fue como debió abandonar el Parlamento para convertirse en el ministro de Salud más joven de la historia chilena. Tenía sólo 30 años. "Chile popular está enfermo de atraso y de miseria, y es preciso sanarlo con el gobierno actuando como un doctor de cabecera", declaró por esos días.

Si como ministro impulsó la reforma del Seguro Social, el nuevo Estatuto Médico Funcionario, las Juntas Escolares y las leyes que protegían la maternidad y la infancia, como miembro del gabinete vio florecer una iniciativa que fue clave para el desarrollo económico de Chile: la creación de la Corporación de Fomento a la Producción (CORFO). Porque había que industrializar rápidamente al país y sólo el Estado era capaz de emprender esa enorme tarea. Hubo también iniciativas que marcaron el devenir cultural: la creación de Chile Films, el Teatro Experimental, la Orquesta Sinfónica y el Ballet Nacional, sin olvidar ese día de septiembre de 1939, cuando asistió al desembarco de los españoles refugiados que llegaron en el *Winnipeg*. El doctor Allende no lo supo entonces, pero entre los refugiados venía un joven ingeniero, muy alto y delgado, que se convertiría en uno de sus mejores amigos y su leal asesor: Víctor Pey.

Ya entrando en el mundo de sus afectos, anotemos que en abril de 1939 conoció a Hortensia Bussi, estudiante de Historia, una mujer tan bella como culta y refinada. Le decían, cariñosamente, Tencha. Se casaron, tuvieron tres hijas –Carmen Paz, Beatriz e Isabel– y conformaron una alianza indestructible hasta la muerte. De hecho, en su viudez, doña Tencha dio prueba concreta de otras dos cualidades: sabiduría y lealtad incondicional. Esas virtudes pasaron por pruebas de fuego desde que cumplieron veinte años de matrimonio. Pero ésa es otra historia que se contará luego.

La unidad de la izquierda –verdadera obsesión de Allende durante su vida– duró poco. La crisis sobrevino a los tres años del gobierno de Aguirre Cerda. Y fue un momento que el ex dictador, general Ibáñez, aprovechó para una nueva asonada que quedó en la historia como "el ariostazo", por el nombre del general Ariosto Herrera, quien encabezaba el motín. Importa este episodio por lo que entonces hizo el doctor Allende.

Sin dudarlo un instante, se dirigió a La Moneda para recomprometer su lealtad con el Presidente. Y allí estaba

cuando llegó la oferta para que el Presidente escapara al puerto de Valparaíso, cambiando la sede de gobierno con respaldo de la Armada.

"El Presidente de la República no se somete a un faccioso. De aquí no me sacarán si no muerto. Mi deber es morir en defensa del mandato que me otorgó el pueblo", contestó Aguirre Cerda.

La conspiración abortó, pero todo indica que la frase del Primer Mandatario quedó grabada a fuego en la memoria del doctor Allende.

En la siguiente elección presidencial, la unidad de la izquierda estaba ya resquebrajada. El radical Gabriel González Videla llegó a La Moneda. Era el comienzo de la "guerra fría" entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Chile cedió a la presión de Washington dictando la "ley de defensa de la democracia". Se declaró a los comunistas fuera de la ley, ordenando arrestos y abriendo campos de concentración. Era la "ley maldita" que incluso obligó a nuestro gran Pablo Neruda a buscar refugio en el exilio.

El doctor Allende, desde el Parlamento y ya como senador, luchó incansablemente por la derogación de esa ley y solidarizó con los relegados en sus sitios de reclusión. De su visita al campo de concentración de Pisagua hay registro escrito por mano del general Augusto Pinochet, entonces un joven teniente. En sus memorias, tituladas *El día decisivo*, escribió: "Un grupo de congresales fue a visitar a los relegados, entre los que se me informó que venía el senador socialista Salvador Allende (...) Se suscitó una seria discusión entre el personal policial y los señores congresales, que esgrimían como argumento su propósito de venir a conocer el estado de los presos (...) Como insistieron en que pasarían, aun sin permiso, les hice informar que si hacían tal cosa se les dispararía".

Y llegó el año 1952. El ex dictador Ibáñez se transformó en candidato demócrata y prometió "barrer a los

politiqueros" si llegaba a La Moneda. Al general "de la escoba" –así lo motejaron pues prometía barrer– se le opuso, por la izquierda, el senador Allende, en una débil alianza de un sector socialista con los comunistas, la cual se llamó Frente del Pueblo. Fue su primera candidatura presidencial, un "saludo a la bandera", como él mismo calificó luego. Un saludo que buscó insuflar esperanza y volver a la carga con la organización popular, tan afectada por la represión de la "ley maldita".

La derrota fue contundente: resultó cuarto entre cuatro candidatos. Sólo 52 mil votos que él vio como una victoria, y lo manifiesta en el discurso que hizo en el Senado: "Nunca pensamos triunfar, pero obtuvimos un porcentaje que implica un triunfo real y efectivo. Porque los 52 mil sufragios del Frente del Pueblo constituyen la expresión de otras tantas conciencias limpias, que sabían que votaban por un programa, por una idea, por algo que está apuntando hacia el futuro".

Recordó su secretario privado, Osvaldo Puccio, que cuando Allende vio, en su sede de campaña, las caras apesadumbradas de los hombres y los ojos llorosos de las mujeres, se subió a una mesa para animarlos: "Camaradas, no son lágrimas de derrota, son lágrimas de impotencia. Pero un hombre que tiene confianza en el pueblo, ¡no debe llorar nunca de impotencia!".[2] Dicen los archivos de prensa que, en ese momento, se escucharon gritos de protesta en la calle. Eran militantes de otro grupo socialista, que no apoyó su candidatura. Y a ellos se dirigió diciendo: "Si son consecuentes los que hoy nos detractan, un día no lejano marcharán detrás de nosotros y juntos haremos de este país la primera nación socialista de América".

Sólo en 1957 los esfuerzos del senador Allende consiguieron la meta: unidad socialista. Y con un fortalecido Frente de Acción Popular (FRAP) fue a su segunda elección presidencial en 1958. Obtuvo el segundo lugar, con 354 mil votos. ¡En seis años había conquistado más de 300 mil vo-

tos! La clave es que perdió sólo por 30 mil votos ante el derechista Jorge Alessandri. Los mismos 30 mil votos que obtuvo un extraño postulante, un sacerdote católico apodado "el cura de Catapilco" que apareció súbitamente en la arena política con un discurso populista y desapareció con la misma rapidez. Es decir, Allende estuvo a punto de ganar y ese cálculo se hizo en Washington, en el centrista Partido Demócrata Cristiano y en la derecha local.

Hagamos un paréntesis para volver a la vida privada del senador Allende. Fue a fines de 1958 –tras la segunda derrota– cuando conoció a Miria Contreras, la Payita, su nueva vecina en el barrio de la comuna de Providencia, donde vivía. Él tenía 50 años, ella apenas 30. De la amistad fue emergiendo un amor profundo y leal, de esos que duran –como ocurrió en este caso– "hasta que la muerte los separe". Ambos estaban casados y ambos tenían tres hijos. Los dos, además, sentían respeto y cariño por sus cónyuges. Nadie puede hurgar en las razones profundas que tienen las parejas para tomar sus decisiones. En este caso, acordaron mantener todo tal cual. Una puerta comunicó los patios traseros de ambas casas y todos asumieron –hijos incluidos– que entre el senador Allende y la Payita había una muy especial relación. No hubo mentiras ni engaños. Sólo cuando él fue Presidente vivieron juntos durante los fines de semana, compartiendo la casa de la Payita en El Cañaveral, enclave cordillerano muy cerca de Santiago. Ella ya estaba separada. Y, claro, en La Moneda fue su mano derecha durante los tres años de gobierno, compartiendo con él incluso el bombardeo del Palacio de Gobierno. Para cerrar este paréntesis, digamos que los enemigos de Allende buscaron hacer de esta historia un escándalo de traición marital. Y el más contundente desmentido ocurrió a la muerte de la Payita, en noviembre de 2002. Sin dudarlo un instante, la diputada Isabel Allende y Hortensia Bussi, doña Tencha, autorizaron la ceremonia fúnebre en la solemne casona que alberga a la Fundación Salvador Allende y al Museo de la Solidaridad.

Volvamos hacia fines de los años 50. El triunfo de la revolución cubana, en 1959, sorprendió al senador Allende en Caracas. Su amigo Rómulo Betancourt asumía como Presidente de la República. Decidió partir de allí a La Habana, donde sostuvo largas conversaciones con Fidel Castro y Ernesto "Che" Guevara.

Ahí tenemos, en los albores de los años 60, las dos imágenes fundamentales para esta historia. La primera es la del doctor Allende sonriente, puño en alto, ante una multitud. Es ya el líder indiscutido de la izquierda chilena, el "compañero Allende" vitoreado por estudiantes y obreros, campesinos e intelectuales. La segunda puede ser una fotografía que lo muestre entre Fidel y el Che, en el fervoroso inicio de la revolución cubana que prometía el sueño de igualdad y justicia para las mayorías postergadas y silenciadas de América Latina.

Esas dos imágenes serán clave en esta historia.

1. Carlos Jorquera, *El Chicho Allende* (Barcelona: BAT, 1990).
2. Osvaldo Puccio, *Un cuarto de siglo con Allende* (Santiago: Emisión, 1990).

Capítulo I

EN LANGLEY, VIRGINIA

Our D-day was close to perfect...

"Nuestro día-D fue casi perfecto." Con esas palabras informó al Pentágono el agregado naval de la embajada de Estados Unidos en Chile, Patrick Ryan, miembro del US Milgroup, Navy Section. El golpe militar del 11 de septiembre de 1973 les pertenecía. Era –en la comunicación entre uniformados estadounidenses– "nuestro día-D".

Duele hasta transcribir sus palabras al teclado de la computadora. Pero es una forma de iniciar este relato que tendrá como protagonista al Presidente Salvador Allende y a la Casa Blanca como antagonista.

Porque ésta es la historia de un hombre que sabía, pero no pudo evitar que ocurriera aquello que sabía. Ésta es la historia de un hombre que encarnó un proceso social, un proceso amasado con paciencia y sacrificio en el curso de más de un siglo por millones de chilenos que soñaron con un país más libre y más justo. Y fue por eso –porque él encarnaba un largo proceso– que nada pudo hacer por evitar la tragedia que se inició con su propio sacrificio.

Ésta es, también, la triste historia de cómo el gobierno del país más poderoso del planeta provocó una tragedia en una pequeña nación de su mismo continente: Chile. Y lo hizo en nombre de su "seguridad nacional". Es verdad que Estados Unidos pudo haber invadido Chile, como antes y después lo ha hecho con otros países del mundo. Pero optó por un método "encubierto" y de ahí la importancia de

develarlo, una y otra vez, para que permanezca en la memoria y para evitar que se repita.

Y es que las "acciones encubiertas" –como se denominan en el lenguaje de los expertos de Inteligencia– tienen una característica siniestra. Garantizan, por un lado, la impunidad de los autores intelectuales y materiales. Y, por otro, crean una gran confusión y dividen profundamente al país que es víctima de esas acciones. En el caso chileno, tres décadas después persiste la confusión acerca del origen real de la tragedia que costó millares de vidas. Una confusión que da paso a mutuas y agrias recriminaciones.

Comencemos esta historia fechándola en 1959 y ubiquémosla en el cuartel central de la CIA, en Langley, Virginia. Sobre un escritorio, dos fotografías donde el chileno Salvador Allende está al centro. En una, puño en alto, sonríe desde lo alto de un escenario. Es el líder de la izquierda chilena y estuvo a punto de convertirse en Presidente de la República en la pasada elección de 1958. En la otra foto, tomada en La Habana, está junto a Fidel Castro y al Che Guevara, celebrando el triunfo de la revolución. Ahora, póngase, usted, lector, en la cabeza de un analista de Inteligencia y sacará la misma conclusión: el marxista Allende está a punto de llegar al poder en Chile por vía democrática, sin disparar ni un solo tiro. ¡Alerta amarilla!

Para entender bien el cuadro, es necesario ponerlo en su contexto histórico: la guerra fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Dos imperios que estaban disputándose sus zonas de influencia, en el territorio del planeta, tras romper su alianza estratégica al fin de la Segunda Guerra Mundial. Y América Latina, para Estados Unidos, es su patio trasero. Un patio que debe proveerlo de buenas cosechas –materias primas y negocios– y que también sirve para acumular la basura. Un patio rodeado de alambrada eléctrica para espantar a los extraños. En ese contexto, la revolución cubana y su pronta alianza con la Unión Soviética provocó una fuerte reacción de parte de Estados Unidos, la que perdura hasta hoy. En abril de 1961, por ejemplo, el Presidente John Kennedy respaldó la llamada "invasión de Bahía Cochinos" con mil 500 cubanos anticastristas entrenados por la CIA. Luego de tres días de combates, la invasión fracasó. Ese mismo año, en Europa, la Unión Soviética levantó el "muro de Berlín" que, por casi tres décadas, dividió a Alemania. Y al año siguiente, en octubre de 1962, ocurrió la "crisis de los misiles" que tuvo al mundo al borde de una tercera guerra mundial. Un vuelo norteamericano de espionaje descubrió lo que parecía ser la construcción de una base de misiles soviéticos en Cuba. Luego de muy tensas negociaciones, la Unión Soviética aceptó retirarlos.

En ese cuadro, América Latina pasó a ser un territorio cada vez más peligroso para los intereses de Estados Unidos. Se reforzaron los equipos de espionaje y de análisis de Inteligencia. Había que prever. No podía ocurrir una segunda Cuba. Se prepararon los equipos de contrainsurgencia para aplastar cualquier foco guerrillero. Todo el proyecto recibió un nombre curioso: Plan Camelot.[1]

En ese plan no sólo se preparó y usó el garrote. Como toda política que se precie de inteligente, usó "el garrote y la zanahoria", el castigo y el estímulo, para lograr su objetivo. Delante de la nariz de América Latina puso una zanahoria: la Alianza para el Progreso. En suma, esa "alianza" proponía avanzar hacia el progreso (léase, mayor justicia social) sin que los ciudadanos tuvieran que votar por candidatos marxistas.

Así se explica, por ejemplo, que Estados Unidos haya propiciado la Reforma Agraria en América Latina. Había demasiada tierra sin cultivar o cultivada a medias, en manos de pocos latifundistas muy ricos. Había, por lo tanto, demasiados campesinos mal pagados. Muchos ni siquiera recibían billetes como salario. Les eran entregadas porciones de cosecha para asegurar un mínimo sustento a sus familias. Y sus hijos ni siquiera tenían derecho a la educación. Además, la falta de cultivos provocaba altos precios y a ve-

ces hasta escasez en los mercados, afectando seriamente el derecho de las mayorías para alimentarse mejor. Era, por tanto, un caldo de cultivo para revoluciones marxistas.

Bajo la presión de Washington, la primera ley chilena de Reforma Agraria fue aprobada a desgano durante el gobierno derechista de Jorge Alessandri. La prensa de izquierda la apodó "ley del macetero" porque, en la práctica, no operó. Y la Iglesia Católica chilena –que en su temor al marxismo coincidía con la Casa Blanca– decidió dar el primer paso, entregando buena parte de su latifundio a los campesinos.

Para entender mejor esos tiempos, veamos lo que escribió en sus memorias el entonces cardenal Raúl Silva Henríquez: "La Reforma Agraria era una necesidad urgente, un grito de auxilio que se oía desde todos los rincones del agro de América Latina, sometido a métodos atrasados y condenado a modos de vida que parecían indignos del estadio presente de la humanidad. Pero era también un símbolo, un augurio, un adelanto de los cambios profundos que podían producirse en nuestras sociedades con el imperio de la caridad, el amor al prójimo y la conciencia social".

Fue en este clima que se llegó a la elección presidencial de 1964, en la cual el senador Salvador Allende participó por tercera vez ofreciendo una "revolución" a secas. Su principal adversario, el democratacristiano Eduardo Frei Montalva, prometió una "revolución en libertad". El agregado "en libertad" era clave, ya que implicaba una acusación: que la revolución allendista pondría en jaque las libertades ciudadanas.

Y fue para esa elección presidencial de 1964 cuando Estados Unidos, a través de la CIA, puso en movimiento su máquina de intervención política en Chile. Objetivo: impedir el triunfo del candidato Allende. Lo expresa, con toda claridad, un memorando *top secret* enviado por el Secretario de Estado Dean Rusk a la Casa Blanca con fecha 14 de agosto de 1964:

Estamos haciendo nuestro mayor esfuerzo encubierto para reducir la chance de que Chile sea el primer país americano en elegir como Presidente a un marxista declarado.

Para que no se vaya a pensar que estamos haciendo una acusación sin base de sustento en la realidad, aclaremos las fuentes de información. Estados Unidos funciona internamente como una democracia, en la que los poderes del Estado se vigilan unos a otros para evitar abusos y arbitrariedades. Así fue como, ante las denuncias de lo ocurrido en Chile, el Senado norteamericano decidió iniciar una investigación a fondo. La comisión investigadora fue presidida por el senador Frank Church, del estado de Idaho, e integrada por once senadores. El informe final fue publicado en 1975 bajo el título *Acciones encubiertas en Chile 1963-1973*.

En su informe, la Comisión Church permitió que conociéramos cómo operaba –por ese entonces y sólo en parte– el sistema de Inteligencia de Estados Unidos para realizar "acciones encubiertas" en el extranjero. Un sistema mucho más complejo de lo que es posible imaginar. En la embajada de Estados Unidos en Santiago, hasta hoy, funciona una "estación" de la CIA. Y tanto los agentes como otros funcionarios de la embajada "alimentan" con sus informes a la gran "comunidad" de Inteligencia, de la que la CIA es sólo un brazo. Los agregados militares conforman el US Military Group (Milgroup) que, a su vez, informa a la Agencia de Inteligencia del Pentágono, la DIA.

Esos informes permiten a la Comunidad de Inteligencia de Estados Unidos elaborar las "Estimaciones Nacionales de Inteligencia" (ENI) sobre cada país que les interese. Sobre la base de esas ENI, la Casa Blanca elabora la política exterior que llevará adelante el Departamento de Estado (Cancillería) con cada país en particular. Y, en paralelo, si es necesario a juicio de la Casa Blanca, la CIA propone y efectúa "acciones encubiertas" en dicho país. Para ello, por ley, debe informar a algunas comisiones del Senado, pero no

siempre lo hace. Así ocurrió en Chile en la mayoría de las 53 "acciones encubiertas" que realizó entre 1964 y 1973.

La Comisión Church no es la única fuente para que los chilenos podamos ir reconstruyendo nuestra dolorosa historia. Además, en febrero de 1999, el Presidente Bill Clinton ordenó a las agencias de seguridad nacional de Estados Unidos "recuperar y revisar para su desclasificación todos los documentos que den luces acerca de abusos de derechos humanos, terrorismo y otros actos de violencia política en Chile", ocurridos entre los años 68 y 90. Hay que aclarar que la decisión del Presidente Clinton, para abrir el cofre de secretos, fue tomada cuando el general Pinochet estaba arrestado en Londres, mientras un tribunal decidía si lo extraditaba a España. Todo indica que para tratar de compensar el daño causado a Chile, la Casa Blanca buscó aportar pruebas para su enjuiciamiento.

Ocurrió entonces que la CIA –en las primeras dos entregas de documentos desclasificados– se negó a cooperar. La CIA argumentó que no estaba obligada a buscar documentos en sus archivos "operacionales". Hubo una campaña pública en Washington, dirigida por Peter Kornbluh, director del proyecto *Chile Documentation* del National Security Archive's. Gracias a ella la CIA se vio forzada a comprometer por escrito la entrega de documentos.

"Creo que ustedes tienen derecho a saber qué pasó y cómo pasó", afirmó el Presidente Clinton a los periodistas, en una frase que estaba dirigida a los chilenos más que a los estadounidenses.

Las gruesas plumas de la CIA trabajaron durante muchas semanas para tachar todo lo que aún se estimaba *top secret*. Aun así, la dirección de operaciones protestó ante el director de la CIA, George Tenet. Razón: los documentos, pese a estar muy censurados, revelaban demasiado. El director Tenet estuvo de acuerdo y, en una carta a miembros del Congreso, explicó que "estos materiales, en su conjunto, muestran un patrón de actividad, cuyo efecto es revelar

los métodos de Inteligencia que han sido empleados en todo el mundo". Por eso, explicó, "he decidido retener" los documentos.

La CIA, ¡más de un cuarto de siglo después del golpe militar!, no aceptó abrir su archivo de secretos, con la excepción de unos 300 documentos que en gran parte ya había revisado la Comisión Church. ¡Imaginen lo que allí habrá como para que aún no nos concedan el derecho a saber de nuestra historia! Y hay que considerar que la CIA tuvo encima una presión extra: para aprobar su presupuesto del año 2000, la Comisión de Inteligencia del Congreso estadounidense decidió investigar las acciones de la CIA en Chile. Esa investigación quedó resumida en lo que se conoce como el Informe Hinchey.

Con todo, entre informes y memorandos, hay más de diecisiete mil documentos que cualquiera puede leer a través de internet. Y este libro busca que el lector los entienda, instalando cada secreto revelado en el contexto que le corresponde.

Volvamos a lo que se pudo saber de lo ocurrido en los años 60. La Comisión Church logró establecer que la CIA entregó al menos tres millones de dólares (dólares del año 64) para la campaña presidencial del democratacristiano Frei Montalva, sin que el candidato se enterara del monto y el origen de los fondos. "El candidato Frei no fue informado de esta asistencia", dice textualmente el informe oficial. Objetivo: impedir el triunfo de Salvador Allende. El resultado fue una campaña millonaria de lienzos y afiches desde Arica a Punta Arenas, con una fortísima presencia en radios y diarios de todo el país. Por ejemplo, en la tercera semana de junio de 1964, el grupo de propaganda de la CIA producía veinte *spots* radiales por día tanto para radios de Santiago como para 44 de provincias. Y ponía al aire cinco veces al día programas noticiosos –de doce minutos de duración– en tres radios de Santiago y 24 de provincias. En la nómina de pago de la CIA había 26 comentaristas políticos. Todo

está detallado en el informe de la Comisión Church. Esa operación incluyó, en la fase final, una campaña del terror hasta con fotos de tanques y soldados soviéticos que –de ganar Allende– ocuparían el territorio chileno. Incluso Juana Castro –la hermana enemiga de Fidel– colaboró en la campaña del miedo, previo pago. Y obviamente se incluyeron imágenes de paredones cubanos. Así se explica que hasta la derecha anunció finalmente que votaría por Frei en un "histórico sacrificio".

El informe del Senado norteamericano dice que la intervención 1963-64 fue vista como algo lógico y consistente con su política exterior de Alianza para el Progreso. Porque, en ese contexto, el Partido Demócrata Cristiano (PDC) y su líder "parecían estar hechos a la medida de la Alianza". En sus conclusiones, el informe agrega que fue tan cuantiosa la ayuda económica que la CIA dio al PDC –tanto en la elección presidencial del 64 como después en la parlamentaria del 65– que terminó por debilitarlo, anulando estímulos para que este partido creara una fuerte organización popular en las bases. De un 43 por ciento de los votos el año 65, el PDC cayó al 31 por ciento en el año 69.

Para ser exactos, no fue el PDC el único partido que recibió aportes de la CIA. Los registros indican también una cifra cuantiosa para la fracción más derechista del Partido Radical, de manera de lograr su quiebre. Y así ocurrió.

De este modo, la CIA ya tenía montada su red de colaboradores chilenos en la segunda mitad de los años 60. Una red que fue clave para sus "acciones encubiertas" posteriores que tenían en la mira a un solo hombre: Salvador Allende Gossens.

La contundente derrota en la elección presidencial de 1964 –la tercera– no desanimó a Allende. Era un optimista por naturaleza. Igual arrugó la frente –en su característico gesto de preocupación– cuando jóvenes dirigentes de la Universidad de Concepción formaron el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en 1965. "¡Pueblo, conciencia, fusil, MIR, MIR, MIR!" era el lema. Porque nada era más distante del senador Allende que los fusiles para tomarse el poder por la fuerza. Y a eso se agregó que su propio Partido Socialista, en 1967, en un congreso realizado en Chillán, cuestionó la "vía democrática al socialismo". El mismo Allende fue allí criticado y pifiado, al punto que ni pudo hablar en la asamblea. Eso no fue todo, ya que las críticas emergieron en el propio seno de su familia. Uno de sus sobrinos –hijo de su adorada hermana Laura– se enroló en el MIR. Y su hija Beatriz, militante socialista, aumentó sus críticas contra la democracia burguesa.

¿Qué estaba pasando en Chile? La pregunta también se la hicieron el Pentágono y la CIA. Para contestarla se usó un brazo académico del llamado Plan Camelot. Así, el Pentágono contrató a la American University de Washington D.C. con el objeto de realizar un estudio sociológico. Objetivo: estudiar a la sociedad chilena para conocer su "capacidad política revolucionaria" y medir su "capacidad de represión". Se trataba, en suma, de una gran operación de espionaje sobre todo Chile. Con un presupuesto inicial de cinco millones de dólares, el proyecto contemplaba una masiva contratación de sociólogos, antropólogos, economistas y geógrafos para hacer un detallado "mapa ideológico" de Chile, midiendo con exactitud "los factores potenciales de insurrección".

Para ello la American University debía asociarse con la Universidad de Chile, haciendo aparecer el estudio como "una profunda investigación de carácter sociológico". Pero el proyecto abortó cuando un sociólogo noruego tuvo acceso, en Washington, al real objetivo del trabajo y denunció al Plan Camelot como la operación de espionaje que realmente era. Y, en Chile, el secretario general de la Universidad de Chile, Álvaro Bunster, dio la voz de alerta. En medio de un gran escándalo, el Presidente Eduardo Frei Montalva pidió al Presidente Lyndon Johnson suspender el proyecto.

Pero cuando Estados Unidos se propone algo, lo consigue. Y sin que nos enteráramos públicamente, el doctor en sociología Roy Hansen –consultor de la Rand Corporation– vino tres veces a Chile y aplicó sus encuestas a 200 importantes civiles, a 58 generales en retiro y a un número indeterminado de oficiales en servicio activo que seguían cursos en la Academia de Guerra. El resultado se editó, en 1967, bajo el título *Military Culture and Organizational Decline: a Study of the Chilean Army*.

De este estudio supo un alto funcionario de la embajada chilena en Estados Unidos, el ministro consejero Armando Uribe, años más tarde. Y basta con leer algunas de las preguntas, para entender el objetivo:

–¿Bajo qué circunstancias, si hubiera alguna, cree usted que los militares podrían tomar el control del Gobierno?

–¿Bajo qué circunstancias personalmente usted apoyaría o rechazaría un intento militar de tomar el control del Gobierno?

Incluso se le preguntó a los generales en retiro si, estando en el Ejército, se consideraban derechistas o izquierdistas, o si simpatizaban con algún partido político. El estudio concluyó que "la opinión pública aún acepta a los militares como guardianes de la Constitución". Y –más importante aún– que "la incapacidad del Gobierno para mantener el orden interno o para evitar la amenaza de una guerra civil legitiman la intervención militar". Es decir, Estados Unidos tenía la receta en 1967, ¡tres años antes de que fuera elegido Salvador Allende! Bastaba con alterar seriamente el orden interno o crear la amenaza de guerra civil para que un golpe militar obtuviera patente de legitimidad en Chile.[2]

A fines de los años 60, los jóvenes aparecieron en el escenario político-social con un papel clave. En la Universidad de Concepción, el MIR los seducía con su discurso revolucionario y armado. En la Universidad Católica de Santiago, en 1967, la "toma" de los estudiantes exigiendo

reformas democráticas dobló la mano del propio Vaticano. Y como un hito de la historia quedó el gran lienzo que pusieron los universitarios y que por muchos días coronó el frontis de la casa central, en la principal avenida de la capital: "El Mercurio miente". En la Universidad de Chile, el ya legendario Pedagógico simbolizaba la ebullición universitaria. Los jóvenes querían cambios reales y profundos. Y querían participar en la construcción de esos cambios. Se sentían potentes y capaces de hacerlo.

¿En qué escenario mundial retumbó este joven volcán chileno? Por donde se mirara, los adolescentes salían a las calles a protestar por la guerra de Vietnam y seguían, paso a paso, las cruentas batallas donde la imagen del invasor Estados Unidos se resumía en el trágico sobrevuelo de los pájaros de acero vomitando su carga de napalm incendiario sobre las aldeas. En Europa, mayo del 68, se prendió la mecha de las protestas universitarias. En América Latina, la mira estaba puesta en Bolivia –donde el mítico Che lideraba las guerrillas– y en la Cuba revolucionaria que resistía el bloqueo de Estados Unidos.

Entre los católicos, una iglesia renovada por el Concilio Vaticano II se convirtió en un terremoto político cuando los obispos latinoamericanos se reunieron en Puebla, México, y condenaron al capitalismo por perverso y antihumano. El llamado "socialismo cristiano" recibió una señal de respaldo y las "comunidades cristianas de base" prendieron con fuerza en la región, especialmente en Brasil. Se discutía por doquier sobre la "teología de la liberación". Ésos son algunos de los gruesos brochazos en el panorama de los años 60.

¿Dónde estaba Salvador Allende en ese cuadro? Era el presidente del Senado chileno y unir a la izquierda era su meta-obsesión de siempre. Un objetivo cada vez más complicado, cuando los modelos daban matices que se transformaban en antagónicos. Que a la cubana, que mejor el modelo soviético o el chino... Discusiones interminables. Y para Allende una sola respuesta: "a la chilena". Moverse

en ese difícil escenario debió provocarle muchos dolores de cabeza.

Estando ya en la mira de la Casa Blanca y de los poderosos sectores antimarxistas chilenos, algunos de sus pasos provocaron escándalo de proporciones entre los más conservadores. Como la vez que regresó a Chile tras participar en la reunión de OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad), iniciativa cubana que buscaba consolidar el apoyo a los movimientos insurgentes. O cuando en 1967, ante la noticia del asesinato del Che en Bolivia, pronunció un fogoso discurso reclamando la devolución del cadáver. Y personalmente recibió al grupo de guerrilleros sobrevivientes, que habían cruzado la frontera, y los escoltó hasta Tahití para que siguieran vuelo a La Habana. Se le acusó de realizar acciones reñidas con la democracia, se habló de inhabilitarlo como senador. Y él respondió con un gesto que lo decía todo: se despojó del elegante traje y la corbata, bajó del avión en colorida guayabera, blandiendo en su mano un bastón de mando tahitiano al tiempo que hablaba sobre la lealtad revolucionaria.

"Creo que nunca la prensa, ni de derecha ni de izquierda, entendió este gesto humano de Salvador. Nunca sufrió ataques más duros. Los diarios decían que había dejado el prestigio del Senado por los suelos, que debía ser destituido por meterse con guerrilleros. Yo estaba indignada. ¿Y él? Se rió bastante e hizo bromas", recordó doña Tencha Bussi de Allende.[3]

Luego se fue a Vietnam, invitado por el legendario líder Ho Chi-Minh. Y quedó fuertemente impresionado por su austeridad y sabiduría. "El viejo me produjo la más fuerte emoción de mi vida", escribió en una carta. A tal punto que cuando le preguntaron en una entrevista en qué personaje desearía reencarnar, contestó sin titubeos: "En Ho Chi-Minh".

"En Chile, hay que unir a la izquierda, cueste lo que cueste (...) Necesitamos aglutinar a los viejos y nuevos com-

batientes. Creo que, como nunca, la levadura social está sacudiendo nuestra patria. No podemos seguir en lo insustancial y bizantino", escribió, en 1969, en otra carta dirigida al periodista Augusto Olivares, su gran amigo.

Unir a la izquierda. Lo cierto es que la izquierda chilena sólo se unió férreamente en torno a Allende en dos ocasiones: para celebrar su triunfo electoral la noche del 4 de septiembre de 1970 y para llorar su muerte el 11 de septiembre de 1973. Todo lo que se diga es poco respecto de discusiones eternas y rencillas profundas entre los dirigentes de los partidos de izquierda, asuntos de los que poco y nada sabían los ciudadanos comunes y corrientes que se decían "allendistas" a secas. Así, con operación cesárea nació la Unidad Popular en 1969 como alianza de la izquierda y con dificultad emergió, en enero del 70, el candidato presidencial: Salvador Allende, por cuarta vez.

El Chile de esta campaña ya no era el mismo del 64. Las organizaciones populares y los sindicatos se habían multiplicado por ciudades y campos. El tejido social se fue extendiendo, punto por punto, hasta conformar un "poder popular" que exigía cambios reales y más profundos. Tanto fue así que el gobernante PDC escogió como candidato presidencial a uno de sus líderes más progresistas, Radomiro Tomic, y ofreció un programa que –en lo esencial– era muy similar al de Allende. Incluso el DC Tomic fue quien planteó el concepto de "unidad popular" un par de años antes de las elecciones, sosteniendo que "la unidad social y política del pueblo en la base" era la fórmula para llevar adelante los cambios estructurales que la sociedad chilena requería. Pero su tesis de aliarse con la izquierda fue rechazada por el PDC finalmente. Para la Casa Blanca, tanto Allende como Tomic eran personajes de temer.

En este cuadro, imaginen la preocupación de Estados Unidos por el futuro de Chile. Se le estaba yendo de las manos, por vía democrática, en su zona de hegemonía política. ¡Y además este pequeño país del sur del mundo pre-

tendía liderar un cambio ejemplar en América Latina!

No podemos pasar por alto, en esta tragedia, una escena clave que –en su momento– pareció revestida de mucho poder y solemnidad. En abril de 1969 llegaron a Chile los cancilleres de América Latina para una reunión extraordinaria bajo la iniciativa de Brasil. Objetivo: acordar una posición conjunta frente a Estados Unidos. ¿Hacer frente a Estados Unidos? ¿Acaso estaba formándose, de facto, un "Estados Unidos de Latinoamérica"? El documento final, aprobado por los ministros de Relaciones Exteriores, se tituló "Consenso de Viña del Mar". Y el canciller chileno Gabriel Valdés fue elegido para presentarlo ante el Presidente Richard Nixon en la Casa Blanca.

No hay registro fílmico de lo que ocurrió en Washington. Sólo el testimonio de algunos de sus protagonistas. Dicen que el canciller Valdés entró a la Casa Blanca escoltado por todos los embajadores latinoamericanos. Fue el momento en que Latinoamérica, en bloque, le habló de frente a Estados Unidos. Allí estaba el Presidente Nixon, secundado por su Secretario de Estado y también por su temible asesor de seguridad nacional, doctor Henry Kissinger.

Dicen que el canciller chileno entregó el documento y habló con extrema solemnidad. Planteó, en suma, que el "sistema" no resistía más, que por cada dólar que Estados Unidos invertía en América Latina, se llevaba cinco dólares de ganancia.

–Esas cifras deben ser falsas, seguramente son datos de Naciones Unidas–interrumpió Nixon.

–No, señor Presidente, son cifras que hace pocos días publicó un diario que usted seguramente lee y respeta… *The Wall Street Journal* –contestó el canciller Valdés.

Había cuatro chilenos, además, presentes en la reunión. Uno de ellos, el ex embajador Ramón Huidobro, recuerda que "todos sabíamos que decirle a Estados Unidos que América Latina se presentaba con una sola voz era una idea muy atrevida. Y, vista hoy, era una idea con una fuerte dosis de

ingenuidad". Otro de los presentes, el diplomático Armando Uribe, describió así ese momento: "Nixon fue tomado por sorpresa. Oyó cuanto Valdés tenía que decirle, reconcentrándose, con ese modo suyo de hacerse cada vez más pequeño, bajando los párpados, impenetrable e irritado. Kissinger, entre tanto, parpadeaba (…) Dijeron los conocedores de Washington que en memoria de ser humano jamás un Presidente de los Estados Unidos se había sentido afrentado a tal punto".[4]

Con fría amabilidad, Nixon respondió diciendo que dudaba de la posibilidad de algún tipo de consenso en América Latina. Primer bofetón. Y luego describió a la región como "un volcán político e histórico, lleno de fuerzas y tensiones dispares, pero cuando la erupción se ha producido y la lava se mezcla, las tierras volcánicas son las más ricas, esas que tienen cenizas volcánicas, y pueden ser labradas con éxito. Yo lo sé porque lo he visto en tierra norteamericana, en Hawai". Y finalizó diciendo que "vivimos una época de revolución", que los latinoamericanos teníamos objetivos y principios comunes con Estados Unidos. "Estamos con ustedes", fue la frase final de Nixon.

Nadie entendió a qué erupciones volcánicas y a qué revoluciones se estaba refiriendo. Pero su respuesta olía a peligro. Y el resultado, en la práctica, es que la Casa Blanca hizo como que el "Consenso de Viña del Mar" nunca existió.

Cuatro meses más tarde, en octubre de 1969, en Santiago, el general Roberto Viaux se atrincheró en un regimiento e hizo temblar, por algunas horas, los cimientos democráticos de Chile. Oficialmente se nos dijo a los ciudadanos que sólo se trató de una "protesta" militar para obtener mejoría en los sueldos. Y, como era obvio, se castigó al general sublevado y a los más altos oficiales "cómplices" con la expulsión del Ejército.

Pero varios analistas coinciden en señalar que detrás del "tacnazo" –nombre que se le dio al episodio por ocurrir en

el regimiento Tacna– hubo mucho más. Dicen que fue un golpe militar abortado. ¿Qué papel jugó la CIA allí? El informe de la Comisión Church estableció que tres meses antes, en julio de 1969, "la oficina de la CIA en Santiago pidió y recibió el consentimiento de la sede central para un programa clandestino cuyo objetivo era conseguir colaboradores de Inteligencia dentro de las Fuerzas Armadas chilenas, con el fin de monitorear conspiraciones golpistas" (textual). Más aún, el informe estableció que, entre agosto y octubre de 1969, la CIA supo de la "creciente insatisfacción" que culminó con el "tacnazo" del general Viaux. ¿Sólo supo? ¿O monitoreó? ¿O le dio un espaldarazo de impulso? Todo indica que lo propició y respaldó, ya que un año más tarde se volvió a ver al general Viaux en acción. Y esa vez fue una acción criminal de graves consecuencias políticas –el asesinato del comandante en jefe del Ejército– con el gatillo martillado directamente por la CIA.

El diplomático Armando Uribe recuerda que el domingo previo al "tacnazo" llegó a Washington el propietario de la cadena *El Mercurio*, Agustín Edwards. Iba a una reunión de la Sociedad Interamericana de Prensa, de la que entonces era presidente. "Edwards estaba singularmente nervioso", asegura Uribe. En su comitiva iban dos de sus empleados, el economista Fernando Léniz y un retirado oficial de la Armada de nombre Hernán Cubillos (luego ministro de Economía y canciller de la dictadura, respectivamente).

"A medias palabras, Agustín Edwards hablaba de que 'ellos' estaban por moverse, que ya no esperarían más, que el gobierno sin duda debía estar en conocimiento, que era un momento muy crítico, pero que quede constancia (agregaba), yo no estoy en Santiago", recordó Uribe.[5]

En la embajada chilena no se entendió "ni jota" acerca de lo que hablaba, hasta que ocurrió el "tacnazo".

1. Newton Carlos, *Camelot, una guerra americana* (Río de Janeiro: Editora Objetiva, 1991).
2. Armando Uribe y Cristián Opaso, *Intervención norteamericana en Chile* (Santiago: Sudamericana, 2001).
3. Entrevista de Otto Boye, revista *Analisis*, suplemento especial, septiembre de 1983.
4. Uribe y Opaso, op. cit.
5. Ibid.

Capítulo II

EL COMITÉ 40

YA estamos en 1970, fines de enero. A los 61 años, Salvador Allende inició su cuarta campaña electoral por la Presidencia de Chile. Se le veía contento, estrechando manos, abrazando a la gente, haciendo largos discursos para explicar su proyecto político. Era incansable. Dormitaba por ratos en el auto, el tren o el avión y llegaba a las concentraciones fresco como lechuga.

"En ese sentido, a veces llegaba a ser insoportable (...) No importaba la hora a que se acostara, siempre se levantaba de madrugada y empezaba a trabajar como si ése fuera su último día. En sus campañas electorales, no hubo nadie capaz de aguantarle el tren de trabajo. Todos cuantos lo intentaron quedaron a medio camino", recuerda el periodista Carlos Jorquera, su secretario de prensa.[1]

"¡Venceremos, venceremos, mil cadenas habrá que romper!" era la frase clave de su himno electoral que miles de gargantas coreaban en grandes y pequeñas plazas. Por su parte, Osvaldo Puccio, su secretario privado, rememora: "Allende tenía gran facilidad de comunicación con las masas. La comunicación directa con él no era tan fácil como la que tenía con las masas. Le era más fácil explicar una cosa a diez mil personas que a una sola".[2]

Parecía como si Chile entero, hasta con sus niños, estuviera movilizado en la campaña electoral. Por Allende, por Tomic, por el derechista Alessandri. Las reuniones en las plazas y las marchas por las calles eran fiestas colectivas,

donde la gente saltaba, gritaba, enarbolaba banderas y afiches, sin temor alguno por su seguridad personal. Era, aparentemente, un país sin miedo. No se registraban agresiones entre partidarios de distintos candidatos. Todos se sentían con derecho a manifestarse en público con alegría. Así comenzó el año 70.

Pero nada sabíamos de lo que estaba ocurriendo en Washington. Allí, casi todos los análisis de Inteligencia apuntaban en la misma dirección: de nada servía apoyar económicamente la campaña del derechista Alessandri. Parecía inútil. Ya era tanta la fuerza electoral de la izquierda, incluyendo a los progresistas DC que votarían por Tomic, que no quedaba más camino que el sabotaje.

Así, el 25 de marzo de 1970, se reunió en Washington el Comité 40 y aprobó una primera partida de 125 mil dólares para "operaciones de sabotaje" contra Allende. El acta de esa reunión establece que el subsecretario de Estado, Alexis Johnson, no estuvo de acuerdo y anunció "distancia de la operación". Fue consecuente con la postura del Departamento de Estado en los meses previos, una postura que el informe de la Comisión Church resume con estas palabras: "un triunfo de Allende no era lo mismo que un triunfo comunista". Pero el análisis fino de la Cancillería estadounidense nada pudo contra el prejuicio grueso de la CIA, el Pentágono y la misma Casa Blanca. Un prejuicio que el informe del Senado resumió en la boca del entonces embajador de Estados Unidos en Chile, Edward Korry: "un gobierno de Allende sería peor que un gobierno de Castro".

¡Ésa fue la primera de las "acciones encubiertas" de sabotaje que el Comité 40 aprobó para Chile entre los años 70 y 73! Acciones que tuvieron un presupuesto de casi nueve millones de dólares y que pusieron en marcha el nuevo plan para intervenir en Chile.

Como entró en escena el Comité 40, es necesario aclarar de qué se trata este organismo antes de seguir con el

relato, ya que será protagonista principal de la tragedia chilena. El Comité 40 era un organismo *de facto* que recibió ese nombre durante el gobierno de Nixon –antes tuvo otros– y lo integraban el presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, general George Brown; el subsecretario de Defensa, William Clements; el subsecretario de Estado para Asuntos Políticos, Joseph Sisco, y el director de la CIA, Richard Helms. El presidente del Comité 40 fue Henry Kissinger, asistente del Presidente en Asuntos de Seguridad Nacional. El propósito fundamental de este comité –según lo reveló el Informe Church– era aprobar y "ejercer control político sobre las acciones encubiertas en el exterior". ¿Ejercer control político para qué? Para que esas acciones fueran tan "encubiertas", tan clandestinas, que (textual) "pudieran ser desautorizadas en el futuro o negadas verosímilmente por el gobierno de los Estados Unidos, o a lo menos por el Presidente", en caso de que fueran descubiertas.

Eso es lo que ocurrió en el caso chileno: las acciones "encubiertas" fueron descubiertas. Y no hubo cómo desautorizarlas o negarlas. En septiembre de 1974, el entonces Presidente Ford tuvo que admitir frente a los periodistas la participación encubierta de Estados Unidos en Chile. Y casi tres décadas después, en el año 2003, el Secretario de Estado Colin Powell volvió a lamentar lo sucedido: "Sobre lo que ocurrió con el señor Allende, no es parte de la historia de Estados Unidos de la cual estemos orgullosos. Ahora tenemos una manera más responsable de tratar estas cuestiones".

No sabemos en detalle todo lo que hizo la CIA para sabotear la candidatura de Allende. El informe habla de la compra de una radioemisora, de subsidios para *El Mercurio*, de apoyo a una asociación de empresarios. Pero el millón de dólares que se gastó antes de la elección, para influir en sus resultados, abre un gigantesco abanico de noticieros, comentaristas y periodistas debidamente "estimulados" para jugarse a fondo contra el candidato Allende. Y es inevitable

deducir que los dólares estuvieron detrás de los primeros signos de violencia, de los extraños "activistas" que comenzaron a lanzar golpes, pedradas y hasta bombas molotov.

El 27 de junio de 1970, el Comité 40 aprobó otra partida por 300 mil dólares. Y el informe de la Comisión Church dice que, en el acta, consta que "los funcionarios del Departamento de Estado que estaban presentes en la reunión apoyaron esto a regañadientes".

También el informe habla de "asistencia" a candidatos específicos, pese a que la decisión del Comité 40 fue no apoyar la candidatura del derechista Alessandri. Veamos este punto. La estación CIA en Santiago contrataba encuestas y, en algún momento, esos sondeos indicaron que Alessandri podría ganar. Fue a mediados del año 70. El director de la CIA, Richard Helms, decidió entonces contactarse con John McCone, quien había pasado de la jefatura de la CIA a ser uno de los directores de la empresa transnacional ITT, dueña de la Compañía de Teléfonos de Chile. El caso es que Helms le dijo a McCone que el Comité 40 había acordado hacer un "mínimo esfuerzo" para intervenir en la elección chilena. Así lo testificó el mismo McCone en las audiencias de la Comisión Church.

Hubo varias reuniones entre la CIA y la ITT en julio de 1970. La CIA se negó a actuar como puente para entregar fondos de la ITT al comando electoral de Alessandri. "Pero aconsejó a la ITT sobre cómo pasar el dinero a Alessandri", concluyó el informe basándose en el testimonio de McCone, director de la empresa transnacional. De ese modo fue como la ITT inyectó 250 mil dólares al comando electoral derechista y otros 100 mil dólares directamente al Partido Nacional, eje de su campaña. "Una cifra semejante provino de otras compañías norteamericanas", agrega el informe de la Comisión Church.

Entre los dólares de la CIA, la ITT y otras empresas estadounidenses, sumados a los aportes de los empresarios derechistas chilenos, ¡imaginen cómo se fue cubriendo el

país con la imagen de Jorge Alessandri como el "salvador de la patria en peligro" frente al otro Salvador que amenazaba con destruirla!...

Por esos días de mediados de 1970, ocurrió otro episodio que puso los nervios de punta a la embajada chilena en Washington.[3] Cerca de 200 oficiales y suboficiales de la Marina estadounidense (US Navy) solicitaron visas para entrar a Chile. Fueron peticiones individuales y también en grupos que se hicieron, semana tras semana, durante tres meses. La embajada informó a la Cancillería: demasiados uniformados queriendo ir a Chile sin razón aparente, ninguno había usado la visa aún. Todos eran expertos en comunicaciones, logística, electrónica o inteligencia. ¿De qué se trataba? Se hizo la pregunta al Departamento de Estado. Las explicaciones fueron, literalmente, increíbles. Primero se dijo que se trataba de un "orfeón naval" en gira amistosa. ¡Qué raro, tantos almirantes y altos oficiales dedicados a la música! Cuando la embajada respondió que no había registro de ninguna invitación cursada a un "orfeón naval", se modificó la explicación. Dijeron que se trataba de una misión especial para las bases estadounidenses en la Antártica, la que debía participar en "maniobras anuales de guerra antisubversiva". Un vocero de la Marina, por su parte, explicó que se trataba de un equipo de emergencia "en el marco de la Operación Unitas. Si no hay caso de emergencia, las visas no serán utilizadas".

El equipo de la embajada chilena en Washington estaba con los pelos de punta y por distintas razones. Porque el agregado naval era el vicealmirante Arturo Troncoso (luego ministro de Educación de la dictadura) y como agregado militar estaba el general Ernesto Baeza (luego director de Investigaciones en la dictadura).

¿Qué decidió hacer el equipo político de la embajada? Contactó a un periodista del diario *The New York Times*, Tad Szulc, y se le contó la historia hasta entonces "secreta". Así, el mismo día de la elección presidencial, el más importante

diario de Estados Unidos denunció la maniobra bajo el título "Inquietud de Chile por ciertas demandas de visas de la Marina de Estados Unidos". El texto del reportaje terminaba diciendo que ni el Departamento de Estado ni la US Navy "fueron capaces de explicar por qué se necesitaba personal de las maniobras Unitas en Chile cuando este país anuló su participación". ¡Y es que no hubo Operación Unitas en 1970, justamente porque había elecciones presidenciales en septiembre!

La pregunta siguiente es obvia: ¿por qué la US Navy? Veremos a la Marina de Estados Unidos en acción hasta el trágico septiembre de 1973. Porque un *Contingency Plan* para Chile fue elaborado por la Intelligence Agency del Pentágono y la encargada de ejecutarlo fue la Naval Intelligence Agency, como apoyo al trabajo de la CIA. Y a la pregunta de por qué se eligió a la Marina de Estados Unidos no hay más que una respuesta: la conservadora Armada chilena ofrecía las mejores garantías de colaboración para organizar un golpe militar, como finalmente ocurrió. Y la CIA debía pavimentar el camino...

El Comité 40 volvió a reunirse el 7 de agosto de 1970. Faltaba menos de un mes para las elecciones. La decisión fue la de intensificar el sabotaje contra Allende. Y se recordó a la CIA que –salvo inyectar recursos en los radicales del ala derechista, para reducir la votación de Allende– no debían gastarse más recursos en la candidatura presidencial de la derecha.

El informe de la Comisión Church –con testimonios y documentos a la vista– fue muy claro para resumir lo que sucedió en esa campaña electoral de 1970. Comprobó que la CIA trabajó con todos los medios de comunicación posibles y que subsidió a grupos femeninos y a "frentes cívicos" de derecha. Aparte de la enorme campaña de propaganda, buscó "dividir al no-marxista Partido Radical".

Aseguró el informe que la CIA usó también "propaganda negra". ¿En qué consistía ésta?: en "material que se atribuía falsamente a un grupo", explica el Informe Church, para provocar divisiones entre comunistas y socialistas, entre la Central Única de Trabajadores (CUT) y el Partido Comunista. Se pagaba a periodistas, se financiaban programas de radio, se pagaba tanto a editorialistas como a reporteros. Hasta había equipos de rayado callejero y una campaña de afiches con tanques soviéticos entrando a Santiago. Se anunciaba el fin de la religión católica, el fin de la vida familiar y hasta de la patria. Toda la tradición en peligro.

El Informe Church aseguró:

> Otros colaboradores, todos empleados de *El Mercurio*, permitieron que la oficina local generara más de un editorial al día basado en orientaciones de la CIA. El acceso a *El Mercurio* tenía efecto multiplicador: sus editoriales eran leídos en todo el país a través de varias cadenas radiales. Más aún: *El Mercurio* era uno de los diarios más influyentes de Latinoamérica, en particular en círculos de negocios del extranjero. Una operación que colocó notas en la prensa y radio, reportó en 1970 una audiencia de bastante más de cinco millones de personas.

Al anotar las consecuencias de esas acciones, el Informe Church consigna que esa "campaña del terror contribuyó a la polarización política y al pánico financiero de la época. Temas que se habían desarrollado para la campaña fueron explotados con más intensidad durante las semanas posteriores al 4 de septiembre de 1970, en un esfuerzo por causar pánico financiero e inestabilidad política suficientes para provocar que se movilizaran el Presidente Frei o los militares chilenos".

¡Ahora ya va quedando claro lo que nos pasó! Lo dicen senadores de Estados Unidos tras hacer una investigación seria y profunda. Y pasó lo que pasó porque, como dijo Henry Kissinger durante una reunión en la Casa Blanca,

"no veo por qué tenemos que sentarnos a esperar viendo cómo un país se vuelve comunista debido a la irresponsabilidad de su propio pueblo". ¡Fuimos catalogados como un pueblo irresponsable! Y el "gran papá" tendría que imponer orden si tomábamos decisiones erradas...

Anotemos, para cerrar este capítulo, que en medio de esa campaña del terror –como la calificó el Informe Church– la tensión hizo mella en el candidato Allende. Al punto que su corazón se lanzó en desbocado galope, amenazando detenerse de golpe y para siempre en la calle San Antonio, pleno centro de Santiago. Se autodiagnosticó el preinfarto –era médico, recuerden– y tuvo la sangre fría para decidir los pasos a seguir. Pidió ayuda al amigo que lo acompañaba y abordó un taxi para ir a la consulta de un amigo cardiólogo. Allí superó la emergencia y salió rumbo a su casa, en calle Guardia Vieja, con orden de reposo absoluto. Y él agregó otra orden: secreto absoluto. Muy pocos, contados con los dedos de una mano, supieron de la emergencia. Su hija Beatriz, médico también, y su amada Payita[4] se turnaron día y noche junto a su cama para cuidarlo. Hasta que pudo retornar a la campaña en la fase final y definitiva.

Con un electorado que parecía dividido en tres tercios, donde la conquista de cada voto era crucial, la noticia del preinfarto del candidato Allende podía restar muchos sufragios. Él lo sabía como el ducho político que era. Pero quien pareció no entender la importancia política de mostrarse "potente" fue el derechista Alessandri. Y la historia consigna como un momento clave el debate final de campaña transmitido por televisión. Mal maquillado y con la mano temblorosa sobre la mesa, Alessandri mostró el aspecto de un anciano decrépito.

El embajador Korry debió tener un ataque de mal humor esa noche. Tantos dólares gastados para sabotear la candidatura de Allende y tantos dólares inyectados a la candidatura de Alessandri ¡para terminar con este fiasco! El poder de la televisión había llevado a los candidatos a los

hogares de millones de chilenos. Los habían visto en primeros planos, habían estado a escasos centímetros de sus rostros. Y de los tres, sólo Alessandri parecía tan distante de la imagen de los multicolores afiches y lienzos con que se tapizaron ciudades y campos, desde Arica a Punta Arenas, desde las caletas de pescadores hasta los pueblitos de alta montaña.

Cuatro de septiembre de 1970. El día en que los chilenos fuimos a votar, nunca imaginamos –pese a lo duro de la campaña electoral– que estábamos en la mira de un hombre que, en sí mismo, representaba todo el poder de los Estados Unidos: Henry Kissinger. Uno de sus colegas en el Consejo de Seguridad Nacional, Roger Morris, comentó: "No creo que nadie en el gobierno comprendiese cuán ideológico era Kissinger en la cuestión de Chile. Nadie supo ver que Henry consideraba a Allende como una amenaza mucho más peligrosa que Castro. Si Latinoamérica tomaba conciencia alguna vez, no sería por Fidel Castro. Allende era el vivo ejemplo de la reforma social y democrática en América del Sur. Ocurrían en ese momento hechos desastrosos en el mundo, pero sólo Chile asustaba a Henry".[5]

1. Jorquera, op. cit.
2. Puccio, op. cit.
3. Uribe y Opaso, op. cit.
4. *Payita* o *Paya*: sobrenombre cariñoso que recibía Miria Contreras Bell. De su relación amorosa con el doctor Salvador Allende se habla en el prólogo.
5. Seymour M. Hersh, *The Price of Power: Kissinger in the Nixon White House* (New York: Summit, 1983).

Capítulo III

EDWARDS EN LA CASA BLANCA

DICEN que cuando Salvador Allende postuló por cuarta vez a la Presidencia de la República, en 1970, sabía lo que le esperaba si ganaba la elección. Algunos de sus colaboradores, así como algunos de sus adversarios, coinciden en un mismo relato.

El doctor Allende adelantaba el brazo izquierdo y, con la mano derecha, se daba unos leves golpes, al tiempo que decía: "Toca aquí, ¡esta carne es bronce para la historia!".

Es la frase que recuerda su secretario de prensa, Carlos Jorquera, quien asegura que Allende la pronunciaba con una sobreactuada seriedad, dando paso a risas y comentarios irónicos.[1] Y es que su abierto sentido del humor y su notable capacidad histriónica, como parte de su personalidad gozadora de la vida, estaban entre los rasgos destacados del líder político.

La frase, con una variante, también se la escuchó Juan Domingo Perón, el depuesto caudillo argentino, en su exilio de Madrid. En esa ocasión, al despedirse, y en tono grave, Allende le dijo: "Presidente, esta mano que usted me estrecha está hecha de mármol para la historia...".

Perón no entendió de qué le estaba hablando.[2] La frase también se la oyó decir más tarde –en 1973– el entonces senador opositor Patricio Aylwin, presidente del Partido Demócrata Cristiano y quien luego fue, en 1990, el primer Presidente de la transición chilena tras la dictadura militar. En un clima de máxima tensión, Allende buscó dialogar nueva-

mente con Aylwin para resolver la crisis política antes de que fuera demasiado tarde. Y pidió al cardenal Raúl Silva Henríquez que oficiara de anfitrión del encuentro, entendiendo que la casa del prelado era el mejor escenario para alentar un acuerdo. Al finalizar la reunión, el Presidente habría levantado su brazo y, con el rostro severo, le dijo al senador Aylwin: "Toque, mire, iésta es carne de estatua!...".

Nadie ha podido contar cuántas estatuas del Presidente Allende hay en América Latina, Europa, África y Asia. Ni cuántas calles, avenidas y plazas y hospitales llevan su nombre en el planeta. ¿Cientos, quizás más de mil? Tampoco es posible saber cuántas personas en el mundo se declararon en estado de duelo el martes 11 de septiembre de 1973, luego de que las agencias de noticias, con alarmas de urgencia, contaron de su muerte en el bombardeado Palacio de La Moneda.

Lo que sí se sabe es que su fin quedó sellado el mismo día en que fue elegido Presidente.

Esa noche del 4 de septiembre de 1970, en Santiago de Chile, Allende habló ante decenas de miles de partidarios que festejaban su triunfo en la Alameda, la principal avenida de la capital. Un triunfo por mayoría relativa con el 36.3 por ciento de los votos. Y según la tradición chilena, el Congreso confirmaba al vencedor.

A la misma hora en que los allendistas festejaban en Chile, el doctor Henry Kissinger entró a la oficina oval de la Casa Blanca para dar la noticia al Presidente.

"¡Mierda!", exclamó Nixon.

Y esa palabra, cargada de ira, debió sonar como un chasquido (*shit!*) que ponía en acción el arma homicida. Kissinger contó luego que Nixon "estaba fuera de sí", y que culpó al Departamento de Estado y al embajador en Chile, Edward Korry, por el resultado de las elecciones.[3]

El Comité 40 se reunió, de urgencia, para discutir los "cursos de acción" a seguir. Se registran dos reuniones con fechas 8 y 14 de septiembre de 1970. En esos mismos días, el presidente de la Pepsi-Cola, Donald M. Kendall, estampó su huella en esta trágica historia. Ocurrió el 14 de septiembre de 1970, diez días después de la elección presidencial chilena. Kendall fue a la Casa Blanca y le pidió a Nixon, quien había sido abogado de la Pepsi-Cola, que le concediera una audiencia extraordinaria a un chileno amigo y socio suyo: Agustín Edwards, propietario de *El Mercurio*. Kendall podía pedir a Nixon lo que quisiera: había sido su empleado y lo había reconstruido políticamente, tras una derrota por la gobernación por California, hasta llevarlo a la Casa Blanca.

Se repitió aquí la escena tan conocida en América Latina. Porque Kendall representó, en este episodio, el poder de las empresas transnacionales buscando torcer a su favor la historia, sin importar los costos humanos, y asociándose para ello con los empresarios locales ultraconservadores.

La reunión entre Nixon y el chileno Edwards se realizó al día siguiente, 15 de septiembre del 70, lo que indica la prioridad del asunto para la Casa Blanca. Se encontraron en un "desayuno de trabajo" al que también asistieron el empresario Kendall, el asesor Kissinger y John Mitchell, fiscal general (General Attorney). Mitchell no estuvo allí en razón de su alto cargo, ya que la "legalidad" no fue precisamente una materia a ser tomada en cuenta en las decisiones que siguieron. De hecho, el propio Kissinger aseguró que el Presidente Nixon había decidido "engañar a la burocracia" para enfrentar el caso chileno, es decir, saltarse las barreras legales. El fiscal Mitchell era un hombre de confianza de Nixon, integrante del Comité 40.[4]

¿Qué ocurrió en esa reunión? En suma, el poderoso empresario chileno Agustín Edwards pidió la ayuda de Estados Unidos para impedir el desastre en Chile.[5] Kissinger, en sus memorias, le endosa al chileno Edwards la responsabilidad de haber presionado a Nixon, de haberle "calentado" el ánimo para que decidiera acciones drásticas. Edwards, en su entorno, sostiene hasta hoy que sólo fue a "informar" lo que ocurría en Chile.

El hecho es que, ese mismo día 15 de septiembre de 1970, Nixon se juntó por la tarde con Kissinger, el fiscal Mitchell y Richard Helms, director de la CIA. Sabemos incluso la hora exacta en que comenzó la reunión: 15.25. El hombre de la CIA anotó en su libreta de apuntes las instrucciones de Nixon, notas que luego fueron a parar a su archivo personal. En esas anotaciones, se lee muy claramente el siguiente punteo de órdenes:[6]

–Aunque tenga una sola oportunidad entre diez, salve a Chile
–Gastar duro
–No importan los riesgos que haya que correr
–No meter a la embajada en esto
–Diez millones de dólares disponibles, más si es necesario
–Trabajar a tiempo completo, los mejores hombres disponibles
–Elaborar un plan estratégico de supuestos variables
–Hacer aullar de dolor a la economía (chilena)
–48 horas para el plan de acción

"En ese encuentro, Nixon nos ordenó a los tres no informar de esas instrucciones al Secretario de Estado, al Secretario de Defensa, al embajador en Chile y al jefe de la CIA en Chile. De toda mi carrera, ésa fue la ocasión en que tuve que mantener un mayor secreto", aseguró Richard Helms al escribir sus memorias.[7]

El Informe Church anotó así el resultado de tal cita: "El 15 de septiembre, el Presidente Nixon informó al director de la CIA, Richard Helms, que un gobierno allendista no era aceptable para los Estados Unidos e instruyó a la CIA para que jugara un rol directo en organizar un golpe de Estado en Chile para evitar que Allende accediera a la Presidencia".

Y el propio director de la CIA lo ratificó en sus memorias: "El Presidente me ordenó instigar un golpe militar en

Chile, un país hasta entonces democrático". Y agregó en sus notas que a Nixon y a Kissinger "no les preocupaban los riesgos que esto entrañaba".

Esa misma noche del 15 de septiembre de 1970, le llegó la orden presidencial al embajador en Santiago, Edward Korry. Un memo de la ITT consignó así lo ocurrido: el embajador "finalmente recibió un mensaje del Departamento de Estado, dándole luz verde para moverse, a nombre del Presidente Nixon. El mensaje le dio la máxima autoridad para hacer todo lo posible –con la sola salvedad de una acción del tipo República Dominicana– para impedir el acceso al poder de Allende". Aclaremos, para entender bien, lo de la mención dominicana. El embajador podía hacer lo que quisiera, menos pedir que los *marines* invadieran a Chile como lo hicieron en 1965 en Santo Domingo.

De esa manera, el Presidente Nixon puso en la cancha a dos equipos para conseguir el objetivo. Uno vestía la camiseta oficial de los Estados Unidos y estaba dirigido por el embajador Korry, recibiendo instrucciones a través del Departamento de Estado. Debía operar bajo un plan llamado Track One. El otro equipo no llevaba distintivos, cubría sus rostros con pasamontañas, estaba liderado por el director de la CIA y podía recurrir incluso al crimen con tal de ganar: Track Two.

Al día siguiente de esa clave reunión en la Casa Blanca, es decir, el día 16 de septiembre de 1970, fue convocada la plana mayor de la CIA en su cuartel central. Nunca sabremos lo que de verdad se habló y decidió. Pero hasta la CIA tiene la obligación legal, en Estados Unidos, de hacer un memorando para sus archivos. Y el par de páginas que se dio a conocer después, con dos grandes zonas tachadas, da cuenta de que:

–Dirigió la reunión el director Richard Helms y asistieron el general Gushman y el coronel White; los directores Thomas Karamessines y Cord Meyer; y el jefe de la División

Hemisferio Occidental, William Broe. (Hay otros cuatro asistentes cuyos nombres están tachados).

–El director dijo al grupo que el Presidente Nixon ha decidido que un gobierno de Allende en Chile no era aceptable para los Estados Unidos. El Presidente pidió a la Agencia evitar que Allende llegue al poder o derribarlo. El Presidente autorizó diez millones de dólares para este propósito, más si es necesario. Además, la Agencia debe realizar esta misión sin coordinarse con el Departamento de Estado o de Defensa.

–Durante esta reunión se decidió que el señor Thomas Karamessines, Director Adjunto de Planificación, tendría toda la responsabilidad en este proyecto. Él será asistido por una fuerza de tarea especial instalada, para este propósito, en la División Hemisferio Occidental.

–El director pidió al coronel White hacer todos los arreglos de apoyo necesarios en conexión con este proyecto.

–El director dijo que el doctor Henry Kissinger, Asistente del Presidente en Asuntos de Seguridad Nacional, le pidió reunirse el viernes 18 de septiembre para recibir los planes de la Agencia acerca de cómo esta misión podría ser ejecutada.

Además, ese documento nos informa del nombre del plan que debía ejecutarse por las dos vías o *tracks*. El par de hojas desclasificadas de los archivos secretos dice en su encabezado *Subjet: Genesis of Project FUBELT*. La palabra *fubelt* no existe en el diccionario inglés. Sería el resultado de la unión de "fu" –las dos letras en clave para denominar a Chile– y la palabra *belt*, cinturón. Algo así como "el cinturón para Chile", para castigarlo, para "meterlo en cintura" de modo que retomara un curso de acción correcto.

Eso no fue todo ese día 16 de septiembre de 1970. Además, el doctor Kissinger se reunió con los más importantes editores de prensa para hablar *off the record* sobre Chile. Lo que allí dijo Kissinger alimentó cientos de artículos y editoriales, incluyendo uno del *The New York Times* que se tituló "Spaghettis italianos con salsa chilena", haciendo un juego de palabras con el chili, ají rojo. Porque el poderoso Kissinger sostuvo que lo que ocurría en Chile era gravísimo, especialmente por los efectos que podría tener en Italia y Francia, donde crecía la corriente del eurocomunismo.

El diario *The Guardian*, de Londres, rompió el *off the record* después del golpe militar y publicó algunas citas textuales de lo dicho por Kissinger en esa ocasión. "Creo que no deberíamos dejarnos arrullar por la ilusión de que la toma del poder por parte de Allende, en Chile, no nos planteará graves problemas a nosotros mismos, a las fuerzas proestadounidenses en América Latina y, en realidad, a todo el hemisferio occidental".

Y agregó Kissinger: "Es relativamente sencillo predecir que, si finalmente gana Allende, es bastante probable que establecerá, con el correr de los años, algún tipo de gobierno comunista. En ese caso, tendría usted un gobierno, no en una isla alejada de la costa que tradicionalmente no tiene relaciones ni impacto en Latinoamérica, pero se tendría un gobierno comunista en un importante país latinoamericano".

¿Por qué Chile era tan importante, según Kissinger? Porque estaba junto a Argentina, "que ya está seriamente dividida"; junto a Perú, "que ya ha tomado rumbos difíciles de enfrentar"; y junto a Bolivia, "que también ha estado yendo en una dirección más izquierdista". Es decir, Kissinger creía que se le podía incendiar su pradera del cono sur de Latinoamérica...

Al día siguiente de esa urgente reunión de Kissinger con los más importantes editores, exactamente el 17 de septiembre de 1970, la CIA cumplió lo ordenado por Nixon. El director Helms tuvo preparado, en 48 horas, su plan de acción Fubelt para Chile. Un plan ultrasecreto del que sólo podía hablarse con Nixon y Kissinger. Años más tarde, cuando el Senado estadounidense indagó lo ocurrido, el director de la CIA testificó ante la Comisión Church. Incluso entregó copia de los apuntes que tomó en la reunión con

Nixon. Y dijo que, para actuar en Chile, tuvo un poder que nunca antes ni después conoció. "Si alguna vez tomé el mando, fuera del Despacho Oval, fue aquel día", declaró Helms. Aclaremos que como "despacho o sala oval" se conoce la oficina del Presidente de los Estados Unidos.

Ese mismo día 17 de septiembre de 1970 –para seguir con el papel que jugaron las empresas transnacionales– le llegó desde Chile el siguiente informe al vicepresidente de la ITT, Edward Gerrity:

> *Algún grado de derramamiento de sangre parece inevitable. ¿Es capaz el Ejército chileno de manejar la violencia a nivel nacional o una guerra civil? Las opiniones están divididas en torno a esto en Santiago. El embajador Korry ha dicho que ve a las Fuerzas Armadas como un "montón de soldados de juguete". Chilenos bien informados y asesores norteamericanos sostienen que el Ejército y la policía armada tienen esa capacidad. Hay reservas claras frente a la Fuerza Aérea y la Armada. Sabemos que al Ejército se le ha asegurado plena ayuda material y financiera de parte del establishment militar de Estados Unidos.*

Y si la CIA manejaba el Track Two del proyecto Fubelt, ¿qué hizo la embajada en el Track One? Según revela la Comisión Church, realizó "operaciones políticas, económicas y de propaganda. Estas actividades estaban diseñadas para inducir a los opositores de Allende a que impidieran su ascenso al poder mediante métodos políticos".

¿Cuál era el método político, a juicio de la Casa Blanca? Como en ese tiempo no existía el mecanismo de segunda vuelta electoral, la solución era que el Congreso no ratificara la elección por mayoría relativa del candidato Salvador Allende. Que se rompiera la tradición republicana y el Congreso eligiera al candidato con segunda mayoría relativa, al derechista Jorge Alessandri. Una vez elegido y ya estando en La Moneda, Alessandri debía renunciar, en patriótico

gesto, para no crear una crisis política. Se tendría que convocar a una nueva elección y el democratacristiano Frei Montalva retornaría a La Moneda sumando los votos del PDC y la derecha. A esa maniobra se la llamó "el gambito Frei". En ajedrez, gambito (que viene del italiano *gambetto*, zancadilla) es la táctica de sacrificar una o dos piezas al principio de la partida para lograr una posición favorable.

El Informe Church aseguró que el Comité 40 aprobó una primera partida de 250 mil dólares para el "gambito Frei". Objetivo oficial: "el apoyo concreto a proyectos que Frei y el PDC consideraban muy importantes". A cargo de la administración de esos fondos quedó el embajador Korry y "debían ser utilizados, si lo consideraban necesario, por la facción moderada del PDC con el fin de ganar votos parlamentarios para Alessandri". O sea, había que comprar los votos.

¿Qué pasó? "La única propuesta discutida fue una operación para sobornar a parlamentarios con el fin de que votaran por Alessandri. Esto rápidamente se consideró irrealizable y los 250 mil dólares nunca se gastaron", sentenció el Informe Church.

¿No había parlamentarios del PDC dispuestos a aceptar dólares de la CIA para votar por Alessandri? ¿O dependían, para hacerlo, del visto bueno de su líder, el Presidente Frei? No hay respuesta. Lo que sí sabemos a través del Informe Church es que la CIA también buscó "crear las condiciones para que pudiera llevarse a cabo la maniobra Frei". Se contactó, por ejemplo, a líderes DC en Europa y Latinoamérica, así como a jerarcas de la Iglesia Católica, personas a las que Frei escuchara, cuyas opiniones le fueran importantes. "A pesar de estos esfuerzos, Frei rehusó interferir con el proceso constitucional y la maniobra de la reelección se derrumbó", concluye el Informe Church.

¿Qué siguió? Hacia fines de septiembre del 70, la CIA movilizó a 18 periodistas-colaboradores de distintos países para venir a Chile e informar del inminente colapso econó-

mico. Apoyó también a una imprenta clandestina, colocó noticias en los medios a través de periodistas-colaboradores y dio un subsidio indirecto al nuevo movimiento ultraderechista Patria y Libertad para que se fortaleciera. Incluso presionó a la revista *Time* para cambiar el reportaje sobre el triunfo de Allende, ya que el corresponsal "había sido ingenuo" en creerle al candidato. En total, la CIA influyó en 726 artículos (según su propia estadística de esas semanas), en numerosas emisiones radiales y televisivas, así como en artículos editoriales.

Abortado el "gambito Frei", así como una maniobra para que renunciara el gabinete civil y fuera reemplazado por un gabinete militar, volvió a reunirse el Comité 40. "En lo general, el Comité 40 aprobó el corte de todos los créditos, presionar a las compañías para que restringieran sus inversiones en Chile y tomar contacto con otras naciones para que cooperaran en esta operación", aseguró el Informe Church. Así, concluye, "se desató un pánico financiero de proporciones".

Quedó en el escenario, a solas y en secreto, el Track Two. Como nos recuerda el mismo informe, las actividades del Track Two "fueron implementadas como respuesta a las órdenes dadas por el Presidente Nixon el 15 de septiembre y se dirigían a promover y estimular en forma activa a los militares chilenos para que se movilizaran en contra de Allende".

La transnacional ITT colaboró en el complot con más fuerza aún. El primer vicepresidente de la empresa recibió, el 29 de septiembre del 70, un memo interno que pedía: "Ayudemos a mantener un centro de 'reubicación familiar' en Mendoza o Buenos Aires para las esposas y niños de personajes claves implicados en la lucha. Esto comprendería como a 50 familias por un período de un mes o seis semanas, quizás dos meses".[8]

¡Hasta de finos detalles se ocupaba la ITT! Un medio centenar de conjurados necesitaba saber que sus familias

estaban a salvo para llevar adelante su tarea. Y para eso había que financiar viajes y estadas en Argentina para, al menos, 250 personas.

Ese mismo día 29 de septiembre se registra otra reunión del Comité 40. Objetivo: aprobar más "presiones económicas" para desencadenar el golpe militar. La propuesta, según el acta, fue hecha por el director adjunto de planificación de la CIA, Thomas Karamessines. Y allí el subsecretario de Estado, Alexis Johnson, volvió a manifestar su desacuerdo, argumentando que eso implicaba un cambio en la política exterior. El secretario adjunto para América Latina, Charles Meyer, dijo que esas acciones iban a impedir culpar a Allende por lo que hiciera después. "Después de todo, él no será eterno", comentó. Así consta en el Informe Church. El director de la CIA insistió en que las "declaraciones marxistas" de Allende debían ser entendidas literalmente y el director adjunto Karamessines dijo que si Estados Unidos no intervenía a fondo ello se interpretaría "como que tiró la esponja". Obviamente se aprobó el plan de la CIA.

1. Jorquera, op. cit.
2. Relato hecho por el magnate argentino José Antonio a Víctor Pey, amigo y asesor de Allende.
3. Henry Kissinger, *White House Years* (Brown, Boston: Little, 1978).
4. John Mitchell se transformó luego en el primer Fiscal General de Estados Unidos condenado por un delito (participar en el caso Watergate, que también le costó la destitución al Presidente Nixon).
5. Nathaniel Davis, *The Last Two Years of Salvador Allende* (Barcelona: Plaza & Janés, 1986).
6. Senado de los Estados Unidos, "Alleged Assassination Plots Involving Foreign Leadres", pp. 227–228.
7. Richard Helms, *A Look over my Shoulder* (New York: Random House, 2003).
8. Senado de Estados Unidos, "Hearings", p. 622.

Capítulo IV

SCHNEIDER EN LA MIRA DE LA CIA

Y LLEGÓ octubre de 1970. Ya se cumplía un mes desde que Allende fuera elegido por mayoría relativa. El Presidente Nixon tuvo otra reunión con Kissinger, Helms –el director de la CIA– y Korry, el embajador en Chile.

"Nixon se encontró con ellos en la puerta y sorprendió a Korry, mientras la puerta se cerraba. El Presidente pegaba con el puño en la palma de su mano y gritaba: '¡Ese hijo de puta, ese hijo de puta!'. La expresión en el rostro del embajador Korry interrumpió la perorata de Nixon: 'Usted no, señor embajador, ¡es ese bastardo de Allende!'. Entonces empezó un monólogo explicando cómo pensaba aplastar a Allende", relató luego el director de la CIA.[1]

De nada sirvió que el embajador Korry argumentara ante su Presidente que no había condiciones para un golpe militar en Chile. Nixon insistió en la orden: hacer todo lo necesario para impedir que Allende asumiera como Presidente de Chile. Ese hijo de puta, ese bastardo, debía ser aplastado.

Hacer todo lo necesario. ¿Cuál era el límite? Ya sabemos que había uno: no invadirían Chile con sus *marines*. No sabemos si consideraron la posibilidad de matar a Allende, pero la lógica indica que eso era poco inteligente. A no ser que el fatal "accidente" fuera muy verosímil, como la caída de un avión, por ejemplo. Lo que sí sabemos es que la CIA debía hacer su tarea sin informar a los Departamentos de Estado y de Defensa. "En la práctica, para los propósitos

de información y autorización, la CIA debía notificar sólo a la Casa Blanca", señala el informe de la Comisión Church.

El golpe militar era la única solución para Nixon. "Entre el 5 y el 20 de octubre de 1970, la CIA tuvo 21 contactos con oficiales clave de los militares y la policía (Carabineros) de Chile. A los chilenos que se sentían inclinados a ejecutar un golpe de Estado se les aseguró que habría apoyo decidido, al nivel más alto del Gobierno de los Estados Unidos, tanto con anterioridad como después de un golpe", aseguró el Informe Church después de revisar documentos y recibir los testimonios de los involucrados.

De todos modos, aunque no estuviera informado de las acciones de la CIA, el embajador Korry "fue autorizado a estimular un golpe de Estado, siempre y cuando Frei concordara con esa solución". Y se autorizó al embajador para comunicarles a los militares chilenos que si Allende asumía "se daría por terminada la asistencia militar de los Estados Unidos". Luego, se le autorizó para decirles que todo el *Militar Aid Program* y las ventas militares "estaban congelados" mientras el cuadro no se definiera.

A esas alturas, todos los esfuerzos de la Casa Blanca –concluyó el Informe Church– "estaban orientados al golpe militar". La única diferencia era que los que desplegaba el embajador Korry dependían del visto bueno final del Presidente Frei. Y no hubo tal visto bueno. En los documentos desclasificados por Estados Unidos en octubre de 1999, apareció una comunicación del Departamento de Estado fechada el 16 de octubre de 1970. Allí se dice que, de las cuatro posibilidades de "escenario de golpe", Frei Montalva nunca se pronunció "apoyando abiertamente estas opciones". Y se agrega: "Aparentemente prefiere sentarse y aparecer como el mártir de una intervención militar".

La CIA, en cambio, tenía cancha libre para actuar. Hasta para inventar la existencia de un grupo terrorista de ultraizquierda y hacer estallar bombas que empezaran a crear un ambiente de temor. Pero su principal objetivo topó

con un simple hecho: en el Ejército chileno no había ánimo golpista. Y sin el Ejército –arma principal– no había posibilidades reales de éxito. Así de simple y así de grave para los planes de la Casa Blanca.

El Ejército –de formación prusiana y fuerte línea vertical de mando– obedecía a su comandante en jefe, general René Schneider, quien había establecido claramente que los uniformados no intervenían en política y eran obedientes a la Constitución y las leyes de la República. La famosa "doctrina Schneider". Hay que recordar que el general Schneider asumió la jefatura del Ejército después de la crisis provocada por el "tacnazo" de octubre de 1969. Por ello fue claro y tajante en cuanto al deber del Ejército de no intervenir en política, un deber que –en un estado de derecho– se relaciona directamente con un hecho: el que las Fuerzas Armadas, por ley, tienen el monopolio del uso de las armas. Y meterse en política, premunidos de las armas que los mismos ciudadanos les ponen en las manos, es jugar sucio... por decir lo menos.

Pocos días antes de la elección de 1970, el general Schneider había dicho: "El Ejército es garante de una elección normal, de que asuma la Presidencia de la República quien sea elegido por el pueblo, en mayoría absoluta, o por el Congreso Pleno en caso de que ninguno de los candidatos obtenga más del 50 por ciento de los votos".[2] Y después de la elección, el comandante en jefe ratificó su criterio en una reunión con los generales: "Hemos aceptado el veredicto de las urnas. Reconocemos y apoyamos en estos momentos a dos postulantes a la Presidencia de la República, que son los que obtuvieron las dos primeras mayorías relativas, el señor Allende y el señor Alessandri. Legalmente le corresponde al Congreso Nacional decidir cuál de los dos será el futuro Presidente de Chile, y a quien elijan ahí, lo debemos apoyar hasta las últimas consecuencias".[3]

Con un general democrático y constitucionalista a la cabeza del Ejército, ¿qué se podía hacer para provocar un

golpe de Estado? La respuesta fue "nada" y la solución, "neutralizarlo". Hacerlo desaparecer, eliminarlo.

¿A quién se le ocurrió que había que matar al comandante en jefe del Ejército? ¿Se le ocurrió a un chileno, a la CIA o a la ITT? Quizás algún día podremos saberlo. Lo que sí sabemos es que la ITT ofreció una millonaria recompensa al plan exitoso que impidiera a Salvador Allende asumir la Presidencia. Y también sabemos, por el Informe Church y documentos desclasificados posteriormente, que en la valija diplomática llegaron a Chile tres subametralladoras, abundante munición, varias granadas lacrimógenas y máscaras antigases para el ataque contra el general René Schneider, elementos que fueron todos entregados a los conspiradores.

Sabemos también que, por los chilenos, había al menos dos generales de Ejército en el complot criminal: el general Camilo Valenzuela, el general (R) Roberto Viaux y el general (R) Canales. Y no hay que olvidar que Viaux ya estaba vinculado con la CIA desde el "tacnazo", ocurrido justo un año antes. Es posible que el general Valenzuela –general activo– llevara el mismo tiempo, o más, enrolado en la CIA, pero nadie lo sabía hasta entonces. Los archivos de la CIA mencionan también al general Alfredo Canales.

El agregado militar de Estados Unidos, coronel Paul Wimert, declaró haber entregado 20 mil dólares a Viaux el 13 de octubre de 1970 y otros 30 mil el 20 de octubre (además de prometerle un seguro de vida por 250 mil dólares). También entregó 50 mil dólares al general Valenzuela. Pero no había sólo tres generales de Ejército en el plan. También estaban implicados el comandante en jefe de la Armada, almirante Hugo Tirado (sería "el almirante" que recibió otros 50 mil dólares) y el director de Carabineros, general Vicente Huerta. Por la Fuerza Aérea, se habló del general Joaquín García, segunda antigüedad. Es decir, se trató de un complot al más alto nivel, auspiciado y respaldado por Estados Unidos, y que culminó con el asesinato del comandante en jefe del Ejército.

Sabemos también lo que nos informó la Comisión Church: "Para llevar a cabo la misión ordenada desde Washington, la oficina tuvo que hacer uso de un agregado militar estadounidense y otros contactos desarrollados apresuradamente con los dos principales grupos de conspiradores golpistas de militares chilenos". Ese agregado militar fue el coronel Wimert, quien entregó los dólares, las tres subametralladoras y los otros elementos.

Y respecto de los "otros contactos desarrollados apresuradamente", el Informe Church entrega más datos en cuanto a la tarea que cumplían:

> No sólo informaban sobre los planes de los grupos, también transmitían los consejos de la CIA sobre las tácticas y la ocasión propicia para movilizarse, además de informar del apoyo del gobierno de los Estados Unidos en caso de realizarse exitosamente un golpe militar. Con la muerte de Schneider, los esfuerzos de los conspiradores se derrumbaron desordenadamente, dejando a la estación local de la CIA solamente con sus colaboradores militares originales. La oficina tardó diez meses en reconstruir la red de agentes entre los cautelosos militares chilenos.

Volvamos al plan de ataque contra el comandante en jefe del Ejército. El coronel estadounidense Paul Wimert, agregado militar, ha dicho que fue el jefe local de la CIA –Henry Kecksher– quien le dio 250 mil dólares "para que gastáramos en algunos militares chilenos con los que podíamos contar para ayudar a liberarnos del general Schneider. Eso era lo clave, liberarnos de Schneider". Incluso reveló detalles. "No podía poner el dinero en la caja fuerte de mi oficina, porque todos usaban la caja fuerte. Así es que lo guardé en mis botas de montar. Puse el dinero en forma de embutidos,

de chorizos, dentro de mis botas de montar guardadas en mi clóset, hasta que llegó el momento de repartirlo entre varias personas."

En los documentos desclasificados a partir de 1999, hay un *memocon* (memorando de conversación) de una reunión de alto nivel en la Casa Blanca efectuada la tarde del 15 de octubre de 1970. Participaron en esa cita "el doctor Kissinger, señor Karamessines, general Haig".[4] El primer párrafo está tachado entero. Imagine lo grave que debe ser para que aún esté censurado. El segundo párrafo dice que Karamessines "hizo un resumen sobre el general (R) Viaux y las reuniones del general (R) Canales con el almirante Tirado", para finalmente detallar las "posibilidades del golpe" en Chile. El tercer párrafo concluye que "Viaux no tiene más que una posibilidad entre veinte –quizás menos– de que su golpe tenga éxito". Y se decidió enviar un mensaje a Viaux a través de la CIA para "desactivar su intento, al menos temporalmente".

Al leer completo ese memorando se podría creer que Kissinger y la CIA decidieron echar pie atrás en el plan criminal ese día 15 de octubre de 1970. Hasta podrían alegar inocencia ante un tribunal que investigue el crimen del general Schneider. Podrían decir que unos cuantos chilenos locos decidieron hacerlo por su cuenta...

Pero esa tesis se viene abajo si seguimos hurgando en los documentos desclasificados. ¿En qué consistió el mensaje que entregaron al general Viaux? Lo vemos en el télex que la oficina central de la CIA envió a Santiago el 16 de octubre, al día siguiente de esa reunión en la Casa Blanca. Está firmado por Thomas Karamessines y dirigido al jefe local, Henry Hecksher. Textual:

> *1.- La política del Track Two, sus objetivos y acciones se analizaron al más alto nivel del USG (gobierno de Estados Unidos) la tarde del 15 de octubre. Las conclusiones siguientes serán su guía operativa:*

> *2.- La política firme y continuada es que Allende sea derrocado por un golpe. Sería muy preferible que esto ocurra antes del 24 de octubre, pero los esfuerzos en este sentido proseguirán vigorosamente después de esa fecha. Tenemos que seguir generando una presión máxima hacia este fin, utilizando todos los recursos adecuados. Es imperativo que estas acciones se realicen clandestinamente y en condiciones de seguridad para que el USG (gobierno de Estados Unidos) y la mano americana permanezcan bien ocultos. Aunque esto nos impone un alto grado de selectividad al establecer contactos militares y nos dicta que dichos contactos deben hacerse de la manera más segura posible, no excluye los contactos como el descrito en Santiago 544, que fue una jugada magistral.* (Nota: no se ha desclasificado el mensaje numerado como "Santiago 544" por lo que aún no sabemos a qué jugada magistral se refiere.)
>
> *3.- Al cabo de un estudio sumamente minucioso, se decidió que un intento de golpe efectuado por Viaux solo, con las fuerzas de que ahora dispone, fracasaría. Por tanto, sería contraproducente para nuestros objetivos de* (tachado). *Se decidió que la CIA curse un mensaje a Viaux previniéndole de una acción precipitada. Nuestro mensaje, en síntesis, debe decir: "Hemos revisado sus planes, y basándonos en nuestra información y la de usted, hemos llegado a la conclusión de que su plan de golpe en este momento no puede tener éxito. Su fracaso puede reducir sus posibilidades para el futuro. Preserve sus fuerzas. Estaremos en contacto. Llegará el momento en que usted junto a todos sus amigos puedan hacer algo. Seguirá contando con nuestro apoyo". Se le ruega que transmita el mensaje a Viaux esencialmente en estos mismos términos.* ***Nuestros objetivos son los siguientes: A) Informarle de nuestra opinión y disuadirle de que actúe solo; B) Seguir animándolo para que amplíe su plan; C) Impulsarlo a que sume sus fuerzas con otros golpistas para actuar en conjunto antes o después del 24 de octubre (N. B. seis máscaras de gas***

y seis granadas de gas lacrimógeno están siendo enviadas a Santiago por correo especial (tachado) ***ETD Washington, a las 11 horas del 16 de octubre.)***

4.- Hay un gran y continuo interés por las actividades de Tirado, Canales, Valenzuela y otros, y les deseamos mucha suerte.

5.- Lo que antecede es su guía de actuación. Ninguna otra directriz política que pueda recibir de (tachado, pero se puede inferir "Departamento de Estado") ***o de su máximo representante en Santiago*** **(el embajador),** ***debe desviarle de su camino.***

6.- ***Por favor, analice todas sus actuales y posibles nuevas actividades para incluir propaganda, operaciones negras, labores de Inteligencia o desinformación, contactos personales o cualquier otra acción que se le ocurra que le permita continuar presionando para conseguir nuestro objetivo*** (tachado) ***de manera segura.***

Ahí está. Con toda claridad. Alentar al general Viaux para que "amplíe su plan" y animarlo para que coordine sus acciones con los otros grupos. Objetivo: actuar antes del 24 de octubre, día en que el Congreso chileno debía ratificar a Salvador Allende como Presidente.

Con esta orden perentoria, la CIA-Santiago siguió adelante. Según confesó el propio director de la CIA, Richard Helms, en sus memorias, desconfiaba de la capacidad del general Viaux, "pero sobre la base de la orden de 'hacer lo que fuera' seguimos escuchando a Viaux". ¿Sólo escuchando?

Hay algunas pistas sobre lo que hizo la CIA, como este cable enviado a primera hora del 18 de octubre desde Santiago a Washington, donde se informa de los dos oficiales activos de las Fuerzas Armadas que pidieron armas para la operación criminal. Veamos el texto de ese informe de la "estación" CIA-Santiago (que debió ser escrito por Henry Hecksher, el jefe) a la central en Virginia:

1.- (Nombre tachado) *se reunió clandestinamente en el atardecer del 17 de octubre con dos oficiales activos de las Fuerzas Armadas chilenas* (nombres tachados), *quienes le dijeron que sus planes estaban avanzando mejor de lo que habían pensado como posible. Ellos pidieron que, al atardecer del 18 de octubre,* (nombre tachado) *los dotara de ocho a diez granadas lacrimógenas. Dentro de 48 horas necesitan tres ametralladoras calibre 45 ("grease guns"), con 500 cartuchos cada una. Un oficial* (tachado el nombre) *comentó que ya tenía tres ametralladoras, pero pueden ser identificadas por los números de serie ya que le fueron asignadas antes, por tanto es imposible usarlas.*

2.- Un oficial (nombre tachado) *dijo que debían moverse porque creen estar bajo sospecha y vigilados por leales a Allende. El oficial* (tachado el nombre) *llegó tarde a la reunión por hacer acciones evasivas para burlar la posible vigilancia de uno o dos taxis, con antenas dobles, que creyó que lo seguían.*

3.- (Tachado el nombre) *preguntó a los oficiales* (tachados los nombres) *si tenían contactos con la Fuerza Aérea. Respondieron que no, pero que sería bienvenido.* (Tachado el nombre), *desde entonces, ha tratado de contactarse con* (tachado el nombre), *general de la Fuerza Aérea, y seguirá haciéndolo hasta lograrlo. Él exhortará al general de la Fuerza Aérea a reunirse con los dos oficiales* (nombres tachados) *lo antes posible.* (Nombre tachado) *comentó a la Estación que el general de la Fuerza Aérea no ha tratado de contactarse con él desde la conversación en referencia.*

4.- Comentarios de (tachado el nombre)*: No se puede decir quién es el líder de este movimiento, pero hay fuertes sospechas de que es el almirante* (tachado el nombre). *Esto se deriva de sus contactos* (tachados nombres) *y acciones, además de que ha dicho de las sospechas de Allende sobre ellos y de que a menos de que actúen ahora, están perdidos. Trataremos de tener más información la tarde del 18 de octubre sobre el apoyo que ellos creen tener.*

5.- La estación planea entregar seis granadas lacrimógenas (llegando al mediodía del 18 de octubre por correo especial) para entregarlas a (tachado el nombre), *oficial de las Fuerzas Armadas, en lugar de que* (tachado el nombre) *falso oficial infiltrado, las entregue al grupo del general Viaux. Nuestro razonamiento es que* (tachado el nombre) *está negociando con oficiales en servicio activo. También el falso oficial infiltrado abandonaría en la tarde del 18 de octubre y no será reemplazado, en cambio* (tachado nombre) *se queda aquí. Por lo tanto es importante que la credibilidad de (*tachado el nombre) *con los oficiales de las Fuerzas Armadas* (nombres tachados) *se fortalezca a través de la pronta entrega de lo que ellos solicitan. Se pide la aprobación del Cuartel Central para las 15:00 hora local del 18 de octubre, sobre la decisión de envío de gas lacrimógeno para (*tachado el nombre*) en lugar de* (tachado el nombre), *el falso oficial infiltrado.*

6.- Se pide el rápido envío de tres ametralladoras de calibre 45 y las municiones para cada una, por correo especial si es necesario. Por favor, confirmar para las 20:00 horas del 18 de octubre si esto es factible para que (tachado el nombre) *pueda informar a sus contactos según lo acordado.*

Hasta ahí el texto de la estación CIA-Santiago. El cuartel central en Virginia respondió:

INMEDIATO SANTIAGO
SÓLO PARA QUE LO VEA (tachado el nombre)

1.- Dependiendo de cómo resulte la conversación con (tachado el nombre), *en la tarde del 18 de octubre, es posible que usted quiera enviar un informe de Inteligencia* (dos palabras tachadas) *de modo que podamos decidir si debemos falsearlo.*

2.- Nuevo asunto: Si (tachado el nombre) *planea liderar el golpe, o involucrarse activa y públicamente, nos confunde el porqué podría molestarle si las metralletas puedan ser rastreadas hasta él. ¿Podemos razonar acerca de por qué las armas deben ser no registradas? Continuaremos haciendo un esfuerzo para proveerlos, pero ¿no debiera disminuir nuestra confianza por un oficial naval guiando sus tropas con armas no registradas? ¿Cuál es el propósito especial de estas armas? Nosotros enviaremos las armas ("grease guns") pueda usted o no darnos una explicación.*

Más tarde, ese mismo día 18 de octubre, la central de la CIA envió un nuevo mensaje:

INMEDIATO SANTIAGO
EXCLUSIVAMENTE PARA QUE LO VEA (nombre tachado)

Subametralladoras y municiones están siendo enviadas por correo (tachado) *regular, salen de Washington a las 07:00 horas del 19 de octubre y deben llegar a Santiago a última hora de la tarde del 20 de octubre o a primera de la mañana del 21. Se prefiere utilizar el correo* (tachado) *regular para no llamar excesivamente la atención sobre la operación.*

Esa última palabra que se tachó es la palabra "diplomático". Porque las armas llegaron en la valija diplomática de la embajada de Estados Unidos.

Lo cierto es que –apremiados por el paso de las horas– un grupo intentó atacar al general Schneider la noche del 19 de octubre. Falló ese ataque porque, contra lo previsto, el general cambió de automóvil. Usó el privado en lugar del vehículo oficial. ¿Qué hizo la Casa Blanca al enterarse del fallido ataque? Muy temprano, en la mañana del 20 de octubre, el jefe local de la CIA recibió un télex exigiendo "acción urgente" porque "la sede central debe responder durante la mañana del 20 de octubre a preguntas de las altas esferas". ¿Qué hizo la estación CIA-Santiago esa misma mañana para satisfacer la demanda de "acción urgente"? Completó el pago de 50 mil dólares a Viaux y dio otros 50 mil al general Valenzuela. ¿Quién o quiénes esta-

ban tras la frase "altas esferas" que apremiaban a la CIA-Chile para actuar y a la central de la CIA para responder preguntas? Cuando la Comisión Church se lo preguntó a Thomas Karamessines –director adjunto de planificación de la CIA y encargado de la operación en Chile– dijo con toda certeza que la frase "altas esferas" se refería a Henry Kissinger.

Sabemos, por un reporte de la CIA que fue desclasificado, que para provocar el golpe y colaborar con el ataque al general Schneider llegó a Chile un número indeterminado de agentes que conformaron una *task force* al mando de David Atlee Phillips. Su "contacto" para comunicarse con uniformados chilenos debía ser el agregado militar de la embajada, coronel Paul Wimert, quien por una "única y especial" excepción –dijo la CIA en otro reporte– quedó bajo el mando del jefe de la CIA-Santiago.

Hay que detenerse un instante en el agente que fue enviado a Santiago de Chile como jefe de la fuerza especial (*task force*). Si usted escribe el nombre de David Atlee Phillips en cualquier buscador de internet, el resultado le provocará escalofríos. Con una experiencia de 25 años en la CIA, este hombre anota en su historial el derrocamiento del Presidente guatemalteco Jacobo Arbenz en 1954, un rol clave en la fracasada invasión a Cuba en 1961 y la jefatura de la estación-CIA en República Dominicana y Brasil. Estaba "estacionado" en Ciudad de México –desde donde se dirigían operaciones contra Cuba– cuando ocurrió el asesinato del Presidente Kennedy en 1963. Y hay fuertes indicios de que él sería el agente de la CIA que, bajo la chapa de "Maurice Bishop", se reunía con Lee Harvey Oswald, el misterioso hombre que luego asesinó a Kennedy.

El caso es que David Atlee Phillips no era un agente más de la CIA. Era un "jefe" con gran experiencia en operaciones encubiertas en América Latina. Y de Chile sabía mucho porque su biografía registra que –tras combatir en la Segunda Guerra– volvió aquí para retomar sus estudios

universitarios en 1948. Fue en Chile donde inició su carrera en la CIA. Y a este país regresó como jefe de esa *task force* que debía impedir la llegada de Allende a La Moneda. Era, en realidad, un alto oficial de la CIA y lo prueba un hecho: fue ascendido a jefe de la División Hemisferio Occidental tras esta misión.

¿Cuántos grupos chilenos fueron activados para el ataque criminal contra el general Schneider? ¿Dos, tres? Nunca lo supimos con certeza. El caso judicial quedó caratulado como "secuestro con resultado de muerte", de acuerdo a la versión de los supuestos cabecillas del complot: sólo se buscaba secuestrarlo para provocar un Estado de Sitio que impidiera la votación en el Congreso y la ratificación del triunfo de Allende. Se creía, dijeron, que su secuestro podría provocar una "intervención" militar.

Esa versión hay que ponerla en duda. ¿Por qué? Para empezar, porque el general Schneider no iba a dejarse secuestrar así como así. Era previsible, por cualquiera, que intentaría defenderse del ataque. Más aún. El "comando" criminal sabía, porque lo estaba viendo, que el general Schneider se movilizaba sin escolta, sin guardaespaldas armados. Sólo su chofer y él en un solitario automóvil. Para cumplir la orden de secuestro bastaba con dejar fuera de combate al chofer y encañonar al general por ambos costados. No fue así. El general habría sacado su pistola y le respondieron de inmediato con tres armas, dejándolo herido de muerte. Sigamos con el razonamiento. Los atacantes no conocían la gravedad de las heridas, por lo que –si la orden era secuestrarlo– pudieron llevárselo en ese estado para completar la misión. Pero tras herirlo, se escaparon. Quizás pensaron que estaba muerto. Quizás ésa era realmente la misión: matarlo. Lo ha declarado el agregado militar estadounidense, coronel Paul Wimert: "Eso era lo clave: liberarnos de Schneider".

Continuemos con las preguntas. ¿De qué servía un general Schneider secuestrado al que después habría que de-

jar en libertad? ¿Qué sentido tenía esconderlo en una casa de Santiago y luego sacarlo clandestinamente a Argentina, como se dijo en el proceso? ¿Lo iban a liberar algún día? ¿Acaso no iba a retornar, una vez liberado, a su puesto de comandante en jefe del Ejército para reimponer su doctrina de respeto a la Constitución y las leyes?

Los datos hasta hoy no encajan en esta historia criminal aunque han pasado más de tres décadas. ¿Qué pasó realmente? Anotemos algunos datos clave. El Mercedes Benz del general Schneider, auto oficial, iba conducido por el cabo Leopoldo Mauna y avanzó por una calle de la comuna de Las Condes. Sólo dos hombres en un auto. No había más escoltas. ¿Qué nos dice esta información? Que en Chile de octubre de 1970 era inconcebible un ataque criminal, por razones políticas, contra una alta autoridad. Teníamos una tradición republicana de respeto cívico que –salvo episodios acotados y vergonzosos de represión durante el siglo XX– hacía impensable un atentado como el que sufrió el general Schneider. En el Chile de esos días no se conocía el miedo, salvo el temor de algunos centenares de familias derechistas que estaban abandonando el país víctimas de la campaña de propaganda de la CIA y de su propio prejuicio antimarxista. Todo indica, por tanto, que el cerebro que ideó este plan no fue chileno. Se operó con la lógica de la CIA, en la cual el crimen político como "acción encubierta" es un necesario y último recurso para lograr sus fines.

Así era Chile: un país democrático y pacífico. Y por eso fue que el crimen del general Schneider –quien murió tras cuatro días de agonía– nos dejó paralizados y en estado colectivo de estupor. Esa sorpresa paralizante fue mayor aún cuando comenzó a dar fruto la investigación del general (R) Emilio Cheyre, padre del actual comandante en jefe del Ejército y entonces director de la policía de Investigaciones. ¡Generales y almirantes en el complot criminal! No parecía posible, no correspondía al patrón de conducta posible. Y eso no fue todo: comenzaron a

emerger, uno tras otro, los miembros civiles del comando criminal de ultraderecha. La mayor parte de ellos, jóvenes pertenecientes a conspicuas familias de la "aristocracia" criolla, quienes habían huido del país el mismo día del atentado.

La investigación judicial de los hechos estuvo a cargo de un fiscal militar y las primeras sentencias las dictó el general Orlando Urbina. Los que dispararon a matar –Juan Luis Bulnes Cerda y Diego Izquierdo Menéndez– fueron sobreseídos temporalmente por no estar en Chile. Cuando volvieron –ya en dictadura– estuvieron presos pocos meses y quedaron en libertad. Jaime Melgoza Garay, quien dijo haber disparado a la mano del general Schneider para desarmarlo, recibió la mayor condena (presidio perpetuo) en primera instancia, luego se le rebajó y salió en libertad durante la dictadura. El presunto "cerebro" de la operación, el general Roberto Viaux, fue condenado a 20 años de cárcel y luego se le rebajó la pena a pocos meses de presidio y cinco años de extrañamiento (se fue a vivir a Paraguay). Para el resto, entre tres y diez años de cárcel que finalmente no se cumplieron del todo.

¿Qué pasó después? Obviamente la dictadura del general Pinochet no podía hacerle justicia al general Schneider. Ello implicaba castigar una operación criminal que fue hecha en nombre de los mismos principios que justificaron el golpe militar de 1973: frenar al comunismo. Y para legalizar el "blanqueo", la dictadura contó con la Corte Suprema, la que finalmente sentenció que "no hubo dolo homicida en el accionar de los inculpados". Sólo se intentó secuestrar al comandante en jefe del Ejército. Que haya muerto fue pura mala suerte…

Ese fallo de la Corte Suprema violó una norma elemental que rige en Chile y en todos los países civilizados: un asesinato cometido en el curso de un secuestro es agravante y no atenuante. Eso, a partir de aceptar la tesis de que querían secuestrarlo, versión de los acusados que no se sos-

tiene en un análisis serio. Hasta llegaron a deslizar, en el juicio, que el general Schneider estaba de acuerdo en su propio secuestro con miras al golpe militar. Una grosera mentira para liberarse de culpas y, de paso, enlodar a un hombre intachable.

La dictadura fue tan amable con los criminales que el general Sergio Arellano Stark –comandante en jefe de la segunda división de Ejército– intercedió ante el ministro de Justicia en 1975 y liberó al general Camilo Valenzuela hasta de la molestia de tener que ir a firmar al Patronato de Reos.

De la participación de Estados Unidos y la CIA no se dio por enterado tribunal alguno en Chile. El monumento al general Schneider –erigido en avenida Kennedy esquina Américo Vespucio– quedó listo para ser inaugurado cuando ocurrió el golpe militar de 1973. El general Pinochet no se atrevió a derribarlo, pero actuó como si no existiera. Durante la transición, en el año 2000, se puso el nombre del general Schneider al campo militar ubicado en la comuna de La Reina. Pero, hasta ahora, nunca el Ejército chileno ha hecho una queja formal por la participación de Estados Unidos en el crimen de su comandante en jefe.

La familia Schneider, el año 2001, presentó una demanda civil contra Henry Kissinger y el ex director de la CIA, Richard Helms. La demanda no incluyó al ex embajador Korry y al agregado militar Wimert porque ambos optaron por colaborar con testimonios contra Kissinger. El juicio sigue su curso en Estados Unidos. La defensa del ex Secretario de Estado se aferra a algunos datos: el *memocon* donde se desactiva al general Viaux (reunión del 15 de octubre en la Casa Blanca) y al hecho de que las tres metralletas traídas en la valija diplomática no fueron usadas en el crimen. Se usaron otras armas. Los asesinos, insiste Kissinger, "actuaron por su cuenta y sin nuestro conocimiento, desobedeciendo las instrucciones de la CIA".

El coronel Paul Wimert apunta hacia Kissinger y el general Alexander Haig en sus declaraciones. Ha dicho que éste fue "un asunto sucio, sucio, inmundo. Me avergoncé de mí mismo y hasta odiaba mirarme al espejo para afeitarme". Wimert reconoció incluso haberse deshecho de las armas tras la operación criminal: "Me fui a Valparaíso, que se supone que es el puerto más profundo en esa parte del mundo, y lo tiré todo ahí dentro". Y salió de Chile rápidamente porque "estaba muerto de susto, demasiadas cosas conducían hacia mí. Tuve miedo por mi familia, no podía dormir. Cuando uno se siente atrapado, tan cerca, hay que actuar rápido".

El periodista norteamericano Christopher Hitchens investigó el caso y, en su libro *Juicio a Kissinger*, asegura que "sobre Henry Kissinger recae la responsabilidad directa del asesinato de Schneider".[5] Veamos algunos de los elementos de prueba:

1.- Brian MacMaster, un agente profesional de la CIA en posesión de un pasaporte colombiano falsificado y que aseguraba representar los intereses comerciales norteamericanos en Chile, habló de sus esfuerzos por conseguir "dinero de unte"con que comprar el silencio de miembros encarcelados del grupo de Viaux, después del asesinato y antes de que pudiesen implicar a la CIA.

2.-El coronel Paul M. Wimert, agregado militar en Santiago y principal enlace de la CIA con la facción del general Valenzuela, ha testificado que –después del asesinato de Schneider– se apresuró a recuperar los dos pagos de 50 mil dólares que habían sido hechos a Valenzuela y a su asociado, y también las tres ametralladoras "estériles". Luego se dirigió rápidamente en coche a la ciudad costera de Viña del Mar y arrojó las armas al océano. Su cómplice en esta acción, el jefe del centro local de la CIA, Henry Hecksher, había ase-

gurado a Washington, tan sólo unos días antes, que tanto Viaux como Valenzuela podrían eliminar a Schneider y de este modo desencadenar un golpe de Estado.

El periodista Hitchens agrega, como prueba, un decidor párrafo de un informe que la CIA entregó en septiembre de 2000 al Congreso de Estados Unidos. Allí se dice con todas sus palabras y letras lo siguiente:

–Que para provocar un golpe, la CIA trabajó con tres grupos diferentes de conjurados.

–Que los tres coincidían en el requisito previo de secuestrar al general Schneider.

–Que la CIA facilitó gas lacrimógeno, metralletas y municiones al segundo grupo, que hirió mortalmente al general en su ataque.

–Que "en noviembre de 1970, un miembro del grupo de Viaux que no fue capturado volvió a contactar con la CIA y solicitó ayuda económica en nombre del grupo. Aunque la CIA no tenía obligaciones con éste, porque había actuado por su cuenta, en su afán de mantener secretos los contactos previos y de conservar la buena voluntad del grupo, y por motivos humanitarios, le entregó 35 mil dólares".

Nótese bien: la CIA entregó "por motivos humanitarios" 35 mil dólares, cifra que era mucha plata en 1970, a uno de los prófugos del crimen del general Schneider. Por cierto, ese monto no estaba en la "caja chica" ni salió del generoso bolsillo personal de un jefe de la CIA. Esa cifra debió tener visto bueno del Comité 40, presidido por el asesor de seguridad nacional Henry Kissinger.

El periodista Hitchens agregó también como prueba una declaración del embajador en Chile, Edward Korry, quien declaró que a Kissinger –tras el crimen– "no le interesaba

Chile, sino a quién iban a culpar de aquello. Quería que yo calmase los ánimos. Henry no quería que lo asociasen con un fracaso y estaba elaborando un documento que culpaba al Departamento de Estado".

Así, el periodista estadounidense concluye que "podemos decir con seguridad que Kissinger es *prima facie* culpable de connivencia en el asesinato de un oficial democrático en un país democrático y pacífico".

1. Thomas Powers, *The Man Who Kept the Secrets: Richard Helms and the CIA* (New York: Pocket Boocks, 1981).
2. Reproducido en el diario *La Nación*, 18 de agosto de 1995.
3. *La Nación*, 7 de septiembre de 1970.
4. El poderoso general Alexander Haig era el jefe de la Comisión Presidencial de Fuerzas Estratégicas.
5. Christopher Hitchens, *Juicio a Kissinger* (Barcelona: Anagrama, 2001).

Capítulo V

FIRMADO: HENRY KISSINGER

El Congreso Pleno sesionó mientras el general Schneider agonizaba en el Hospital Militar. El Presidente Frei dictó Zona de Emergencia en la capital. Y el jefe militar de zona era el general Camilo Valenzuela, sin que por esos días se sospechara que era uno de los cerebros del complot criminal y un colaborador de la CIA.

La solemne sesión del Parlamento se realizó el 24 de octubre de 1970 en el tradicional edificio de Catedral esquina Morandé. Total: 153 votos para Allende, 35 para Alessandri y siete abstenciones. No hubo fiesta en las calles esa noche. Chile entero pendía de las noticias del Hospital Militar.

Cuando murió el general Schneider, Allende dijo:

> El país comprende que él pagó con su vida su decisión inquebrantable de conservar una tradición de las Fuerzas Armadas de nuestra patria, de velar por la soberanía nacional, y de mantenerse leales a la Constitución, a las leyes y al régimen democrático. Comparto la justa indignación de las Fuerzas Armadas por este crimen deleznable y comprometo mi palabra de hombre y de gobernante de impulsar todas las acciones y agotar todos los medios para sancionar, en la forma más drástica, a los que han manchado de sangre nuestra historia.

Y para las solemnes honras fúnebres del general asesinado, los rostros de los Presidentes Eduardo Frei y Salva-

dor Allende –cada uno en su rol de saliente y electo– quedaron grabados en fotografías y filmaciones. Los dos juntos. Allí había más que dolor y preocupación. Ambos habían sido buenos amigos y leales adversarios políticos hasta entonces. Compartieron en el Senado por muchos años y, en privado, también muchos días de descanso en sus sendas casas de playa en Algarrobo. ¿Cuánto sabían, entonces, de que este crimen formaba parte de la visceral decisión del Presidente Nixon de hacer que Chile reventara por sus cuatro costados?

En un gesto decidor, el embajador Edward Korry apareció súbitamente en Isla de Pascua por esos días, desmantelando la estación meteorológica que Estados Unidos había abierto, en 1966, para medir los grados de contaminación que podrían producir las explosiones atómicas francesas en el Pacífico Sur. Y el embajador anunció, de paso, que también se cerrarían las estaciones de Quinteros y Punta Arenas. Rompió la norma diplomática, pues primero debía avisar a la Cancillería chilena. El canciller chileno, Gabriel Valdés, comentó secamente: "Lo que natura non da, diplomacia non presta".

Cuando finalmente Salvador Allende recibió los símbolos de mando, el 3 de noviembre de 1970, pidió al cardenal que hiciera un solemne Te Deum en la catedral, marcando desde el primer día su relación respetuosa con la Iglesia Católica. Hubo también un solemne desfile militar en su honor al día siguiente. Al mando de las tropas, el general Camilo Valenzuela. Nadie aún podía imaginar que por 50 mil dólares de la CIA, este general estuvo dispuesto a "neutralizar" a su comandante en jefe.

Y luego, en el Estadio Nacional, se realizó un gran acto popular donde el nuevo Mandatario socialista habló de la inédita experiencia chilena: "Chile inicia su marcha hacia el socialismo, sin haber sufrido la trágica experiencia de una guerra fratricida. Y este hecho, con toda su grandeza, condiciona la vía que seguirá este gobierno en su obra transformadora. La voluntad popular nos legitima en nuestra tarea. Mi gobierno responderá a esta confianza haciendo real y concreta la tradición democrática de nuestro pueblo".

¿Sabía entonces el Presidente Allende que ya estaba en la mira de Nixon y Kissinger? Todo indica que sí, al releer ese mismo discurso del Estadio Nacional, pronunciado el 5 de noviembre de 1970.

> Cada pueblo tiene el derecho a desarrollarse libremente, marchando por el camino que ha elegido. Pero bien sabemos que, por desventura, no es así, como lo denunció Indira Gandhi en las Naciones Unidas. Ella dijo: "El derecho de los pueblos a elegir su propia forma de gobierno se acepta sólo sobre el papel, pero en la realidad existe una considerable intromisión en los asuntos internos de muchos países. Los poderosos hacen sentir su influencia de mil maneras". Chile, que respeta la autodeterminación y practica la no intervención, puede legítimamente exigir de cualquier gobierno que actúe hacia él en la misma forma.

Sabía que estaba en la mira de la Casa Blanca y ésa fue su forma de advertirlo, pero no tenía más camino que cumplir con el mandato popular, ratificado por el Parlamento, y tratar de detener el complot. Podría decirse así: cada día con vida, era un milagro que celebrar. O cada día que pasaba, lo acercaba a la muerte violenta que inexorablemente estaba marcada para él. Era el precio por soñar en Latinoamérica con socialismo democrático.

Todo indica que Estados Unidos no quiso creer los reiterados informes acerca de la postura de la Unión Soviética en el caso chileno: neutral. Porque a Chile y a Estados Unidos llegaba el siguiente recado de Leonidas Breschnev, el entonces poderoso Presidente de la URSS: "No nos interesa, no estamos en condiciones de financiar una segunda Cuba". Y eso debido a que Cuba le costaba a la URSS,

por aquel entonces, un grueso fajo de billetes por día.

En su ENI 1970 (Estimación Nacional de Inteligencia), los analistas estadounidenses decían que el Presidente Allende iba a establecer rápidamente un Estado marxista-leninista en Chile, al estilo de algún país comunista de Europa central. Y se predijo que la democracia chilena sobreviviría tres años a lo máximo, hasta 1973, y luego caería en el comunismo. ¿Cómo lo iba a lograr Allende? Sostuvo la ENI'70 que si mejoraban las condiciones de vida de los chilenos en el primer trienio, Allende podría tener una mayoría en el Congreso para las elecciones parlamentarias '73. Así le sería posible imponer un Estado socialista de tipo marxista por medio de su vía pacífica.

Si usted lee ese informe y luego tiene que decidir acerca de qué hacer para evitar esa posibilidad, la respuesta es obvia: boicotear los primeros tres años de gobierno de Allende, impedir que tenga mayoría parlamentaria y preparar un golpe de Estado para derrocarlo, teniendo como fecha tope el año 1973.

Un memorando de la CIA del mismo año 70 marcó que Chile, por mucho tiempo, había sido un "país abierto a los extremistas de izquierda" y que esa característica se iba a profundizar con Allende en La Moneda. Pero –anunció– habrá límites que pondrán las mismas Fuerzas Armadas y ¡el Partido Comunista!, "un partido ortodoxo que se opone a los grupos propensos a la violencia". Y es que realmente el PC chileno era tan ortodoxo que –medio en broma y medio en serio– se decía que su comité central sacaba un paraguas si llovía en Moscú.

Hay que anotar que ninguna predicción de Inteligencia de Estados Unidos menciona siquiera la posibilidad de que el Presidente Allende y la Unidad Popular utilizarían la fuerza para liquidar la democracia y quedarse con el poder. ¡Iban a instalar un "estado socialista" a punta de votos democráticos! Votos que se obtendrían mejorando las "condiciones de vida" de las mayorías.

El doctor Salvador Allende –sabiendo que su cuerpo terminaría copiado en estatuas de metal y mármol– decidió dar frente al desafío. Formaba parte, quizás, del trágico libreto para subir al pedestal. Y sobre este punto las nuevas generaciones de Latinoamérica debieran reflexionar, ya que gran parte de su experiencia política de fines del siglo XX y comienzos del XXI está marcada por "líderes" corruptos o muy débiles.

No estamos hablando aquí de un ser sobrehumano. Nada de eso. Innumerables testimonios dan cuenta de que el doctor Salvador Allende –muy inteligente y muy tenaz– era un ser humano muy humano, con grandezas y flaquezas. Amaba la vida como el que más. Él mismo decía no tener pasta de héroe ni de mártir. Gozaba con la buena comida, con los perfumes, con la ropa fina, con su colección de obras de arte. Gozaba piropeando a las mujeres. Se reía a carcajadas y gastaba tiempo en idear bromas para sus amigos, incluso irrumpiendo disfrazado en sus casas en los tiempos en que era un honorable senador de la República.

"Tenía mucho sentido del humor. Era un hombre de rica personalidad y el humor ocupaba un lugar muy importante. Nunca lo vi abatido, derrotado. ¿Que cuándo se enojaba? Cuando le mentían, cuando lo engañaban. Cuando él pedía algo con urgencia y no respetaban las fechas prometidas. Ahí se enojaba. No podía tolerar la ineficiencia, tampoco la deshonestidad. Él decía que en su gobierno se podían meter los pies, pero no las manos", recuerda doña Tencha Bussi de Allende.[1]

La escritora Isabel Allende, su sobrina, dice que "tenía la sonrisa fácil, la voz precisa y una mirada apasionada, capaz de hipnotizar al interlocutor. De estatura mediana, ágil, caminaba muy erguido, tal vez con la intención de verse más alto (...) Hablaba con sencillez, sin recursos inútiles y con gran conocimiento del alma humana; nadie podía pretextar no haberlo comprendido. Poseía velocidad mental,

intuición y encanto. Su sentido de la hidalguía rayaba a menudo en lo quijotesco".[2]

Lo impresionante es que este hombre, amante de la vida, olió el peligro de muerte y no lo escabulló. Pudo haber buscado cualquier excusa, cuando la crisis política se fue agudizando, para renunciar. Para escapar. No lo hizo. ¿Por qué? Porque era un revolucionario consecuente que había propuesto lo que la palabra "revolución" significa: un cambio rápido y profundo. Un revolucionario que propuso a sus seguidores usar como única arma un lápiz de grafito para marcar su nombre en la cédula electoral. Y si ganaba –como sucedió a la cuarta vez que se presentó a elecciones– prometió dirigir, en democracia, ese cambio rápido y profundo para hacer de Chile un país más justo y más solidario. Un país donde se enseñara a los pobres a pescar, fabricando la caña y el anzuelo, abriendo camino hacia ríos y mares con cardúmenes de peces. No un país donde la caridad –privada o estatal– repartiera migajas de pescado a los hambrientos, cercenándoles la esperanza de valerse por sí mismos.

Y es que el doctor Allende, formado en los ideales democráticos y libertarios de la masonería, tenía un profundo sentido ético y estético, valores que –a final de cuentas– son caras de la misma moneda. Porque un país con alto índice de extrema pobreza, así como de desnutrición y mortalidad infantil, es un país feo. Un país donde hay personas que duermen con hambre y frío cada noche, cuya desesperanza se alimenta de la comprobación cotidiana de la desigualdad y la injusticia, es un país feo. Un país donde a una minoría le sobra y a la mayoría le falta, es un país feo. Un país que discrimina a sus pueblos indígenas originarios, es un país feo. Y Allende soñaba con ayudar a construir un país bello. Lo prometió y debía hacer el mejor intento por cumplir su promesa, aunque eso le costara la vida.

"Que lo sepan, que lo oigan, que se les grabe profundamente: defenderé esta revolución chilena y defenderé al Gobierno Popular porque es el mandato que el pueblo me ha entregado. No tengo otra alternativa. Sólo acribillándome a balazos podrán impedir la voluntad que es hacer cumplir el programa del pueblo", dijo en un discurso.

Para compartir la construcción del socialismo en democracia, miles y miles de jóvenes latinoamericanos y europeos, incluso estadounidenses, echaron la mochila a la espalda y partieron al sur de América. Socialismo en democracia, con pleno respeto al pluripartidismo, a la libertad de prensa y a los derechos humanos, ¿cómo sería eso? Había que averiguarlo y ojalá participar a fondo en la construcción real del sueño, experiencia única en el mundo. Por doquier, en calles y carreteras de Chile, se veía a estos jóvenes pidiendo un aventón a los vehículos, trenzando idiomas y distintos acentos de castellano, con rostros iluminados de esperanza a pesar del cansancio. En el caso de los europeos, compartir la experiencia tenía ecos especiales, ya que el llamado euro-comunismo era un fuerte movimiento político en el que destacaban los partidos de izquierda de Italia y Francia.

Allende sabía que también estaba en la mira de esperanza de muchas personas en el planeta:

> Las revoluciones no son partos de todos los días en la historia. Y lo que estamos haciendo nosotros es una auténtica revolución, no sólo porque lo vivimos, lo vemos, lo sentimos, sino porque, además, de todas las latitudes del mundo miran a Chile como un fanal que enciende una pequeña llama de esperanza en millones y millones de seres humanos. No podemos defraudarnos nosotros ni podemos defraudar a otros pueblos. No podemos caer en el escepticismo, ni en la duda, ni en el cansancio. Ni podemos caer en actitudes afiebradas, creyendo que puede hacerse la construcción del socialismo en media hora, en un día o en un año.

Creía que para ser revolucionario se debía partir por una revolución interior. Y recordaba que en las murallas de la universidad francesa de La Sorbona, en 1968, alguien escribió que "la revolución comienza por las personas, antes que por las cosas". Por eso, decía, un verdadero revolucionario "sabe que la labor es ardua, dura, difícil, sabe que las pirámides no se comienzan por el vértice".

Agreguemos aquí un dato que se relaciona con la seguridad personal del Presidente. Un grupo de jóvenes –ante el peligro cierto– optó por una acción que le costaría la vida a buena parte de sus miembros. Ofrecieron al doctor Allende formar una "guardia presidencial" *de facto*, para reforzar la tarea oficial de la policía e impedir un magnicidio. Y cuando los periodistas le preguntaron quiénes eran estos muchachos que lo acompañaban por doquier, Allende contestó: "Un grupo de amigos personales". Así, tomando las iniciales de cada palabra, nació el GAP.

Es verdad que la disimulada acción de vigilancia y protección de 1970 se transformó en un despliegue más visible hacia 1973, sumándose las fuerzas policiales y las del GAP. Muchos hombres y muchos vehículos, en caravana, acompañaban al "compañero Presidente" en sus desplazamientos por las calles y carreteras.

Pero también es verdad que el riesgo de magnicidio fue aumentando cada día, durante los casi tres años que el doctor Allende alcanzó a ser Presidente de Chile. Y ello ocurrió porque se cumplió la orden del Presidente Richard Nixon: "hacer aullar de dolor a la economía" y polarizar la sociedad al máximo, tensarla como a un cuerpo desnudo en una cámara de tortura. Y hacerlo de tal modo, con acciones tan encubiertas, que los culpables parecieran ser el Presidente Allende y su alianza política de gobierno, la Unidad Popular, creando así las condiciones propicias para el golpe militar.

Los archivos desclasificados revelan que Nixon dijo a su gabinete que había decidido "hacer todo lo posible para dañar a Allende y hacerlo caer". Lo dijo cuando Allende llevaba sólo dos días en el gobierno. Y tras dos reuniones de emergencia del Consejo de Seguridad Nacional, cuando Allende completaba apenas cinco días en La Moneda, el 9 de noviembre de 1970, el asesor Henry Kissinger repartió el Memorando de Decisión Nº 93. *Subjet: Policy toward Chile*. Política hacia Chile. *Top Secret/Sensitive/Eyes only*. Sólo podían verlo, ni siquiera copiarlo, el Secretario de Estado (canciller), el ministro de Defensa, el director de la CIA y el director de la Oficina de Preparación de Emergencias. Veamos los párrafos claves:

> *–El Presidente ha decidido que 1) la postura pública de los Estados Unidos será correcta pero fría, para evitar darle bases al gobierno de Allende que le permitan concitar apoyo interno e internacional para la consolidación del régimen; pero que 2) los Estados Unidos maximizarán las presiones sobre el gobierno de Allende para impedir su consolidación y limitar su capacidad de implementar políticas contrarias a los intereses de Estados Unidos y del hemisferio.*
>
> *–Deben emprenderse vigorosos esfuerzos para asegurar que otros gobiernos de América Latina entiendan la oposición de Estados Unidos a la consolidación de un Estado comunista en Chile, hostil a los intereses de Estados Unidos y otras naciones del hemisferio, y empujarlos a adoptar una postura similar.*
>
> *–Deben establecerse consultas privadas con gobiernos importantes de América Latina, particularmente Brasil y Argentina, para coordinar esfuerzos en contra de iniciativas de Chile que pueden ser contrarias a nuestros intereses mutuos. En pos de ese objetivo, deben incrementarse los esfuerzos por establecer y mantener estrechas relaciones con líderes militares amistosos en el hemisferio.*
>
> *–Deben adoptarse acciones para excluir, en todo lo posible, otras ayudas financieras o garantías para la inversión privada norteamericana en Chile, incluyendo el Programa*

de Garantía de Inversiones o las operaciones del Eximbank.

–Se debe ejercer máxima influencia sobre instituciones financieras internacionales para limitar créditos u otras ayudas de financiamiento a Chile (los esfuerzos en tal sentido deberían coordinarse con otras naciones amigas).

–No deberá hacerse ningún nuevo acuerdo bilateral de ayuda con el gobierno de Chile (los programas humanitarios o de agencias sociales privadas serán analizados caso a caso).

–El Presidente decidió que el Director de la Oficina de Preparación de Emergencias haga un estudio acerca de las posibles conductas del mercado mundial del cobre, los stocks disponibles y otros factores que puedan afectar el mercado del cobre chileno.

–El Presidente también ordenó que el Grupo de Revisión de Alto Nivel (Senior Review Group) se reúna mensualmente, o con mayor frecuencia si es necesario, para considerar asuntos específicos dentro del marco de esta postura general. (...) Para facilitar este proceso, el Presidente ha dispuesto la formación de un Grupo de Trabajo Ad-hoc Inter-Agencias, conformado por representantes de las Secretarías de Estado y de Defensa, el director de la CIA y el Asistente del Presidente para Asuntos de Seguridad Nacional, para preparar opciones de cursos de acción específicos y planes de acción.

Firmado: Henry Kissinger.

Pocos días después, el 17 de noviembre de 1970, Kissinger hizo otro resumen para el Presidente Nixon, donde delineó los cinco puntos clave de la guerra "encubierta" contra el Presidente Allende. También está marcado *Top Secret/Sensitive/Eyes only.* Escribió Kissinger:

1.- Acción política para dividir y debilitar la coalición de Allende.

2.- Mantener y ampliar contactos con militares chilenos.

3.- Ofrecer apoyo a grupos y partidos políticos opositores no marxistas.

4.- Ayudar a ciertos periódicos y utilizar otros medios de comunicación en Chile que puedan criticar al gobierno de Allende.

5.- Utilizar medios de comunicación seleccionados (en América Latina, Europa y otras partes) para destacar la subversión del proceso democrático de parte de Allende y la intervención de Cuba y la Unión Soviética en Chile

Firmado: Henry Kissinger

Dos días después, el 19 de noviembre de 1970, ocurrió una crucial reunión entre Kissinger y los jefes de la CIA. Objetivo: examinar propuestas para potenciar las acciones encubiertas en Chile. Los archivos revelan que William Broe, jefe de la División Hemisferio Occidental, propuso que la CIA inyectara dólares en los sectores "más moderados" de la Unidad Popular. Y Kissinger reaccionó diciendo que había que hacer todo lo contrario. Pues si Allende "se presentaba como un moderado, ¿por qué no apoyar a los extremistas?". En la pauta de Kissinger, para esta reunión, se lee que fortalecer a los grupos extremistas "destruiría el juego de Allende" por mantener una "imagen moderada y respetable".[3]

En esa misma reunión, Kissinger recordó a la CIA que el objetivo de mantener y ampliar contactos con militares chilenos "no es sólo para recabar inteligencia, sino también en función de una potencial acción futura". Incluso Kissinger estaba preocupado de detalles muy prácticos: conseguir dinero chileno para financiar las acciones. ¿Razón? Allende –dijo– puede decretar controles sobre monedas extranjeras. Y no quería excusas de ese tipo para justificar después "no poder realizar las acciones deseadas".

En este cuadro, del que nada se sabía y del cual sólo se podía olfatear el hedor en 1970, se explica que haya analistas políticos que opinen que al Presidente Allende le faltó "pragmatismo". Dicen que debió medir, desde un comienzo, los riesgos que significaba desafiar a los Estados Unidos en 1970, cuando la guerra fría contra la Unión Soviética estaba en su apogeo. Un pequeño país latinoamericano no

podía permitirse ese desafío. Dicen, por ejemplo, que no debió estatizar las minas de cobre, mineral que era entonces la principal materia prima de exportación de Chile. Dicen que, al hacerlo, debió pagar una indemnización a las empresas estadounidenses Kennecott y Anaconda por la expropiación de las minas.

Pero lo cierto es que el Presidente Allende, al cumplir esa promesa de su programa de gobierno, reflejó el sentir mayoritario de los chilenos. De hecho, el gobierno anterior ya había "chilenizado" las minas, comprando el 51 por ciento de las acciones. Sólo restaba expropiar el 49 por ciento restante, decisión que aprobó el Congreso chileno por unanimidad, incluyendo los votos de los parlamentarios de derecha, en julio de 1971. ¿Por qué la derecha votó a favor? ¿Lo hizo para sintonizar con la demanda de la mayoría ciudadana? ¿O lo hizo para echar más bencina a la hoguera?

La decisión acerca de cuánto se pagaba por la expropiación del cobre quedó en manos del Presidente Allende. Optó por no pagar ya que –en más de medio siglo de explotación– las transnacionales habían obtenido más que excesivas ganancias. Así lo explicó en un discurso:

> Tal es el caso, por ejemplo, de una filial de Anaconda Company que, entre 1955 y 1970, obtuvo en Chile una utilidad promedio del 21,5 por ciento anual sobre su valor de libro, mientras las utilidades de Anaconda en otros países alcanzaban sólo un 3,6 por ciento al año. Ésa es también la situación de una filial de Kennecott Corporation que, en el mismo período, obtuvo en Chile una utilidad del 52,8 por ciento anual, llegando en algunos años a utilidades tan increíbles como el 106 por ciento en 1967 y más del 205 por ciento en 1969. El promedio de las utilidades de Kennecott, en otros países, alcanzaba en la misma época a menos del diez por ciento anual.

El cálculo de la Contraloría indicó que la Kennecott y la Anaconda le quedaban debiendo 300 millones de dólares al Estado chileno. Más aún: las compañías habían escamoteado millonarios impuestos al Estado chileno por vender cobre a Estados Unidos, bajo el precio de mercado, durante las guerras de Corea y Vietnam, así como durante la Segunda Guerra Mundial. Y esos impuestos conformaban un pozo millonario en dólares que Chile había "pagado" con su propio subdesarrollo y pobreza.

Aun así, como una forma de indemnización, el gobierno chileno aceptó hacerse cargo de las deudas por cerca de 700 millones de dólares de las empresas mineras estatizadas (un tercio de esa deuda era con empresas de Estados Unidos).

Al caso del cobre se sumó luego el de la ITT, la empresa transnacional estadounidense que era dueña del 70 por ciento de la Compañía de Teléfonos. El gobierno decidió comprar esas acciones para el Estado y, durante meses, se discutió el precio de la indemnización. La ITT exigía 153 millones de dólares y Chile valoraba las acciones en sólo 24 millones. Y cuando estaban a punto de acordar la formación de un comité de expertos para valorar los activos, la operación se abortó desde Estados Unidos.

Un afamado periodista norteamericano, Jack Anderson, publicó en *The Washington Post* una serie de artículos develando cómo la ITT había complotado para impedir la elección de Allende y cómo seguía financiando la "guerra sucia" contra su gobierno. Se incluían extractos de comunicaciones internas de la ITT, clasificadas como altamente secretas. Veamos un ejemplo. Un vicepresidente de la ITT, Bill Merriam, le decía a un asesor del Presidente Nixon, a mediados de 1971, que debía aplicarse un plan de dieciocho puntos para intervenir en Chile. Fomentar el descontento entre las Fuerzas Armadas, cortar todos los créditos internacionales, subsidiar a *El Mercurio*, entre otros. "Debe hacerse todo silenciosa pero efectivamente, para que

Allende no pase los próximos seis meses cruciales", decía textualmente. Y para "hacer todo" la ITT inyectó una cifra millonaria. Uno de sus directores, John McCone, confesó después a la Comisión Church que esa cifra fue de siete dígitos, es decir, entre un millón y casi diez millones de dólares.

El hecho es que el Presidente Allende decidió estatizar la empresa. Y la ITT consiguió su doble objetivo. Primero, obtuvo 100 millones de dólares de su seguro con la OPIC (Corporación de Inversión Privada en Ultramar). Segundo, le regaló otro argumento público al ya enfurecido Presidente de Estados Unidos.

El mismo día que Allende firmó el proyecto de ley para estatizar la Compañía de Teléfonos, en mayo de 1972, la embajada chilena en Washington sufrió un asalto. Vidrios rotos, cajones abiertos y papeles revueltos. No se llevaron nada de valor. El mensaje estaba claro, pero no quedó más camino que aceptar públicamente la incursión de un vulgar ladrón. El misterio sólo se aclaró en 1999 cuando se dio a conocer el contenido de las cintas secretas de Nixon en la Casa Blanca. Allí, como al paso, en una conversación con el consejero Fred Buzhardt, el Presidente Nixon dice: "Cuando hablamos, por ejemplo, del ingreso a la embajada chilena, ese asunto fue parte del plan de los intrusos para distraer la atención".

Así, entre el cobre y los teléfonos, Nixon enarboló la bandera del derecho de propiedad: las compañías expropiadas tenían derecho a una compensación "inmediata, justa y eficaz", dijo. De no respetarse ese derecho, debía haber un castigo. El Congreso de Estados Unidos aprobó dos reformas (las enmiendas González y Hickenlooper), que exigían la presencia de representantes suyos en todas las instituciones internacionales de crédito, para vetar préstamos a países que expropiaran compañías sin pagar compensaciones. Se suspendía, además, toda ayuda a países que violaran el derecho de propiedad de compañías estadounidenses. Y si bien ambas enmiendas no se aplicaron oficialmente, por bajo cuerda operaron todas las presiones de Estados Unidos. "Los créditos multinacionales para Chile fueron bloqueados de forma indirecta", reconoció luego el embajador Nathaniel Davis, quien llegó a Santiago de Chile en octubre de 1971, reemplazando al embajador Korry.[4]

Otros analistas sostienen que, con o sin expropiación del cobre y de la empresa telefónica, los días del Presidente Allende igual estaban contados. Aunque Allende hubiera sido un Primer Mandatario perfecto, que no lo fue, y aunque la Unidad Popular hubiera sido una coalición unida y coherente con el proyecto allendista, que no lo fue, el fin trágico estaba escrito ya en el libreto de la Casa Blanca. Simplemente porque Estados Unidos no estaba dispuesto a permitir ese experimento político de "socialismo en democracia" en Latinoamérica. Kissinger –como él mismo lo decía– no podía permitir que la experiencia pacífica chilena se extendiera como reguero de esperanza, potenciando el desafío al sistema capitalista en una zona que consideraba de su propiedad, de su hegemonía geopolítica. El mismo Nixon contó que un empresario italiano lo había advertido: "Si Allende gana, con Castro en Cuba, usted tendrá un sándwich rojo en Sudamérica. Y posiblemente todo se vuelva rojo".[5]

El director de la CIA, Richard Helms, aseguró en sus memorias que Nixon no quería perder a Chile como Kennedy perdió a Cuba. Y los miedos de Nixon y Kissinger se potenciaron al punto de que no fueron capaces de hacer diferencias. No pudieron entender que Chile, lejos del escenario del conflicto de la guerra fría, estaba dando curso a su historia utilizando otros parámetros, los de su propia experiencia y los de sus propios sueños. Porque los partidos de izquierda se habían ido fortaleciendo en la primera mitad del siglo veinte. El Partido Comunista chileno, por ejemplo, había jugado sus cartas políticas, desde su fundación, en la mesa democrática. Incluso había sido parte de alianzas de gobier-

no desde que, en 1938, triunfó en Chile el Frente Popular. Había gobernado en democracia. Tenía senadores, diputados y alcaldes, al igual que el Partido Socialista. Aún más. Cuando Estados Unidos presionó a los países latinoamericanos para dejar a los comunistas fuera de la ley, hacia fines de la década de los 40, en Chile se dictó la "Ley de Defensa de la Democracia" a regañadientes, para luego abrir campos de concentración con centenares de dirigentes comunistas detenidos. Hasta el senador comunista Pablo Neruda –el gran poeta Nobel de Literatura– tuvo que escapar al exilio. Era tan vergonzoso perseguir a los comunistas en nombre de una supuesta "defensa" de la democracia que debió derogarse esa ley y los comunistas pudieron volver a ocupar su espacio en la escena democrática.

De modo que cuando el Partido Comunista, por cuarta vez, formó parte de la alianza de partidos de izquierda que lideraba el socialista Salvador Allende, cualquier demócrata chileno sabía que no había riesgos de dictaduras de izquierda y que el sistema democrático –a la usanza occidental– seguiría su curso. Era, por lo demás, el solemne compromiso del doctor Salvador Allende, compromiso que cumplió hasta el día de su muerte.

El Nobel escritor Gabriel García Márquez sostiene que "Allende llevaba dentro una almendra legalista que era el germen de su propia destrucción: un hombre que peleó hasta la muerte en defensa de la legalidad, hubiera sido capaz de salir por la puerta mayor de La Moneda con la frente en alto, si lo hubiera destituido el Congreso dentro del marco de la Constitución".

Una democracia se sostiene con ciudadanos demócratas. Y si Allende lo fue, al precio de su vida, ¿qué sucedía en Chile con la ciudadanía?

Lo cierto es que el ánimo democrático de la derecha estaba muy deteriorado hacia 1970. Porque los más ricos, y por ende más poderosos, se resistieron a respetar las reglas democráticas cuando los resultados les fueron siendo cada

vez más adversos. Ese deterioro fue provocado, también, por sucesivas dosis de miedo inoculadas en las "campañas del terror" de la CIA. Recuerden que, para la elección presidencial de 1964, se incluyó ese afiche con un montaje fotográfico: tanques soviéticos entrando por la Alameda, la principal avenida de la capital. Seis años después, cuando triunfó Allende, se podría decir que esa imagen hizo un "clic" que detonó una estampida, con nuevas dosis de pánico inyectadas por *El Mercurio* y los *tracks* de la CIA.

Bajó la bolsa y se retiraron unos 80 millones de dólares de los depósitos bancarios en las dos semanas siguientes a la elección. Se vendieron 43 millones de dólares para viajeros y el aeropuerto internacional de Santiago se vio atestado de familias derechistas que huían del "peligro" marxista. La mayor parte de ellas volvió a las pocas semanas o meses, el mismo año 70 o el 71, pero el veneno del miedo ya se había inyectado directamente en las venas de la clase social más poderosa de Chile. Y el miedo se retroalimenta de miedo, conformando una peligrosa espiral que va engendrando un huracán de violencia.

Hay analistas que dan mayor importancia a los factores políticos internos por sobre los externos. Dicen que al Presidente Allende le faltó "pragmatismo" político para comprender –desde el primer día de gobierno– que no era posible llevar adelante cambios profundos sin contar con el apoyo de una mayoría ciudadana. Por tener sólo el 36,3 por ciento de los sufragios –aseguran– debió revisar su programa de gobierno y buscar alianza con otros partidos para contar con una mayoría.

Veamos este punto. La mayoría para ratificarlo en el Congreso se obtuvo sumando los votos de los parlamentarios de izquierda con los del centrista Partido Demócrata Cristiano (PDC). Y este partido estaba, en 1970, dirigido por el ala de centro-izquierda. De hecho, como ya dijimos, no había grandes diferencias entre los programas de gobierno propuestos por el socialista Salvador Allende y el

democratacristiano Radomiro Tomic. Así, podemos decir que Chile –en 1970– era un país mayoritariamente de izquierda, progresista, sumando humanismos de distinto signo, marxistas y cristianos, que postulaban la "revolución" por vía democrática para hacer las profundas transformaciones políticas, económicas y sociales que el país requería justamente para hacer más real y profunda su democracia.

En efecto, la noche del triunfo de Allende se anotó en la prensa que los jóvenes democratacristianos que estaban en su sede partidaria, en la misma Alameda, se sumaron a los festejos con entusiasmo. Las banderas azules del PDC se unieron a las rojas, mientras millares de voces gritaban el lema de "¡el pueblo unido jamás será vencido!".

De ahí que, en la Estimación Nacional de Inteligencia (ENI) del año 1969, los analistas estadounidenses habían sostenido que –cualquiera fuera el próximo Presidente chileno– las relaciones entre Chile y Estados Unidos serían más tensas. ¿Razones? Porque se iba a nacionalizar el cobre, porque el Presidente Frei Montalva ya se había "abierto" hacia la comunista Europa del Este y ya tenía relaciones comerciales con Cuba, violando la orden de embargo dictada por Estados Unidos.

Lo cierto es que tuvo que transcurrir algún tiempo para que el PDC cambiara de eje y su conducción pasara al ala derechista. De ahí en adelante se marcó distancia y luego oposición al gobierno del Presidente Allende, para finalmente aliarse con la Derecha en la última elección parlamentaria, marzo de 1973, antes del golpe militar. Y un hecho clave en este proceso fue el asesinato de Edmundo Pérez Zujovic, ex ministro del Interior del gobierno democratacristiano. Ocurrió el 8 de junio de 1971 y los asesinos resultaron ser miembros de un minúsculo grupo de ultraizquierda llamada Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP). Se ha dicho que este grupo estaba infiltrado por agentes panameños de la CIA, pero eso nunca se ha podido probar. Y a la vista de los documentos desclasificados, ahora tenemos

que insertar el crimen de Pérez Zujovic en la escalofriante frase de Henry Kissinger registrada al inicio del gobierno socialista: "¿Por qué no apoyar a los extremistas?".

El hecho fue que este crimen afectó profundamente al Presidente Allende. ¡Que el asesinato se hubiera cometido en nombre del "pueblo" y que los terroristas tuvieran signo de izquierda! Su primera sospecha –que era un acto terrorista de derecha para impedir su entendimiento con el PDC– se vino al suelo. Y supo de inmediato que el criminal episodio iba a alimentar nuevas pesadillas en las ya tensas noches de sus adversarios políticos.

Por aquel entonces, la propiedad de los campos fue otro grave factor de tensión. Ya hemos visto que la Reforma Agraria fue impulsada por Estados Unidos y respaldada por la Iglesia Católica. Lo que no se tomó en cuenta, en los gobiernos de Frei Montalva y de Allende, fue la reacción de los latifundistas. El discurso invisible de éstos era algo así como: "son mis tierras, las heredé de mi padre y de mis abuelos, yo decido qué hago con ellas, nadie tiene derecho a meterse en mis asuntos". Algunos sostienen que la expropiación de sus haciendas fue un duelo equivalente a la pérdida de un hijo. Expropiar el latifundio se transformó, así, en algo más profundo que un "atentado" al derecho de propiedad privada. Constituyó, para muchos latifundistas, una "violación" de derechos humanos, una agresión a su integridad física y síquica que –tras el golpe militar– cobró sangrienta revancha. Muchos de los asesinados, detenidos-desaparecidos y torturados fueron dirigentes de sindicatos campesinos.

Hay un caso que simboliza esta *vendetta*. En un pueblo cercano a la capital, Lonquén, catorce campesinos fueron arrestados y luego enterrados vivos en los pozos de una mina de cal. Algunos de los carabineros que participaron en la criminal tarea eran amigos de las víctimas. Pero debieron obedecer una orden superior que a su vez respondía a la exigencia de los latifundistas del lugar.

El castigo, por creer que la tierra debía pertenecer a quienes la trabajan, fue ejemplar tras el golpe militar de 1973.

1. Entrevista de Otto Boye, revista *Análisis*, suplemento especial, septiembre de 1983. El término "meter los pies" significa cometer un error, equivocarse. El término "meter las manos" significa robar, corrupción de funcionarios públicos.
2. Isabel Allende, Prólogo, *Salvador Allende, una época en blanco y negro* (Buenos Aires: El País-Aguilar, 1998).
3. Investigación de Peter Kornbluh, director del proyecto *Chile Documentation*, National Security Archive's.
4. Davis, op. cit.
5. Richard Nixon, *The Memoirs of Richard Nixon* (New York: Rose & Dunlap, 1978).

CAPÍTULO VI

EL MERCURIO Y LA CUENTA SUIZA

"HACER aullar de dolor a la economía" chilena. Ésa fue la orden perentoria del Presidente Nixon al director de la CIA. Y esos gritos de dolor comenzaron a escucharse claramente en 1972, cuando las acciones de la CIA y de la derecha chilena, amplificadas por su prensa, lograron crear un clima caótico y una creciente inflación. El culpable era, como se repetía en las declaraciones, "el gobierno ineficiente"...

Allende había dictado medidas para paliar el desempleo –vía empleos en el sector estatal– y para mejorar los salarios. Eso aumentó la demanda por alimentos, medicinas e incluso bienes suntuarios, como televisores, radios, refrigeradores y hasta cigarrillos. Las estadísticas de organismos internacionales registran un aumento del 25 por ciento en el consumo de alimentos durante los dos primeros años de gobierno del Presidente Allende. Hasta el embajador estadounidense Nathaniel Davis lo reconoce: "El pobre tenía más dinero y comía mejor".[1]

Las estadísticas indican que, en el primer año de gobierno, el desempleo bajó al cuatro por ciento, el Producto Nacional Bruto creció al 8,5 por ciento y –lo más importante– mejoró la distribución del ingreso. Es decir, los trabajadores aumentaron del 51 al 63 por ciento su participación en el ingreso nacional. Y eso se tradujo en el aumento de respaldo electoral de la Unidad Popular. Obtuvo el 50,2 por ciento de los votos en las elecciones municipales de ese año 71.

El pequeño barco chileno, con bandera de socialismo democrático, parecía poder navegar al sur del Pacífico. ¡A crearle tempestades y huracanes!, fue la orden de la Casa Blanca.

Y no hay mejor huracán que el miedo. Una hoguera de terror fue alimentada con gruesos leños por los medios derechistas. Y como la acción provoca reacción, esa hoguera también fue soplada –a todo pulmón– por la verborrea revolucionaria, en eslóganes y canciones. "Cuándo llegará el día que la tortilla se vuelva y los pobres coman pan y los ricos mierda-mierda", cantaban las poderosas voces de los Quilapayún. Y hasta el izquierdista diario *Clarín*, el día en que Fidel Castro regresó a Cuba, tituló: "Chao, Fidel, Chile es su casa. De los momios nos encargamos nosotros".[2]

Así, la mayor parte de los aterrados empresarios reaccionó como era de esperar: se frenaron las inversiones, se redujo la producción de bienes o no se respondió a la mayor demanda. Comenzó la escasez de productos esenciales. Allende ordenó la "batalla por la producción", pero no había esfuerzo capaz de satisfacer la sobredemanda que, a su vez, ordenaba el miedo. Hasta en las modestas casas de clase media baja se compraba –en el mercado negro– café, harina, azúcar, leche o detergente para asegurar dos o tres meses de consumo. ¡Imaginen cómo eran las despensas de las familias más pudientes!

Con el argumento de asegurar una mayor producción, los sindicatos comenzaron a "tomarse" empresas. Y el gobierno designaba interventores estatales para dirigirlas. Así, aunque la programada área de propiedad social sólo contemplaba estatizar 90 grandes empresas, se llegó a intervenir más de 200 medianas y hasta pequeñas empresas.

La acción de boicot del gremio de los comerciantes también fue devastadora. Se acaparaban alimentos y otros productos de primera necesidad para hacer copiosas ganancias en el mercado negro. Y el clave transporte de

mercaderías, en un país largo y delgado, de difícil geografía, fue boicoteado por la paralización de los gremios de dueños de camiones.

Así, la "batalla por la producción" estaba perdida de antemano. El presidente de la empresarial Sociedad de Fomento Fabril (Sofofa), Orlando Sáenz, confiesa ahora que entregaba personalmente el dinero para pagar a los dueños de camiones y compensar así su pérdida económica por estar paralizados. Dice Sáenz:

> A nosotros se nos depositaba en dólares en cinco cuentas que teníamos en Europa, Estados Unidos y América Latina. ¿Plata de la CIA? ¿Plata de la ITT o de otras empresas transnacionales? Ése no era nuestro problema. Sólo sabíamos que había que tener mucha plata para crear las condiciones de un golpe militar. Muchas veces pensé en cuánto de ese dinero era de la CIA. Pero no nos importaba. Lo importante era diseñar un sistema para que el donante se sintiera seguro. Las cinco cuentas eran bipersonales. Yo era el factor común en las cinco. Para apoyar a los camioneros en paro, yo le entregaba la plata al dirigente León Vilarín y a un par de personas más. Para apoyar al movimiento Patria y Libertad, le entregaba la plata a Pablo Rodríguez. En el caso del Partido Nacional, las platas pasaban por el senador Pedro Ibáñez. Y en el caso del Partido Demócrata Cristiano, por Felipe Amunátegui. También le di plata al Movimiento Gremialista, a través de Jaime Guzmán.

La Comisión Church pudo establecer que el Comité 40 aprobó la entrega de cien mil dólares a organizaciones empresariales en octubre de 1972 (primera huelga de camioneros). De ese modo, concluyó el informe oficial del Senado de Estados Unidos, "un grupo del sector privado" dio los dólares a los huelguistas "en contra de las reglas de la

Agencia. La CIA reprochó al grupo, pero de todas maneras le entregó dinero adicional al mes siguiente".

Para entender el impacto de estos dólares subversivos, hay que aclarar que cada dólar valía más de 200 veces en el mercado negro respecto del precio oficial. Es decir, una sola entrega de cien mil dólares equivalía a inyectar 20 millones de dólares en el complot. Y hablamos de dólares de hace 30 años. ¿Cómo ingresaba el dinero a Chile desde las cuentas en el extranjero? El líder empresarial Orlando Sáenz sólo responde por lo que hacía en la Sofofa:

> Decidimos no correr riesgos innecesarios. Así que les vendíamos los dólares a chilenos ricos. Ellos nos entregaban el equivalente en moneda nacional, a precio de mercado negro, y nosotros les depositábamos los dólares en sus cuentas en el extranjero. Nunca olvidaré la vez que pasé un susto mayúsculo. El avión iba carreteando por la pista cuando se detuvo y el capitán anunció que debíamos esperar porque la policía iba a abordarnos. Saqué el papel donde tenía anotados los números de cuentas de banco en los que debía traspasar dólares desde nuestras cuentas. Me los memoricé y me tragué el papel. Fue una falsa alarma, pero el susto fue enorme.

Así, entre el sabotaje de los comerciantes y de los camioneros, la situación se tornó muy difícil. Por doquier había largas filas de compradores. De gas, de cigarrillos, de pasta de dientes, de pan, de gasolina o de aceite. El gobierno hizo los mayores esfuerzos por ordenar este caos creciente que afectaba la vida cotidiana de los ciudadanos. Se designó a un general de la Fuerza Aérea, experto en logística, a cargo del tema. Se organizaron las JAP (Junta de Abastecimientos y Precios) donde las familias inscritas obtenían una "canasta" de productos básicos a precio oficial. Pero los opositores vieron en las JAP otra señal de

que Chile transitaba hacia el comunismo. O de que se vivía en guerra, con tarjeta de racionamiento.

El ex agente de la CIA Philip Agee, confesó años después que "la CIA, al financiar a los camioneros, comerciantes y otros gremios que se organizaron contra el régimen de Allende, pudo crear la apariencia de caos y desorganización que siempre resulta atractiva a los líderes militares de derecha, ya que siempre abogan por el orden y la disciplina. Esto haría que los militares intervinieran para restaurar el orden, la paz y la dignidad de la nación".[3]

En ese cuadro de caos, las pinceladas clave las puso *El Mercurio* y su cadena de diarios nacionales y regionales. El Informe Church es muy claro al decir que "la CIA gastó más de un millón y medio de dólares para apoyar a *El Mercurio*, el principal diario del país y el más importante canal de propaganda en contra de Allende. De acuerdo a los documentos de la CIA, estos esfuerzos tuvieron un rol significativo en la creación de las condiciones para el golpe militar". Para ser más exactos, el Comité 40 aprobó un pago por 700 mil dólares el día 9 de septiembre de 1971. Y otro pago por 965 mil dólares con fecha 11 de abril de 1972. Un millón 665 mil dólares que, en dinero de la época, era una fortuna. Si lo multiplicamos por 200, precio del dólar en el mercado negro, llegamos a 333 millones de dólares.

La CIA utilizó a la transnacional ITT como enlace para entregar las remesas de dólares a *El Mercurio*. Un documento desclasificado (*memocon*) da cuenta de lo hablado entre el agente Jonathan Hanke y el ejecutivo de la ITT, Hal Hendrix. Fecha: 15 de mayo de 1972. Hendrix le aseguró a la CIA que los depósitos, por cien mil dólares cada uno, se estaban haciendo puntualmente. "Él me dijo que el dinero para el grupo Edwards pasaba por una cuenta en Suiza", informó el agente Hanke a sus superiores.

El ejecutivo de la ITT que dio esta información a la CIA era de su plena confianza. Porque el periodista Harold

Hendrix –Hal para sus amigos– tiene en su currículo algo más que el premio Pulitzer 1963 por sus golpes periodísticos al informar de la crisis de los misiles en Cuba. Su muy especial relación con la CIA le hizo informar de la caída del dominicano Presidente Juan Bosh un día antes de que ocurriera, así como supo antes que nadie –ese mismo año 63– de las supuestas conexiones del asesino del Presidente Kennedy con la URSS y Cuba. En la plana ejecutiva de la ITT, por tanto, había al menos dos hombres estrechamente ligados a la CIA: el ex director John McCone actuando en Estados Unidos y el periodista Hendrix en Chile.

¿Por qué hubo que pagarle a *El Mercurio* a través de la cuenta suiza de la que habló Hendrix? ¿No estaba dispuesto Agustín Edwards a hacer su parte en el complot sin previo pago? La respuesta la dio el informe de la Comisión Church: Edwards convenció a Nixon de que el gobierno de Allende estaba tratando de clausurar sus diarios por la vía de hacerlos quebrar, quitándoles la publicidad estatal.

Y ya que la libertad de prensa es un componente clave de una democracia, destaquemos que el gobierno de Allende la respetó hasta el último momento. Diarios, revistas, radios y canales de televisión fueron libres portavoces de las distintas tendencias políticas. En líneas gruesas, el gobierno contaba con diez diarios y 36 radios. La oposición tenía 54 diarios y 98 radios. La televisión, por ley, estaba en manos de las universidades y había un canal estatal. Para asegurar el pluralismo político y la libertad de prensa, se dictó una ley –en enero de 1971– que otorgaba a todos los partidos políticos acceso a todos los medios de comunicación estatales. Y el Estado no podía expropiar ningún medio de comunicación, a no ser que contara con la aprobación de las dos cámaras del Parlamento. Nadie podía ser procesado por expresar una idea política. Esta realidad fue corroborada por el Informe Church: "De hecho, la prensa mantuvo su libertad de expresión durante los años del período Allende".

De ahí que el informe del Senado estadounidense anote la contradicción. Una Estimación Nacional de Inteligencia (ENI) de agosto de 1971 decía que el gobierno allendista estaba tratando de controlar la prensa, "pero agregaba que *El Mercurio* había logrado mantener su independencia". Y un mes después de ese informe de inteligencia, septiembre del 71, el Comité 40 aprobó la entrega de 700 mil dólares "para mantener a *El Mercurio* a flote". Y es que para la CIA la cadena de diarios de Edwards conformaba al actor más importante sobre el escenario del complot para socavar la democracia chilena y eliminar al Presidente Allende. Estaban, además, los otros medios opositores y las agencias de noticias Associated Press (AP) y United Press Internacional (UPI).

"Nosotros compramos la radio Portales y pasamos plata para la revista *Qué Pasa*", asegura el entonces presidente de la Sofofa, Orlando Sáenz, al hacer el recuento del uso de los dólares que se depositaban en las cinco cuentas extranjeras.

Tras la desclasificación de documentos, el año 2000, *El Mercurio* negó toda conexión económica y editorial con la CIA en los tres años de gobierno del Presidente Allende. En ese lapso, el propietario del imperio periodístico –Agustín Edwards– vivió en Estados Unidos. Era accionista de la poderosa Pepsi-Cola, cuyo presidente –Donald Kendall– era su amigo y lo nombró presidente de una filial que fabricaba *snacks*. En Chile, dos de sus hombres de confianza ocuparon la presidencia de *El Mercurio* en esos años: Fernando Léniz y Hernán Cubillos, quienes fueron luego ministros de la dictadura. Léniz desmiente los documentos desclasificados afirmando que era imposible "meter" más de un millón y medio de dólares en la contabilidad, teniendo encima a los inspectores de Impuestos Internos. No se refirió a la cuenta suiza develada por Hal Hendrix, alto ejecutivo de la ITT. Quizás ni se enteró de su existencia. Y el entonces subdirector del diario, Arturo Fontaine, dijo: "Claro que

fuimos la oposición más poderosa contra Allende, pero por convicciones propias y por la opinión pública que mueve al diario, no por ser una marioneta de la agencia de Inteligencia". El tema sigue siendo tan espinudo para *El Mercurio* que, tres décadas después, el año 2000, se ejercieron presiones sobre la televisión pública chilena (TVN) para que no se transmitiera un reportaje sobre la intervención de la CIA en Chile. Pero el reportaje se puso en pantalla y *El Mercurio* aseguró, después, que su propósito fue "escandalizar" a los chilenos mostrándolos como "marionetas" en manos extranjeras. Después vino la presión para obtener la renuncia del director de prensa de TVN, lo que rebotó finalmente en la salida del director ejecutivo del canal, un personero designado por el Presidente de la República. ¡Así de fuerte es el poder de *El Mercurio* hasta hoy en Chile!

En todo caso, para completar el cuadro de la prensa, digamos que fue fiel reflejo del caótico escenario que el Proyecto Fubelt se propuso crear en Chile. Entre acciones y reacciones, los ánimos se fueron caldeando y polarizando en los extremos hacia 1972. Al punto que, como estableció el informe chileno de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (Informe Rettig, 1991), en muchos medios escritos se buscaba la destrucción del adversario: "Presentada así, en ambos extremos, la figura del enemigo político como despreciable, su aniquilamiento físico parecía justiciero, si no necesario, y no pocas veces se llamó a él abiertamente".

Un factor clave fue, también, la acción terrorista de la ultraderecha. Ya en 1970 se había organizado el Movimiento Nacionalista Patria y Libertad, identificado por un logo que se asemejaba a la suástica nazi. La CIA le entregó entonces, según estableció el Informe Church, 38 mil 500 dólares en una primera partida. Después, otros siete mil dólares. Luego se cortó la ayuda directa, pero la misma CIA cepto la "posibilidad" de que su dinero le siguiera llegan-, así como a la derechista Brigada Rolando Matus, a tra-

vés del Partido Nacional y algunas organizaciones empresariales. Y eso lo corrobora el entonces presidente de la Sofofa, Orlando Sáenz.

En un documento desclasificado, la CIA-Santiago informa a la central, en noviembre de 1972, que Patria y Libertad "se está organizando cuadra por cuadra. Hasta las mujeres y los niños están entrenados en primeros auxilios, autodefensa, uso de armas, cómo hacer bombas molotov. El apoyo económico y las armas, como ametralladoras y granadas de mano, vienen de Brasil".

El hecho es que las bombas comenzaron a estallar por doquier, dañando puentes y haciendo caer torres eléctricas. Hacia 1973 se registraba un acto terrorista cada diez minutos en algún lugar del país. El jefe máximo de Patria y Libertad fue el abogado Pablo Rodríguez, quien volvió a las primeras planas de la noticia –a fines de los años 90– como defensor del general Augusto Pinochet y hoy es decano de la Facultad de Derecho de una universidad privada.

En medio de la acción terrorista, el segundo hombre de Patria y Libertad, Roberto Thieme –quien luego se casó con una hija del general Pinochet– declaró, por ejemplo, que "los partidos políticos se han demostrado incapaces de contener el avance marxista. Ya no sirven de nada los discursos, las quejas y las acusaciones. El diagnóstico de la situación está hecho. La libertad se defiende con acciones y no con palabras. Ha llegado la hora de empuñar el fusil para defender la patria y si el precio de la liberación es la guerra civil, tendremos que pagarlo". Lo dijo a mediados de 1973, luego de traer varias partidas de armas en su propia avioneta desde Argentina.

Las tácticas de Patria y Libertad –sostuvo el Informe Church– "fueron volviéndose más violentas con el correr del tiempo".

Para completar este rápido análisis hay que decir que parte de la izquierda chilena también vio debilitado su ánimo democrático. Con el objetivo de defender el go-

bierno del Presidente Allende, se reforzó la organización de los sindicatos obreros y campesinos. ¿Cómo defenderlo? Si para unos la respuesta estaba en marchar por las calles en apoyo al gobierno, trabajar horas extras para producir más y "mantener alerta la conciencia revolucionaria", para otros fue que "a la violencia reaccionaria habrá que responder con violencia revolucionaria". Justo lo que buscaba la CIA. En ese clima se fueron dando las condiciones para temer una guerra civil.

Para la ultraizquierda, podríamos decir que se trató de una profecía autocumplida. El Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) no integró la alianza de gobierno de la Unidad Popular, es decir, no tenía responsabilidades de gobierno. Pero su discurso y su acción caló hondo en los sindicatos y organizaciones estudiantiles.

El líder del MIR se llamaba Miguel Enríquez, un joven médico que fue asesinado en los inicios de la dictadura militar, durante un enfrentamiento con fuerzas militares. Leamos un trozo de uno de sus discursos clave para así comprender la complejidad de la situación que enfrentó el Presidente Allende. Dijo Miguel Enríquez a mediados de 1973:

> Vivimos momentos de extraordinaria gravedad y de *decisiones fundamentales*. Los enfrentamientos sociales y políticos toman una forma cada vez más extensa y más aguda. La clase patronal, usando todas las armas a su alcance y en todos los terrenos, desata lo que define como el intento de su ofensiva final. Se cierra toda una etapa. Termina el ciclo de las ilusiones reformistas, de la vía chilena al socialismo, de la revolución sin costo social. Las leyes de guerra de la lucha de clases terminaron por imponerse e hicieron trizas los sueños reformistas, demostrando una vez más que no es posible hacer revoluciones a medias con la democracia burguesa. Por eso, compañeros, será tarea de los trabajadores y de los revolucionarios abrir una nueva etapa, reencendiendo el entusiasmo de las masas, impulsando la revolución obrera y campesina, ¡la verdadera revolución, la revolución proletaria!

Si bien el discurso y la acción del MIR parecían –a ojos chilenos– fruto de una evolución lógica, hoy no podemos dejar de preguntarnos qué influencia tuvo la CIA en todo ello. Porque, recordemos, fue el propio Kissinger quien propuso apoyar a la extrema izquierda para agudizar el conflicto y destruir la imagen moderada de Allende. Lo hizo en noviembre de 1970. Y cuando Kissinger hacía una propuesta, su palabra era ley que debía cumplirse. Pero el hecho es que no se especifica, en el documento desclasificado, a cuáles extremistas de izquierda se refiere Kissinger. Es posible que la CIA haya actuado infiltrando al MIR o al sector más extremista del Partido Socialista, ya que era el partido del Presidente Allende. O haya destinado parte de sus "acciones encubiertas" a los pequeños partidos de izquierda cristiana que integraron la coalición de la Unidad Popular. O quizás lo haya hecho con todos ellos.

Es doloroso pero comprensible, para los chilenos que fuimos disidentes a la dictadura, conocer las acciones de la CIA relacionadas con *El Mercurio*, los gremios empresariales, partidos de derecha y movimientos de ultraderecha. Más doloroso e incomprensible resulta aceptar la idea de que la CIA infiltró partidos y movimientos de izquierda para lograr el derrocamiento de su propio Presidente. Aún hoy resulta difícil enfrentar la pregunta acerca de cuánto influyó la CIA –pagando a infiltrados– para que sectores de la izquierda se fueran tornando cada vez más ultras.

Hay sólo un caso que ya está documentado, el de Osvaldo Romo Mena. Durante el gobierno allendista, actuó como un exaltado dirigente de poblaciones populares, lideraba toma de terrenos y tenía pase libre en los

campamentos obreros controlados por el MIR. Se atrevió incluso a increpar públicamente al propio Presidente Allende durante una visita a un campamento, acusándolo de traidor a la causa obrera. Ese hombre apareció, tras el golpe militar, con uniforme de suboficial de Ejército y se transformó en uno de los más feroces torturadores de la DINA. ¿Cuántos más como él? No lo sabemos. Es común que, al recorrer Chile y abrir el baúl de los recuerdos, la gente comente de fulano o zutano que eran los activistas más exaltados, los "cabeza caliente", los que conseguían armas, para sus sindicatos, organizaciones de estudiantes o células de partido. Y años más tarde creyeron reconocer su rostro, ya sin barba, en la foto de un suboficial u oficial que marchaba en un desfile. O supieron luego que estaba transformado en un próspero ciudadano que apoyaba la dictadura.

El hecho es que mientras unos hablaban de "violencia revolucionaria" y se preparaban ante una posible lucha armada, al Presidente Allende nunca le flaqueó su lealtad democrática. García Márquez ha dicho que "la contradicción más dramática de su vida fue ser al mismo tiempo enemigo congénito de la violencia y revolucionario apasionado, y él creía haberlo resuelto en la hipótesis de que las condiciones de Chile permitían una evolución pacífica hacia el socialismo, dentro de la legalidad burguesa. La experiencia le enseñó demasiado tarde que no se puede cambiar un sistema desde el gobierno sino desde el poder".

Desde el poder, teniendo todo el poder, habría que aclarar...

En ese proyecto totalitario, Salvador Allende no podría haber participado. Eso no era para él. Y estaba dispuesto a morir antes que traicionar sus convicciones y sus compromisos públicamente asumidos con el pueblo de Chile y con el mundo entero.

El Presidente Allende se presentó ante la Asamblea General de la ONU, en Nueva York, a fines de 1972. La gran

sala estaba repleta y atenta, como si el mundo entero estuviera realmente involucrado en el proceso chileno. Como si lo que ocurriera en Chile les afectara a todos. Y así comenzó Allende su solemne discurso:

Vengo de Chile, un país pequeño, pero donde hoy cualquier ciudadano es libre de expresarse como mejor prefiera; de irrestricta tolerancia cultural, religiosa e ideológica, donde la discriminación racial no tiene cabida. Un país con una clase obrera unida en una sola organización sindical, donde el sufragio universal y secreto es el vehículo de definición de un régimen multipartidista. Con un Parlamento con una actividad ininterrumpida desde su creación, hace 160 años; donde los Tribunales de Justicia son independientes del Ejecutivo y en que, desde 1833, sólo una vez se ha cambiado la Carta Constitucional, sin que ésta prácticamente jamás haya dejado de ser aplicada. Un país donde la vida pública está organizada en instituciones civiles, que cuenta con Fuerzas Armadas de probada formación profesional y de hondo espíritu democrático. Un país de cerca de diez millones de habitantes que, en una generación, ha dado dos Premios Nobel de Literatura, Gabriela Mistral y Pablo Neruda, ambos hijos de modestos trabajadores...

Una larga ovación lo interrumpió, marcando con los sostenidos aplausos la simpatía y quizás la esperanza que muchas naciones del planeta tenían puestas en el proceso chileno de socialismo democrático. Allende añadió:

La ITT, gigantesca corporación, inició desde el momento mismo en que se conoció el triunfo popular, una siniestra acción en colusión con fuerzas fascistas internas para impedir que yo ocupara la Primera Magistratura. Señores delegados, ¡yo acuso ante la conciencia del mundo a la ITT por pretender provocar en mi patria una guerra civil!

Y todos supieron que cuando decía ITT estaba queriendo decir Estados Unidos.

Agreguemos un dato para comprender la magnitud del complot en el que unieron sus fuerzas la Casa Blanca y algunas empresas transnacionales. El director de la ITT, John McCone, fue director de la CIA en los años 60. En su currículo se anotan hechos tales como obstruir la investigación por el asesinato del Presidente John Kennedy, participar en la instigación de golpes militares en Ecuador y Brasil, además de intervenir en Chile para impedir el triunfo electoral de Salvador Allende en los años 63-64. Después, cuando entregó el mando de la CIA a Richard Helms, se fue a trabajar a la ITT y se mantuvo como consultor de la CIA.[4] Es decir, para efectos prácticos, podríamos decir que el caso chileno era de tal prioridad para la Casa Blanca que pusieron a dos directores de la CIA a cargo de la operación. A Helms manejando los recursos públicos de Estados Unidos y a McCone aportando los recursos privados, aparte de sumar sus experiencias para complotar en el extranjero con sus "acciones encubiertas". Y hacia mediados de 1973 entró en el escenario el poderoso general Vernon Walters para dar la estocada final.

En ese cuadro de organización bélica del adversario, hay quienes dicen que el Presidente Allende fue "débil". Tal fue el calificativo que le dieron no pocos izquierdistas chilenos. El adjetivo podría ser aceptado proviniendo de personas dispuestas a matar y morir, en la convicción de que sólo con violencia se producen los grandes cambios en la historia de los pueblos, planteando aquello de que "para hacer una tortilla, hay que quebrar huevos". Pero esta crítica al Presidente Allende también provino de personas –especialmente dirigentes de su propio Partido Socialista– que sólo sostuvieron un discurso de "violencia revolucionaria" y ni siquiera fueron capaces de acudir al palacio presidencial el día del golpe militar para defender a su Presidente y a su gobierno.

Ese día, como se verá en el siguiente capítulo, el Presidente Allende usó por primera vez la metralleta que le había regalado Fidel Castro. Y lo hizo en defensa propia y en defensa del gobierno legalmente constituido, cuando La Moneda era brutalmente atacada por aire y por tierra. Usó la misma metralleta que luego le permitió cumplir su promesa de morir por lealtad a su pueblo. Acciones todas que incluso le valieron el reconocimiento del general que dirigió la toma de La Moneda. "Allende cumplió con su deber. Eso no lo puede discutir nadie. Su gesto fue un acto de hombría, el de un valiente", declaró años más tarde el general Javier Palacios.[5]

El hecho es que, mientras fue Presidente, Allende nunca convocó a sus seguidores a formar milicias revolucionarias. La Constitución, en toda nación democrática, entrega el monopolio del uso de las armas a un único grupo organizado: las Fuerzas Armadas. Y el Presidente Allende las respetó e incluso pidió su colaboración, en el gabinete, para dar una señal que hiciera desistir a los complotadores. Pero no lo consiguió.

Por el contrario. Fue el aumento electoral de la Unidad Popular en marzo de 1973 –elección parlamentaria– lo que aceleró los preparativos del golpe militar. Porque el 55 por ciento de los votos obtenidos por la alianza opositora CODE –el Partido Demócrata Cristiano y el derechista Partido Nacional– no se tradujo en suficientes senadores y diputados como para aprobar la destitución legal del Presidente. Anotemos que el Informe Church estableció que "durante los años de Allende, la CIA trabajó para lograr una oposición unificada". Lo consiguió.

Ese día de elecciones parlamentarias, 4 de marzo de 1973, la oposición celebró su triunfo en las calles, sin que se registraran desórdenes y represión policial. Ya era una mayoría cohesionada en una alianza: 55 por ciento. Y frente al Palacio de La Moneda, los partidarios de la Unidad Popular también tuvieron su festejo al ver aumentada su

votación a más del 43 por ciento. Ambas multitudes –separadas por pocos kilómetros en la capital chilena– no sabían lo que esos resultados realmente significaban en el marco de un complot que desconocían.

El líder comunista, senador Volodia Teitelboim, pronunció un encendido discurso para destacar que la Unidad Popular tenía más senadores y más diputados que antes: "¡Se ha venido al suelo el sueño de deponer al Presidente de la República!". Nada dijo acerca de que se iniciaba la pesadilla, se abría la caja de Pandora para sacarlo violentamente de La Moneda. Pero Allende debió saberlo, quizás intuirlo, porque su discurso de ese día no puso acento en triunfos personales:

> *El día de hoy es un triunfo para Chile y sus instituciones, para la convivencia democrática y las libertades públicas. Con justa satisfacción destaco que, una vez más, la palabra del gobierno se ha cumplido. Dijimos que haríamos los cambios estructurales que Chile reclama y necesita en pluralismo, democracia y libertad. ¡Y así ha sido!*

Pluralismo, democracia y libertad. Tres valores que la gran mayoría de los chilenos apreciaba profundamente. De ahí que venga al caso aclarar que gran parte de los opositores al Presidente Allende –ciudadanos comunes y corrientes– tardaron muchos meses en aceptar la posibilidad de un golpe militar para poner a Chile "en orden". Porque esos opositores tenían de las Fuerzas Armadas el mismo juicio que el Presidente Allende: se trataba de profesionales "de hondo espíritu democrático".

De ahí también que esos opositores imaginaran el golpe militar como incruento, dando paso muy pronto a nuevas elecciones democráticas. No estaba en el imaginario colectivo la posibilidad de una sanguinaria y larga dictadura como fue la del general Pinochet. Sólo los complotados, en Estados Unidos y en Chile, sabían lo que se gestaba. Y esta-

mos hablando de civiles estadounidenses y chilenos. No de uniformados. Porque los hombres de uniforme, salvo contadas excepciones, fueron sólo la herramienta armada que usaron los poderosos para conseguir su objetivo...

1. Davis, op. cit.
2. "Momios" era la expresión usaba por los izquierdistas para referirse despreciativamente a los derechistas.
3. Philip Agee, *CIA Diary: Inside the Company* (Penguin Books, 1975).
4. David Wise, *The American Police State: Government against the People* (New York: Random House, 1976).
5. Revista *Apsi*, septiembre de 1990.

Capítulo VII

CIA Y DIA: DOS PARA UN GOLPE

DICEN que fue justamente el día de esa última elección, el 4 de marzo de 1973, cuando la "empresa conjunta" de Nixon y Kissinger entró en la recta final para llegar a la meta. En el informe de la CIA, fechado el 6 de marzo de 1973, se lee:

> *Se están discutiendo nuestras futuras opciones a la luz de los decepcionantes resultados electorales, que le permitirán a Allende y a la UP llevar adelante su programa con mayor fuerza y entusiasmo.*

La Casa Blanca decidió que sólo había una opción: un golpe muy cruento que debía instaurar una brutal y larga dictadura. Una dictadura que tendría como meta la refundación del país, cambiándolo desde los cimientos de modo que los chilenos no se atrevieran a soñar con ningún tipo de socialismo en el futuro.

Para esta etapa se hizo entrar de nuevo en el escenario a la Defense Intelligence Agency (DIA) del Pentágono. Específicamente a la Naval Intelligence Agency. Así, entre las poderosas CIA y DIA –bajo la batuta de Henry Kissinger en la orquesta del Consejo de Seguridad Nacional– los chilenos no tuvimos escapatoria. Defendiendo u oponiéndonos al gobierno de Salvador Allende, la mayor parte de los ciudadanos jugamos un rol en un trágico libreto que se escribió en Estados Unidos.

Con fecha 14 de marzo, el nuevo jefe de la estación de la CIA en Chile, Ray Warren, envió un cable a la central bajo el título "Elecciones legislativas postmortem":

Creemos que en el futuro cercano, la Estación debe enfatizar la actividad de ampliar nuestros contactos, conocimientos y capacidades para poder provocar una de las siguientes situaciones:

A.- Un consenso entre los líderes militares (aunque se mantengan o no en el gobierno) sobre la necesidad de actuar en contra del régimen. La estación cree que debemos intentar inducir a la mayor parte posible de las fuerzas armadas –o todas– a tomarse el poder y destituir al gobierno de Allende.

B.- Una relación segura y significativa de la estación con un grupo serio de golpistas. Si nuestra reevaluación de los grupos militares indica que los potenciales golpistas toman en serio sus intenciones y que tienen las capacidades necesarias, a la Estación le gustaría establecer un canal único y seguro con tales elementos con el fin de dialogar y, una vez que se obtenga información básica sobre sus capacidades colectivas, pedir autorización de la jefatura para entrar en un papel (palabra tachada) *expandido.*

Mientras la Estación espera dar adicional fuerza a nuestro programa, otros centros de poder político (partidos, comunidad empresarial, medios de comunicación) jugarán un rol de apoyo vital en crear el clima político que nos permita lograr los objetivos A y B mencionados anteriormente. Dados los resultados electorales, la Estación cree que se debe lograr la creación de un renovado clima de incertidumbre política y crisis controlada para poder estimular a los militares a considerar seriamente una intervención.

Por esos días, el Movimiento Gremialista –bajo la batuta de Jaime Guzmán, luego, el principal ideólogo de la dictadura– inició el diseño del proyecto político que se implantaría tras la caída de Allende. Y los Chicago-boys

comenzaron a gestar el plan económico neoliberal que se pondría en ejecución en el futuro régimen militar. Se habían preparado en la Escuela de Chicago, bajo la batuta del economista Milton Friedman. Y en Chile estaban reunidos en la Escuela de Economía de la Universidad Católica, bajo la dirección de Sergio de Castro (posteriormente el gran ministro de Hacienda de la dictadura).

La dupla de gremialistas y Chicago-boys se propuso como meta una "revolución silenciosa". De hecho, ése fue el título que usó el ahora líder derechista Joaquín Lavín en su libro de homenaje a la política económica del general Pinochet. Para ellos, sin duda, fue una revolución silenciosa. Porque el terror y el estado de sitio impidieron cualquier protesta popular durante los siguientes diez años. Porque nunca escucharon los gritos desgarradores de los prisioneros en las cámaras de tortura. Porque nunca escucharon el llanto de las familias de las víctimas. Dicen, ahora, que "nunca supieron" de la larga pesadilla que sufrían los disidentes mientras estuvo ocurriendo. Que ellos sólo se encargaron de gestar la nueva institucionalidad y el "milagro económico" chileno. Que de los crímenes y barbaridades sólo son responsables los uniformados.

El hecho es que para provocar el golpe militar, durante los tres años de gobierno del Presidente Allende, el Comité 40 "aprobó más de siete millones de dólares de apoyo clandestino a grupos de oposición en Chile. Ese dinero financió una enorme campaña de propaganda en contra de Allende". Siete multiplicado por 200: mil 400 millones de dólares a precio de mercado negro. Agrega el Informe Church que, a comienzos de 1971, por ejemplo, "fondos de la CIA permitieron que el Partido Demócrata Cristiano y el Partido Nacional compraran sus propias estaciones de radio y diarios".

Mientras la postura oficial de Estados Unidos se mantuvo en lo ordenado por Nixon, "fría, pero correcta", la presión económica fue tanto abierta como clandestina. Se

suspendió gran parte de la ayuda, se negaron créditos y se hicieron esfuerzos –parcialmente exitosos, según el Informe– "para conseguir la cooperación de instituciones financieras internacionales y empresas privadas para aumentar el acoso económico hacia Chile".

Este acoso –agregó el Informe del Senado estadounidense– "intensificó el impacto de las medidas económicas tomadas por grupos opositores dentro de Chile, particularmente las devastadoras huelgas en el sector minero y del transporte. Por ejemplo, el efecto combinado de la negación de créditos externos y de las huelgas del cobre fueron devastadores para las reservas internacionales de Chile".

Los planes de Inteligencia son, obviamente, inteligentes. Ésa es la regla, siempre hay excepciones. Y por eso se cuidaron de no "torear" a los militares, de no provocarles rabia hacia Estados Unidos por la vía de dejarlos sin pertrechos, repuestos y otras formas de asistencia. Los necesitaban como instrumento final para el golpe.

Las estadísticas de la época indican lo que fue el acoso al gobierno de Allende. La ayuda bilateral de Estados Unidos a Chile bajó de 35 millones de dólares en 1969 a sólo 1,5 millones en 1971. Los créditos del Eximbank que registraron una cifra récord de 234,6 millones de dólares en 1967, llegaron a cero en 1971. Y el Eximbank, además, puso a Chile en la categoría más baja de calificación crediticia. Los préstamos del BID que totalizaron 45,6 millones de dólares en 1970, bajaron a 2,1 millones en 1972. El Banco Mundial no dio nuevos préstamos en el período 70-73.

Además, Estados Unidos presionó en el Club de París para que se rechazara la renegociación de la deuda externa de Chile. Una deuda que se había contraído en los dos gobiernos anteriores. Una deuda tan grande que, en la estadística global, era calificada como una de las más altas *per capita* del mundo. Incluso más. El Departamento de Estado estudió seriamente la posibilidad de expulsar a Chile de la

Organización de Estados Americanos (OEA), como ya se había hecho con Cuba en 1962.

Como Chile dependía de Estados Unidos, en gran medida, para la importación de repuestos, fue relativamente fácil crear otra zona caótica. Los créditos comerciales para comprar repuestos bajaron de 300 a sólo 30 millones de dólares. De este modo, hacia fines de 1972, no podían operar por falta de repuestos o de neumáticos un tercio de los camiones diesel del mineral de cobre de Chuquicamata, el 30 por ciento de los buses privados, el 21 por ciento de los taxis y el 33 por ciento de los buses estatales.

¿Qué pasó, en cambio, con la ayuda militar? Bajó al comienzo (sólo 5,7 millones de dólares en 1971) para subir a 12,3 millones y quince millones en 1972 y 1973, respectivamente. Aumentaron también los cupos para entrenamiento de personal militar chileno en Fort Gulick, Panamá. De 181 cupos en 1970 hasta 257 en el año 73, para preparar oficiales en tareas de contrainsurgencia.

En sus acciones encubiertas, tal como lo estableció el Informe Church, la CIA lanzó redes diabólicas para capturar uniformados. En septiembre de 1971, por ejemplo, la CIA fabricó información que fuera convincente para altos oficiales de Ejército. Les dijo que la policía de Investigaciones, por orden de Allende, ya trabajaba en conjunto con la Inteligencia cubana. Objetivo de esa operación conjunta chileno-cubana: "recoger información perjudicial para el alto mando del Ejército" (textual del Informe Church).

Luego la CIA montó "una operación de engaño diseñada para alertar a oficiales chilenos sobre una supuesta o inventada infiltración cubana en el Ejército chileno". Por eso, después del golpe, varios generales hablaron de la infiltración de miles de guerrilleros cubanos. Nunca nos explicaron qué hicieron con ellos, de haberlos arrestado, o cómo es que consiguieron salir masivamente del país. Porque, en realidad, jamás hubo tal infiltración masiva. Pero todo indica que muchos altos oficiales creyeron o

quisieron creer estas mentiras inventadas por la CIA.

Además, la CIA "recopiló inteligencia operacional necesaria para el caso de un golpe", señala el Informe Church. Eso se tradujo en listas de personas que debían ser arrestadas, de instalaciones civiles clave, de personal civil que necesitaría protección, de instalaciones gubernamentales que debían ser rápidamente tomadas. A la comisión del Senado estadounidense, la CIA le declaró que nunca entregó esa información a los complotados chilenos. Eso no es creíble. Porque la CIA, en agosto de 1971, comenzó a monitorear a los oficiales que podrían prestarse para un golpe, enviando listas de nombres a Washington. Y ya en octubre de 1971, ¡cuando el Presidente Allende no completaba ni un año de gobierno!, tenía identificado al grupo de uniformados que podía organizar con éxito ese golpe militar. Un mes después, en noviembre del 71, se entregó a Kissinger un informe titulado "Planificación preliminar para una eventual acción militar en contra del gobierno chileno". Allí se decía que "altos oficiales del Ejército, la Armada y Carabineros han decidido el derrocamiento del gobierno chileno en algún momento de la primavera de 1972". Se tardaron un año más de lo presupuestado... Otro documento de la CIA informó que se había infiltrado al grupo golpista en enero del 72 y que "estaban en contacto con su líder a través de un intermediario".

Obviamente ningún uniformado golpista ha reconocido jamás su conexión con la CIA. Siempre han dicho que actuaron motivados por su profundo amor a la patria. Mientras más fuerte sea el desmentido que un chileno haga sobre la participación de la CIA, más fundadas sospechas se pueden tener de su participación en el complot y de que le pagaron en dólares. Generales o almirantes. Políticos, dirigentes empresariales, líderes sindicales o periodistas.

El líder máximo del derechista Partido Nacional, Sergio Onofre Jarpa (luego ministro del Interior de la dictadura), reaccionó indignado cuando comenzaron a conocerse los

documentos desclasificados. Así lo informó *El Mercurio* del 2 de julio de 1999: "Jarpa fue enfático en señalar que Estados Unidos no tuvo ninguna intervención en el proceso vivido en Chile y que incluso él le solicitó, antes de 1973, a Henry Kissinger que no lo hicieran porque 'este asunto lo arreglábamos nosotros'".

Tras insistir en la consabida frase de que "las Fuerzas Armadas actuaron motivadas por una acción netamente patriota", Jarpa declaró al diario: "Estados Unidos no tuvo ninguna intervención. Todo lo contrario, siempre estuvo en contra, porque no quería aparecer en un problema donde se tenía que enfrentar, a juicio de ellos, con la Unión Soviética, que en esos momentos tenía sus submarinos atómicos y toda su flota de guerra en el Pacífico".

"Jarpa no quería tocar la plata, por eso todos los fondos que entregamos al Partido Nacional pasaban por el senador Pedro Ibáñez", asegura el ex presidente de la Sofofa, Orlando Sáenz.

El Informe Church anota que el Comité 40 se reunió 23 veces para tomar decisiones sobre Chile durante el gobierno del Presidente Allende. Reunirse es una manera de decir, porque muchas veces recibían la propuesta por escrito y luego votaban por teléfono, aprobando o rechazando el plan en cuestión. Los votos telefónicos los recibía un funcionario de la CIA que trabajaba, en comisión de servicios, en el Consejo de Seguridad Nacional. Pero ya sabemos –por el mismo Informe Church– que buena parte de las "acciones encubiertas" de la CIA en Chile ni siquiera pasaron por la revisión y visto bueno del Comité 40. Es decir, sólo se planificaron y aprobaron en reuniones entre Henry Kissinger y el director de la CIA.

Otro documento desclasificado nos permite saber que, el 10 de abril de 1973, el director de la CIA –que para entonces era James Schlesinger– aprobó una propuesta hecha por la División del Hemisferio Occidental. Objetivo de esa propuesta: "acelerar esfuerzos en contra del blanco mi-

litar". Y un memorando fechado el 8 de mayo de 1973, firmado por Theodore Shackley, jefe de esa división, aclara en qué consisten esos esfuerzos que hay que acelerar. Se trata, dice, de acciones "diseñadas para mejorar el monitoreo de cualquier planificación de golpe y ejercer nuestra influencia sobre los principales jefes militares, para que éstos puedan asumir un rol decisivo al lado de las fuerzas golpistas".

Hacia mediados de 1973, las tenazas de la Casa Blanca decidieron apretar con mayor fuerza. ¡Y qué mal lo pasamos los chilenos! Nada parecía funcionar. Huelga de transportistas, paro de comerciantes, protestas de los colegios profesionales, manifestaciones en contra y a favor, gases lacrimógenos en las calles, "miguelitos"[1] en las carreteras, mientras las noches asustaban con los estallidos de bombas y los cortes eléctricos .

Es posible que gran parte de quienes participaron en estas acciones siga creyendo que todo fue espontáneo, pura manifestación ciudadana del legítimo derecho a protesta ante la caótica situación. Pero es importante que sepan –en honor a la verdad– que su acción se insertó en un complot de la CIA y que muchos de los dirigentes "activistas" se enriquecieron a costa de sus protestas. Una seria investigación de *The New York Times* reveló que –a mediados del 73– comenzó a llegar otro sorpresivo chorro de dólares a la Sociedad de Fomento Fabril (Sofofa) para financiar a los huelguistas.[2] Ese chorro tenía dos surtidores: la CIA y empresas transnacionales con sede en Perú, Venezuela y México. Un dirigente de la Sofofa reconoció una cifra superior a 200 mil dólares. Al cambio en el mercado negro, la cifra llegaba al equivalente de 40 millones de dólares.

El ex lider empresarial Sáenz, afirma hoy: "En esa información hay sólo un error en la mención a Perú. La verdad es que nuestras cuentas estaban en Suiza, Nueva York, Caracas, Ciudad de México y Buenos Aires".

En esta etapa jugó un rol clave el general Vernon Walters, quien asumió la dirección de la CIA por pocos meses para luego seguir como director adjunto. Walters era un hombre de la máxima confianza del Presidente Nixon, amigo cercano suyo. Su biografía registra que iba sentado al lado de Nixon cuando una multitud apedreó el automóvil. Él lo protegió de la lluvia de astillas, quedando con cortes en el rostro. Ocurrió en Caracas, Venezuela, en 1958, durante una visita oficial del entonces Vicepresidente Nixon. El general Walters fue agregado militar en Italia y en Francia. Tuvo un papel muy importante para lograr que Kissinger pudiera entrar y salir de Francia clandestinamente, usando el avión privado del Presidente Pompidou. Fue una operación secreta para que el asesor de Seguridad Nacional de Estados Unidos pudiera dialogar con Le Duc Tho, representante del gobierno de Vietnam del Norte. Y en materia de golpes militares en Latinoamérica, el general Walters –como agregado militar en Brasil– fue clave para provocar la caída del progresista Presidente João Gulart en 1964. Un sangriento golpe militar que interrumpió un gobierno democrático a los tres años de gestión, dando paso a dos décadas de regímenes militares.

Para Nixon y Kissinger, ¿quién mejor que el brillante y experimentado general Walters para dirigir la ofensiva final contra Salvador Allende?

En Chile, los ciudadanos comunes y corrientes nada sabíamos del general Walters. Sólo conocimos su alta y corpulenta figura años más tarde, cuando llegó a visitar al general Pinochet. Para entonces era un "embajador especial" del Presidente Reagan y supimos de su estrecha relación con el director de la DINA, el criminal organismo de represión que usó la dictadura.

El caso es que, a mediados de 1973, ocurrieron cuatro hechos que debieron hacer sonar todas las alarmas. No fue así, lamentablemente. El primero ocurrió el 27 de junio, el mismo día en que el comandante en jefe del Ejército, general Carlos Prats, fue alertado de "movimientos sospecho-

sos" en el regimiento Blindado Nº 2. Tras ordenar una investigación y el relevo del comandante, coronel Souper, el general Prats retornó a sus actividades de rutina.

Imaginen la escena. El general Prats va sentado al lado de su chofer, el suboficial Vargas. No hay más escoltas. Todo parece tal como hace tres años, cuando mataron al general Schneider. El comandante en jefe del Ejército se mueve prácticamente solo por las calles de Santiago. Parece igual. La única diferencia es que ahora el general lleva al alcance de la mano una subametralladora Thompson.

El automóvil Ford iba bajando por la Costanera, en el sector oriente de Santiago, cuando ocurrió el incidente. En sus *Memorias*, el general Prats dijo que los repetidos gestos groseros de dos hombres que iban en el auto vecino se le hicieron intolerables. Que tomó su revólver de servicio y terminó disparando al tapabarros delantero. Que vio pánico en sus caras. Que todos se bajaron de los vehículos, que ahí comprobó que el conductor era una mujer y pidió excusas. Pero ya era tarde. Decenas de autos y de personas lo cercaron. Parecían querer lincharlo. Periodistas y fotógrafos aparecieron como por arte de magia. "Las radios de gobierno anunciaban que yo había sido objeto de un atentado y las de oposición, que yo había intentado matar a una mujer", escribió en sus *Memorias*.

El general Prats –asesinado por la DINA en 1974– murió convencido de que todo fue un malentendido. Pero no hubo tal, como se reveló después.[3] La mujer que conducía el auto era parte del complot que se bautizó como Operación Charly y cuyo objetivo era erosionar el prestigio del comandante en jefe del Ejército, dejarlo en ridículo frente a la ciudadanía. Se debía provocar su renuncia. De hecho, el general Prats renunció ese mismo día, pero el Presidente no se la aceptó. Luego comentó Allende a sus asesores: "Estamos bien jodidos, ¿ah?... hasta el general Prats pierde los estribos".

Dos días después, el 29 de junio, se sublevó el Batallón Blindado al mando del coronel Souper (ese día debía dejar

el mando del regimiento). El episodio quedó en la historia como el "tanquetazo", ya que los tanques salieron a la calle y llegaron hasta La Moneda. Fue una tensa mañana, con balacera incluida. La decidida acción del comandante en jefe, general Prats, y del general Pinochet –jefe de Estado Mayor– logró abortar el "tanquetazo". Y la plana mayor del ultraderechista Movimiento Patria y Libertad se asiló en la embajada de Ecuador: Pablo Rodríguez, John Schaeffer, Benjamín Matte, Manuel Fuentes y Juan Hurtado. Dijeron ser los promotores del motín y haber sido "traicionados". En la víspera, claro, se habían llevado muchas metralletas y abundante munición de las bodegas del regimiento. Nadie, obviamente, mencionó a la CIA. Ésta informó a la central en Virginia, la que a su vez informó a Kissinger. Y éste escribió un "informe de situación" al Presidente Nixon, bajo el sello secreto/sensible. Le dijo que "el intento de golpe fue un esfuerzo aislado y mal coordinado", agregándole una pésima noticia: los jefes máximos de las tres ramas de las Fuerzas Armadas chilenas "se mantienen leales al gobierno".

Un nuevo informe de la estación chilena de la CIA anunció otro intento de golpe para el 7 de julio de 1973. Luego dio cuenta de su postergación. Motivo: alto riesgo de fracaso porque no había manera de horadar la posición constitucionalista del comandante en jefe del Ejército, general Prats. "Tiene que ser reemplazado", decía el informe de la CIA. Más aún, ya tenía reemplazante:

> *La elección de los golpistas para reemplazar a Prats, en el momento en que se intente el golpe de Estado, es el general Manuel Torres, comandante de la Quinta División de Ejército y el tercer hombre dentro del Ejército.*
>
> *Los conspiradores no consideran al general Augusto Pinochet, el oficial con la segunda antigüedad en el Ejército, como un reemplazo adecuado a Prats bajo estas condiciones.*

Hacia fines de julio de 1973, la CIA-Santiago dio cuenta de que la coordinación del plan para el golpe de Estado estaba "casi finalizada". ¿En qué topaban? Nuevamente, en la presencia del general Prats. Ese informe de la CIA contiene un párrafo espeluznante:

> *La única manera de remover a Prats parece ser con un secuestro o asesinato. Sin embargo, con el recuerdo del asunto del ex comandante del Ejército, René Schneider, aún fresco en sus mentes, es difícil que los golpistas estén dispuestos a llevarlo a cabo.*

De esta secuencia de informes se infiere con claridad el objetivo prioritario de las acciones que debían desplegarse en los días siguientes: eliminar al general Prats como jefe del Ejército y romper la "lealtad" de los comandantes en jefe con el gobierno.

Ocurrió entonces el tercer hecho clave de esta etapa. Fecha: 26 de julio de 1973. Ese día fue asesinado el edecán naval del Presidente, comandante Arturo Araya. De noche, se asomó al balcón de su casa tras escuchar disparos en la calle y recibió la ráfaga mortal. En el Hospital Militar, hasta el Presidente ofició de médico para intentar salvarlo. Cuando expiró, Allende dijo en tono solemne a quienes lo rodeaban: "¡Señores, el comandante Araya ha muerto! ¡Éste es el fascismo!".[4]

Pero no fue ésa la versión que los chilenos recibieron en los primeros "trascendidos" de los medios derechistas. Se dijo que ya había un hombre arrestado, que era un militante socialista y que había confesado que, en el grupo de asesinos, había tres cubanos y el propio jefe del GAP, la guardia personal del Presidente. ¡Imaginen la magnitud del escándalo, con los rumores corriendo a mil por hora, en cuarteles y salones!

La verdad fue otra. El edecán Araya fue asesinado por Patria y Libertad. El comando terrorista de ultraderecha

estuvo integrado por Guillermo Claverie, Adolfo Palma y Guillermo Bunster, entre otros, con armas proporcionadas por Jorge Ehlers.[5] Demás está decir que cuando todos fueron identificados, tras el golpe militar, no estuvieron en la cárcel ni por un solo día, para ser finalmente indultados por la dictadura. Algunos incluso recibieron premios extras: Palma fue contratado como agente de Inteligencia y Ehlers fue jefe de la estatal Dirección de Deportes (Digeder).

La CIA, obviamente, nunca fue mencionada en este criminal episodio.

Algunos de los marinos, aviadores y militares que estaban complotando –debidamente "monitoreados" por la CIA– han dicho que el asesinato del comandante Araya fue la gota que rebasó su paciencia. ¡Lo había matado un grupo de izquierda chileno-cubano! Otros utilizan distintos hechos ocurridos en 1973 para explicar su decisión. Lo importante, a fin de cuentas, es que las "acciones encubiertas" ordenadas por el Presidente Nixon –desde actos terroristas hasta campañas de prensa, pasando por apoyo a uniformados golpistas y huelgas por doquier– fueron creando la masa crítica que se buscaba.

Finalmente –cuarto hecho– consiguieron la renuncia del general Prats. Visto por los complotadores como un obstáculo insalvable, debía ser "neutralizado". No recurrieron al crimen esta vez, ya que –como informó la CIA– el asesinato del general Schneider estaba "aún fresco en sus mentes". Se recurrió a una maniobra inteligente, utilizando a las esposas de generales y altos oficiales de Ejército. El grupo femenino llegó hasta la casa del comandante en jefe portando una carta para su esposa Sofía (también asesinada por la DINA un año después). Y como por arte de magia surgieron más de mil manifestantes y los consabidos reporteros. Llegó Carabineros, lanzó bombas lacrimógenas para repeler los ataques a pedradas. ¡Un escándalo de proporciones!

El general Prats renunció el 23 de agosto de 1973, el mismo día en que *El Mercurio* llevaba en su portada el gran titular con la decisión de la Cámara de Diputados. Con los votos opositores, se había aprobado un acuerdo para "representar" al Presidente Allende "el grave quebrantamiento del orden constitucional y legal de la República". Y se le exigía que pusiera fin a una larga lista de supuestos atropellos. Esa declaración fue usada por la derecha, en los años posteriores, como la prueba de que el gobierno de Allende violó la Constitución.

Así, con la renuncia del general Prats, "se ha removido el principal factor mitigante a un golpe", sostuvo un informe de Inteligencia fechado el 25 de agosto de 1973, bajo el timbre *Topsecret/UMBRA*.

Como nuevo comandante en jefe del Ejército, el Presidente Allende designó al general Pinochet. No había dato alguno, en la carpeta de Inteligencia chilena, que hiciera desconfiar de su profesionalismo y apego a las leyes. El propio general Prats reconoce, en sus *Memorias*, que recomendó con vehemencia a Pinochet como sucesor. Dijo al Presidente Allende que "si me sucedía el general Pinochet –que tantas pruebas de lealtad me había dado– quedaba una posibilidad de que la situación crítica del país propendiera a distenderse". ¡Que tantas pruebas de lealtad le había dado! Un año después la dictadura de Pinochet ejecutó su asesinato en Buenos Aires. Ya para ese entonces había corrido tanta sangre en Chile que el "fresco" recuerdo del asesinato del general Schneider se había diluido.

En esos mismos días, exactamente el 21 de agosto de 1973, el Comité 40 aprobó otra remesa de un millón de dólares para las acciones encubiertas de la CIA en Chile.

No podemos cerrar este capítulo sin agregar otro dato importante y trágico a la vez. La Casa Blanca no tomó en cuenta las Estimaciones Nacionales de Inteligencia (ENI) que los expertos prepararon sobre Chile entre los años 71 y 73. Es posible que Nixon y Kissinger, empecinados en derribar a Allende, hayan pasado un mal rato al leer esos informes. Porque los expertos contradecían su discurso alarmante que justificaba las acciones encubiertas en Chile.

La ENI de agosto de 1971, por ejemplo, sostenía que al Presidente Allende le costaría consolidar un liderazgo político marxista en Chile y que, lo más probable, es que preferiría respetar los métodos constitucionales. Hacía notar el especial cuidado de Allende por acatar la Constitución y las leyes, además de remarcar su creciente popularidad entre la ciudadanía. Agregaba que la relación con Estados Unidos estaba dominada por los problemas derivados de la nacionalización del cobre, pero Allende "no parece desear una confrontación". Incluso más. Remarcaba que Allende estaba siendo muy cuidadoso en "no subordinar intereses chilenos a ninguna potencia comunista o socialista". Se explicaba que, por el contrario, "estaba delineando un curso independiente y nacionalista, tanto dentro del hemisferio como en el ámbito internacional". Sobre Cuba, aclaraba que Allende estaba estrechando lazos económicos al tiempo que fijaba un "distanciamiento ideológico". Y sobre la Unión Soviética, establecía que ni el Presidente Allende ni las Fuerzas Armadas "aceptarían presencia militar soviética" en Chile.

En la ENI de junio de 1972, los expertos de Inteligencia estadounidenses mejoraban su proyección sobre la democracia en Chile. "El sistema político tradicional de Chile continúa demostrando una flexibilidad notable. Continúan realizándose en forma normal elecciones de todo tipo y las fuerzas oficialistas respetan los resultados cuando les son adversos". Agregaba que el PDC y el Partido Nacional, en conjunto, estaban usando su fuerza en el Congreso para frenar iniciativas gubernamentales, menguando los poderes del Presidente Allende. Vaticinaba que, para el siguiente año, el Presidente tendría que hacer gestos para disminuir la velocidad de su revolución y para buscar puntos de acuerdo con la oposición, manteniendo así los logros al-

canzados. Sobre Estados Unidos, decía que Allende se esforzaba en "destacar públicamente que deseaba tener relaciones amistosas". Sobre Cuba, que aumentaba el distanciamiento ideológico y que La Habana estaba siendo prudente al no pretender que Chile promoviera la revolución en el área. Sobre la Unión Soviética, se decía que la relación estaba marcada por "la cautela y la ponderación". Los soviéticos, agregaba, no querían otro foco de antagonismo con Estados Unidos. Sobre este mismo tema –más tarde– otro informe de Inteligencia agregó que, en su visita a Moscú, Allende recibió el consejo soviético "de negociar sus diferencias con Estados Unidos".

La ENI del año 1973 se entregó poco antes del golpe militar. Decía que el Presidente Allende no había logrado consolidar su poder, pese a que la mayoría de los chilenos de bajos ingresos creía haber mejorado sus condiciones de vida bajo su gobierno. Advertía que la creciente polarización de la sociedad chilena estaba socavando el compromiso democrático de la ciudadanía. Aun así, agregaba, "es remota la posibilidad de que los militares se movilicen para remover a Allende". Sobre Estados Unidos, aseguraba que Allende "mantenía abiertos los canales de comunicación con Washington para el pago de una posible compensación a las compañías estadounidenses expropiadas". Se reiteraban las señales de la Unión Soviética: no quería otra Cuba en América Latina, no quería otro punto de confrontación con los Estados Unidos.

Cada uno de estos informes ENI debieron indigestar al Presidente Nixon y a Henry Kissinger. La "comunidad de Inteligencia" de Estados Unidos no compartía el punto de vista de la Casa Blanca.

Cuando la Comisión Church tuvo a la vista esas ENI concluyó, en su informe, que "nunca hubo serio peligro de presencia militar soviética", que el valor del modelo allendista fue "muy restringido" como para ser exportable y que el propio Presidente Allende sólo fue "un poco más

hospitalario" que sus antecesores con los activistas exiliados de otros países de América Latina. Sobre este último punto, hay también una Nota de Inteligencia del Departamento de Estado donde se decía que el gobierno de Allende evitaba acciones que dañaran sus relaciones con los países latinoamericanos. A exiliados argentinos y mexicanos, por ejemplo, se les había autorizado residir en Chile "con la condición de no involucrarse en actividades políticas". Y algunos exiliados brasileños activos en política "fueron animados a abandonar Chile".

Y para que entendamos las contradicciones entre los análisis de Inteligencia y las operaciones reales, la Comisión Church anota que "analistas y agentes operativos frecuentemente viven en mundos separados". No saben lo que están haciendo unos y otros. Pero Nixon y Kissinger sí sabían.

Leer esos informes y memos resulta, ahora, muy doloroso. Porque los analistas de Inteligencia no tuvieron cabida alguna en el soberbio empecinamiento de Nixon y Kissinger para ordenar y financiar las acciones encubiertas que nos costarían, a los chilenos, tanta sangre y tantas lágrimas.

1. "Miguelito", nombre asignado al objeto fabricado con gruesos clavos soldados que, lanzados en caminos y carreteras, revientan los neumáticos.

2. Jonathan Kandell, "Foreign Companies Aided Anti-Allende Strikers", *The New York Times*, 16 de octubre de 1974.

3. Mónica González, *La conjura* (Santiago: Ediciones B, 2000).

4. Ibid.

5. Ibid.

Capítulo VIII

EL PLEBISCITO QUE NO FUE

ÚLTIMO fin de semana del gobierno de la Unidad Popular. Último fin de semana antes de la tragedia. Ya las flores de los ciruelos y los aromos anunciaban, en calles y plazas, la cercana primavera.

Tensados al máximo por la polarización política, los ciudadanos seguían viviendo en medio de temores, conflictos, debates y lucubraciones acerca de lo que podría suceder. No tenían idea de que el complot chileno-estadounidense ya le había puesto fecha al golpe militar.

De madrugada, en las primeras horas del sábado 8 de septiembre, la estación-Santiago de la CIA despachó a su central otro informe:

> –*Según* (tachado), *la Armada está programada para iniciar un movimiento destinado a derrocar al gobierno del Presidente Salvador Allende en Valparaíso a las 08.30 del 10 de septiembre.*
>
> –(Nombre tachado) *dice que la Fuerza Aérea apoyaría esta iniciativa después que la Armada inicie una acción positiva para tomarse la provincia de Valparaíso, lanzando un ultimátum que pida la renuncia de Allende o amenazando con avanzar hacia Santiago.*
>
> –(Nombre tachado) *hizo notar que el Almirante José Merino, comandante de la Primera Zona Naval de Valparaíso, está tratando infructuosamente de postergar esta acción hasta el 12 de septiembre, cuando espera ser nom-*

brado comandante en jefe de la Armada.

–(Nombre tachado) *informa que luego que la Armada realice una acción positiva contra el gobierno, la Fuerza Aérea silenciará todas las radios gobiernistas. Al mismo tiempo, la Fuerza Aérea planea establecer una red nacional de radios, utilizando las radios de oposición existentes, como Balmaceda, Minería, Agricultura.*

–(Nombre tachado) *informa que el general Gustavo Leigh ha tomado contacto con el comandante en jefe del Ejército, general Pinochet, sobre este asunto, y Pinochet dijo que el Ejército no se opondrá a esta acción armada.*

–(Nombre tachado) *cree que las unidades del Ejército se unirán al golpe, después que la Fuerza Aérea preste su apoyo a la Armada. Sin embargo, dijo desconocer si los generales de Ejército apoyarían activamente el esfuerzo de la Armada y la Fuerza Aérea para derribar a Allende. El general Leigh, sin embargo, planea continuar en contacto con Pinochet y otros generales de Ejército en el lapso comprendido entre el 8 y 10 de septiembre.*

–(Nombre tachado) *dice que el general Arturo Yovane, de Carabineros, prometió apoyar el golpe de Estado y garantizó el apoyo de la Escuela de Oficiales, del grupo de Servicios Especiales y de los guardias de palacio.*

–(Nombre tachado) *agregó que sería difícil tomarse el palacio presidencial y la casa de Allende, pero que –con el apoyo de los carabineros– las Fuerzas Armadas podrían tomarse esos lugares estratégicos.*

–(Nombre tachado) *dice que el golpe podría llevarse a cabo el 10 o al menos en la semana del 10, que hay diversos factores posibles que podrían detener un intento de golpe.*

–(Nombre tachado) *informa que si Allende renuncia, llama a plebiscito o anuncia la formación de un gabinete íntegramente militar, se produciría una postergación de los planes de la Armada.*

–(Nombre tachado) *dice que el almirante Merino, muy respetado por los oficiales de Valparaíso, podría ser capaz de*

convencer a los complotados en Valparaíso de postergar sus planes por varios días.

–El Presidente Allende aún tiene algún espacio para maniobrar. Podría alterar el itinerario de los complotados o paralizarlos completamente con una iniciativa que saliera al encuentro de las peticiones de las Fuerzas Armadas y/o del Partido Demócrata Cristiano.

En Valparaíso, los *marines* de la Operación Unitas ya estaban en sus puestos de combate para el apoyo logístico, si era necesario. Y los marinos chilenos estaban afinando los detalles en su Academia de Guerra.

Sábado 8 de septiembre de 1973. En Washington, el embajador Nathaniel Davis salió de una reunión en el Departamento de Estado a las 9.30 de la mañana. Y se fue a la Casa Blanca para encontrarse con Kissinger, quien lo recibió con una sonrisa y una exclamación: "¡Bien, ya está en marcha el golpe en Chile!". En esa reunión, agrega el embajador Davis, "recibimos indicaciones de las deliberaciones de generales y almirantes chilenos para montar un golpe el lunes 10. Durante el fin de semana, el golpe fue aplazado para el martes 11".[1]

Esa misma mañana del sábado 8, muy temprano en Santiago, una docena de altos oficiales golpistas acordaron las últimas instrucciones. La reunión se realizó en el mismo Ministerio de Defensa, a pocos metros del Palacio de La Moneda donde el Presidente Allende tuvo una mañana de tenso trabajo. Tenía que afinar su discurso para convocar a un plebiscito, discurso que había decidido pronunciar en la mañana del martes 11. Ante tres de sus asesores, el abogado español Joan Garcés y los perioAdistas Augusto Olivares y Carlos Jorquera, comentó: "Si la mayoría del país no nos quiere, ¡pues nos vamos, compañeros!".[2]

Convocar al plebiscito tenía un eslabón doloroso para el Presidente: pasar por encima del Comité Ejecutivo de la Unidad Popular. Porque Allende siempre creyó en la disci-

plina partidaria, la practicó como parlamentario y como Presidente. Ésa fue una de sus debilidades en su rol de gobernante. Los partidos de la Unidad Popular –que se fueron desuniendo en forma creciente– rechazaron su petición de darle autonomía para tratar de resolver la crisis política cuando llegó a un punto álgido. Sólo el disciplinado Partido Comunista parecía entender lo que estaba en juego.

De hecho, ese Comité Ejecutivo de líderes de la Unidad Popular se reunió en La Moneda esa mañana del sábado 8 y volvió a discutir el tema del plebiscito. Y después, pasado el mediodía, el Presidente se juntó con los comandantes en jefe del Ejército y la Fuerza Aérea, generales Pinochet y Leigh, además del director de Investigaciones y el coronel que dirigía la unidad de Inteligencia de la Fuerza Aérea. Objetivo: saber qué había pasado exactamente en la industria textil Sumar, a la que –aduciendo un ataque desde las cercanías– la FACH había allanado.

Al finalizar esa reunión con los altos uniformados, el director de la policía civil, Alfredo Joignant, anotó "que el general Pinochet se despidió del Presidente con un cálido gesto, en que le dio la mano y le apretó el brazo al tiempo que le decía ¡descanse, Presidente!".[3]

Descanse, Presidente. ¿En qué pensó Allende mientras el automóvil cruzaba Santiago rumbo al camino de Farellones? Quizás en el informe político que le había pasado su asesor Joan Garcés, la víspera, el que brutalmente terminaba con esta pregunta: ¿Cuántos días le quedan, Presidente? Allá, en El Cañaveral, lo esperaba la Payita para almorzar. Quizás hasta había torta de lúcuma, su favorita para el postre. Pero ni durante el almuerzo pudo descansar, ya que había invitado al general (R) Carlos Prats y al ministro Fernando Flores. Sólo los tres compartieron la mesa, junto a la ventana que daba hacia el estero.

El general Prats –en sus *Memorias*– sostiene que el Presidente se veía muy cansado, pero su ánimo era optimista. Que habló del plebiscito y de su certeza de ser derrotado.

Que no había más camino para evitar una guerra civil. "Lo contemplo estupefacto, como si mis oídos hubieran malentendido sus palabras. Me observa interrogadoramente, con sus ojos penetrantes."

–Perdone, Presidente, pero usted está nadando en un mar de ilusiones... ¿Cómo puede hablar de un plebiscito, que demorará 30 ó 60 días en implementarse, si tiene que afrontar un golpe militar antes de diez días? –dijo el general Prats, para luego agregar que sería un golpe "blando" si lo lideraba políticamente el sector golpista del PDC o sería un golpe muy cruento si lo hacía la derecha económica.

–¿Acaso no cree que habrá regimientos leales al gobierno, capaces de contener a los golpistas? ¿Acaso no cree en la lealtad de Pinochet y Leigh, a quienes yo nombré comandantes en jefe? –preguntó a su vez el Presidente.

–Presidente, yo creo en la lealtad de Pinochet y también en la de Leigh, pero ellos serán sobrepasados por los generales golpistas. Y lo mismo sucederá en la Armada. Así no habrá quiebre en la verticalidad del mando. Porque la división de las Fuerzas Armadas es la guerra civil –contestó el general Prats.

Poco y nada sabía el general Prats acerca de las lealtades en las Fuerzas Armadas en ese momento. Como tampoco sabía del pensamiento del Presidente Allende. Porque cuando le propuso que el lunes 10 saliera del país por un año, con permiso constitucional del Congreso, se encontró con un sonoro "¡jamás!".

Tras despedir amablemente a Prats, recordándole que debía preocuparse de su seguridad personal, el Presidente ordenó que fueran citados de urgencia para el día siguiente, domingo 9, los generales de Ejército Pinochet y Urbina. Ya anochecía en Santiago. Y el Presidente se preparó para asistir a una cena en la Escuela de Carabineros. Allí escuchó un alambicado discurso del general César Mendoza, copa en alto, para brindar por el coraje del Presidente en días de tanta convulsión. Un brindis de última

cena en la que Judas vistió uniforme de policía y estrellas de general.

Muy tenso fue también el domingo 9 de septiembre de 1973. Podemos hacer una secuencia de escenas paralelas. En Santiago, el Presidente se junta con Luis Corvalán, líder máximo del Partido Comunista, mientras en el puerto de Valparaíso los almirantes golpistas comulgan en la capilla naval. Luego, mientras los oficiales de la Armada se congregan para afinar los últimos detalles del golpe, el Presidente sigue su tarea en otra reunión con los generales Pinochet y Urbina. Ahí están, en esas escenas paralelas, el golpe militar y el inútil intento por abortarlo. Inútil porque el Presidente Allende ordenó acciones a un general Pinochet que ya tenía un pie puesto en el círculo golpista.

Nunca imaginó Allende que el golpe sería encabezado por los comandantes en jefe. Y pensó que, por muy fuertes que fueran los generales y almirantes golpistas, su acción sería abortada por los jefes constitucionalistas. La tesis del general Prats –que las jefaturas serían sobrepasadas– no lo convenció. Y la posibilidad de que los generales Pinochet y Leigh fueran traidores ni siquiera se consideró.

De hecho, al mediodía de ese domingo 9, Allende le pidió al general Pinochet que hiciera un plan de emergencia para coordinar la acción de las tropas del Ejército con los trabajadores organizados en los "cordones" industriales.[4] ¿Soldados y obreros en acción coordinada? ¿Por qué no? Ya había un antecedente exitoso. La sublevación del regimiento Blindado N° 2 –el "tanquetazo" del 29 de junio– había sido abortado por el propio Ejército, apoyado en las calles por las organizaciones de trabajadores.[5] "A su orden, Presidente", debió responder Pinochet, de acuerdo al protocolo militar.

El asesor Joan Garcés asegura que, en esa reunión, el Presidente dijo a los generales: "En las próximas horas voy a anunciar la convocatoria de un referéndum para que el país resuelva el camino a seguir". Y agrega Garcés:

¡Cuál no sería la expresión de asombro de los rostros de Pinochet y Urbina al escuchar esto que, treinta y cuatro horas después, Allende se detuvo especialmente en describirnos esta escena! Los ojos se les pusieron redondos... y los generales preguntaron, balbuceando: "Pero, Presidente, ¿es una resolución ya definitiva y firme la de llamar a un referéndum?". Allende: "Sí, general, está resuelto". "Eso cambia toda la situación, Presidente, ahora va a ser posible resolver el conflicto con el Parlamento." Y la reunión prosiguió...[6]

Sabemos que ese domingo 9, el Presidente almorzó con su hermana Laura. Y que luego fue al aeropuerto a buscar a doña Tencha y a su hija Isabel que volvían desde México. "Lo noté muy tenso, irritable hasta en detalles," recordó Tencha Bussi.

En el trayecto de retorno, él optó por ir acompañado sólo del edecán aéreo en el auto presidencial. El comandante Sánchez evoca: "Me comentó que la situación era preocupante, pero que ya había varias acciones en curso para descomprimir el panorama. Y me habló del martes siguiente, el martes 11, como un día clave porque haría su propuesta para convocar a un plebiscito. Se veía más tranquilo".[7]

Podemos inferir que el Presidente Allende respiró más aliviado ese atardecer del domingo 9. Las "acciones en curso" debieron parecerle contundentes. En lo político, creía que realmente avanzaba el principio de acuerdo con el presidente del PDC, senador Patricio Aylwin, y su propuesta de referéndum iba a ser un paso fundamental. En lo militar, el general Pinochet le daba amplia confianza.

Pero a esa misma hora, Pinochet –en su casa– estaba tomando la lapicera para firmar el pacto golpista. "¿Tú has pensado en que esto nos puede costar la vida a nosotros y a muchos más?", le preguntó al general Leigh, manteniendo la punta del lápiz aún en el aire.[8]

El papel, enviado por el almirante Merino desde Valparaíso, decía escuetamente bajo la fecha 9 de septiembre de 1973: "Gustavo y Augusto: Bajo mi palabra de honor, el día H será el 11 y la hora H 06.00. Si ustedes no pueden cumplir esta fase con el total de las fuerzas que mandan en Santiago, explíquenlo al reverso. El almirante Huidobro está autorizado para tratar y discutir cualquier tema con ustedes. Les saluda con esperanza y comprensión, Merino". Al reverso de la hoja, otras anotaciones. "Gustavo: es la última oportunidad. J.T." Y más abajo: "Augusto: si no pones toda la fuerza en Santiago desde el primer momento, no viviremos para el futuro. Pepe". Al final, la palabra "conforme" y los nombres manuscritos de Gustavo Leigh y Augusto Pinochet, esperando las firmas.

–Si esto se filtra, puede sernos de graves consecuencias –volvió a vacilar Pinochet.

–¡Decídase, mi general, firme! –dijo Leigh en tono impaciente.

Y la punta de la lapicera del general Pinochet tocó el papel, estampando la firma que –para mayor formalidad– recibió al lado el timbre de la Comandancia en Jefe del Ejército.

Esa misma noche, la estación CIA confirmó a la central en Virginia que todo estaba *okay*. Lo hizo Jack Devine, uno de los miembros del equipo de agentes encubiertos que operaba en Santiago. Dijo a sus superiores que había recibido la llamada de un informante muy fiable. "Se llevará a cabo el 11 de septiembre", escribió en su breve informe. Y en otra comunicación de la CIA-Santiago, fechado ese mismo 9 de septiembre de 1973 y con el título "Movimiento de la Armada chilena para derrocar al gobierno el 10 de septiembre se pospone", se lee hasta el siguiente detalle:

> *El coronel Alberto Martin, encargado de la unidad de comunicaciones de carabineros, sería el encargado de cortar las comunicaciones oficiales al Presidente en caso de un golpe. Martin dijo que la acción golpista, originalmente planeada para el 10 de septiembre, había sido pospuesta hasta las 6.00 A.M. del 11 de septiembre. Los últimos retrasos otorgan al Presidente tiempo adicional para enfrentar la presente crisis.*

En Washington, el embajador Nathaniel Davis recibió la noticia del cambio de fecha poco rato después: "Los de Espionaje me dijeron que el golpe se había pospuesto para el martes 11", confiesa en sus memorias.[9]

El lunes 10 de septiembre fue, por obvias razones, más atareado para los golpistas que para La Moneda. Con habilidad, el general Pinochet entendió rápido que disponía de pocas horas para hacerse del timón real del golpe. Que su propia sobrevivencia dependía de hacer valer su autoridad como jefe de la organización armada más antigua y poderosa. Ante una reliquia, la espada de O'Higgins, padre de la patria, hizo jurar lealtad a los generales golpistas. Y ordenó que, si moría en combate, debía reemplazarlo el general Bonilla.

Luego Pinochet dispuso que tropas de Los Andes y San Felipe –ciudades al norte de la capital– se trasladaran a Santiago. Almorzó con el jefe de la Fuerza Aérea y leyó el texto de la proclama de la Junta Militar de Gobierno que éste había redactado. La firmó. También, por razones obvias, realizó actividades que dieran la apariencia de normalidad. Se reunió con el ministro de Defensa, Orlando Letelier, y durante dos horas le pintó un cuadro en el cual no había rastro de peligro golpista.

En La Moneda hubo consejo de gabinete esa mañana del lunes 10. Y el Presidente almorzó después con algunos de sus ministros y ex ministros. Durante el postre, Allende les contó la razón de haberlos convocado. En las siguientes horas, dijo, iba a dirigir un mensaje al país. Que la crisis se resuelva –reafirmó– por la mejor vía democrática: un plebiscito.

¡Qué duro contraste! Dos escenas trágicamente distintas, ocurriendo en paralelo en oficinas estatales separadas por algo más de doscientos metros. En el Ministerio de Defensa, los hombres de uniforme almorzaban al mismo tiempo que daban los toques finales para poner en marcha su maquinaria de guerra. Y, en La Moneda, el Presidente de la República contaba de su plan político a sus más cercanos colaboradores, sintiendo un creciente alivio tras decidir su llamado a referéndum. Y agreguemos un tercer escenario: la embajada de Estados Unidos, ubicada entonces en una señorial casona frente al Parque Forestal. En una de las salas, se transmitía el mensaje a la CIA donde claramente, pese a los profusos tachados con que fue desclasificado, se lee:

–Un intento de golpe se iniciará el 11 de septiembre.

–Las tres ramas de las Fuerzas Armadas y Carabineros están todas involucradas en esta acción.

–A las 7 de la mañana del 11 de septiembre se leerá una declaración por radio Agricultura.

–Carabineros tiene la responsabilidad de apresar al Presidente Salvador Allende.

–Se asume que el Presidente está trabajando diligentemente en resolver esta crisis. A este respecto, tiene programado un discurso nacional para la tarde del 10 de septiembre. El Presidente podría usar esta ocasión para anunciar alguna propuesta dramática, como sería llamar a un plebiscito, que nuevamente haría vacilar a los conspiradores.

Pero el Presidente Allende había postergado su discurso para la mañana del martes 11. Y, como ya dijimos, la decisión política de convocar a un referéndum le había significado un gran alivio después de días en extremo tensos.

De ese ánimo presidencial dio cuenta el canciller Clodomiro Almeyda cuando, al anochecer del lunes 10 de septiembre, llegó a La Moneda directo desde el aeropuerto. Venía de Argel, de asistir a la Conferencia Cumbre de Países No Alineados. El invitado estelar –el Presidente Allende– no había podido acudir a esa cita internacional de Mandatarios. La crisis interna le aconsejó no salir del país.

"Encontré al Presidente tranquilo y distendido, como si se hubiera sacado de encima un enorme y pesado fardo (...) Nos dijo que el plebiscito iba a aliviar la tensión política. Y que, en ese nuevo escenario, con las pasiones más temperadas, sería posible reflexionar con calma y buscar una salida," rememora el canciller Almeyda.[10]

Ya era de noche. En La Moneda, los técnicos chequeaban las conexiones para que el discurso presidencial fuera transmitido por una "cadena" de radio y televisión a la mañana siguiente. Cruzando la Alameda, otros técnicos estaban en lo mismo –revisando conexiones– bajo las órdenes del periodista Federico Willoughby, quien fue gerente de comunicaciones de la Ford por muchos años y luego vocero de la junta militar. Objetivo: preparar la "cadena" radial de las Fuerzas Armadas que sería encabezada por la derechista radio Agricultura. Esta radioemisora, en los días previos, aduciendo razones de seguridad, se había blindado con gruesas planchas metálicas regaladas por Asimet, gremio que agrupa a los industriales metalúrgicos.

Y se podría continuar el relato con escenas paralelas. Imaginen al Presidente Allende saliendo de La Moneda y abordando el auto para ir a su casa, luego de que la guardia de carabineros le hiciera el saludo de protocolo. Una cuadra hacia el sur, el general Nicanor Díaz Estrada pasaba por la guardia del Ministerio de Defensa, ordenando el acuartelamiento en primer grado a partir de las seis de la mañana siguiente. Era el subjefe del Estado Mayor de la Defensa. Podía dar esa orden sin despertar sospechas. Quizás los dos automóviles, el del Presidente y el del general, enfilaron al mismo tiempo por la Alameda hacia el oriente de la capital. Y quizás a esa misma hora, en algún lugar de Santiago, ocurrió la reunión entre el jefe local de la CIA y

un alto oficial que representaba a los golpistas. Objetivo: pedir el apoyo de Estados Unidos en caso de que la toma del poder no se produjera con la rapidez necesaria. El informe de la CIA-Santiago enviado a la central, con fecha 10 de septiembre, lleva el timbre de "ultrasecreto".

> *Un oficial clave del grupo militar que planea derrocar al Presidente Allende preguntó si el gobierno de Estados Unidos iría en ayuda de las Fuerzas Armadas chilenas si la situación se pone difícil.*

De inmediato, el jefe de la División Hemisferio Occidental Theodore Shackley, envió un memorando ultrasecreto a Henry Kissinger que –por lo avanzada de la noche– se fechó el 11 de septiembre. Allí, brevemente le informaba que la CIA-Santiago le había asegurado a este oficial clave que su pregunta "sería transmitida de inmediato a Washington".

Volvamos a Santiago de Chile. Allende ya ha llegado a la casa presidencial. Doña Tencha le muestra las chaquetas que le trajo desde México. "Fue al baño, se las puso y le quedaron perfectas. Ahí me dijo una frase, mientras se miraba al espejo, que nunca olvidaré: ¡A ver si éstos me dejan usarlas! Yo le pregunté: ¿Tan mal están las cosas, Salvador? No me respondió. Guardó silencio. Hasta el final no quiso revelarme toda la gravedad de lo que sucedía," relata doña Tencha.[11]

Sabemos de la última cena del Presidente en la casa de Tomás Moro, en cuyos muros se desplegaba la vasta colección de pinturas de la familia: Picasso, Matta, Miró, Siqueiros, Guayasamín, Portocarrero, Balmes. Podemos imaginar la mesa familiar a la que se sumaron tres invitados: el ministro del Interior, Carlos Briones, y los asesores Augusto Olivares y Joan Garcés. Doña Tencha y su hija Isabel contaron detalles de su viaje a México para llevar la ayuda chilena tras un terremoto. Y al postre, llegó el ministro de Defensa, Orlando Letelier.

"Salvador estuvo muy callado, pero repentinamente dio un golpe sobre la mesa y dijo: ¡Voy a llamar al plebiscito! ¡Que sea el pueblo el que decida si quiere que yo me vaya! Va a ser el pueblo el que diga si debo irme o no, repitió. Esa fue la vez que lo vi más tenso en su vida. ¿Quién iba a pensar que ésa era la última vez que yo lo iba a ver?", dice doña Tencha.

Tras el café, los cinco hombres dieron comienzo a la reunión política en el escritorio. Dos informaciones habían llegado a la casa presidencial poco antes de la comida. Que el Partido Comunista había hecho una declaración acerca del "peligro inminente de un golpe militar". Y que dos camiones con tropas habían salido de Los Andes en dirección a Santiago. Pero el optimista Presidente optó por fijar la atención en otro dato: la Armada ya había zarpado de Valparaíso para participar en la Operación Unitas con la US Navy.

"De algo parece que podemos estar seguros: si hay golpe en estos días, no será de la totalidad de las Fuerzas Armadas", comentó Allende.[12]

No relacionar la presencia de la US Navy en aguas chilenas con los indicios de peligro cierto de golpe militar, parece hoy una ingenuidad. Pero no se puede hablar de ingenuidad tratándose del Presidente Allende. ¿Qué fue entonces? Quizás se dio una conjunción de razones y emociones para que el Presidente creyera cierto aquello que quería creer. Quería creer en la lealtad de los comandantes en jefe con su juramento de respetar la Constitución y las leyes. Quería creer que el senador Patricio Aylwin, presidente del PDC, estaba seriamente embarcado en la búsqueda de una solución política. Quería creer que un referéndum y la posterior elección de una Asamblea Constituyente permitirían una salida rápida a la crisis. Quería creer que el espíritu democrático de Chile podría contrarrestar el complot de la derecha local aliada con "socios" estadounidenses, desde empresas transnacionales hasta la Casa Blan-

ca, utilizando a algunos altos oficiales como su herramienta golpista. Quería creer porque –de lo contrario– se abría una caja de Pandora de la que saldrían inimaginables pesadillas.

Sabemos que el Presidente estaba de buen ánimo esa noche del 10 de septiembre de 1973. Su última noche. Comentan que sólo delataba su cansancio el repetido gesto de sacarse los anteojos de grueso marco y frotar sus ojos suavemente con los dedos.

Como a las once de la noche, llamó la Payita desde La Moneda. Era su costumbre quedarse hasta muy tarde si había trabajo urgente. Atendió el periodista Augusto Olivares.

–Dice que han llamado a La Moneda por los camiones con tropas que salieron de Los Andes y que el regimiento allá está acuartelado. Están corriendo muchos rumores –informó Olivares luego.

El Presidente dijo al ministro de Defensa:

–Llame al general Brady y averigüe qué pasa...

Letelier llamó al jefe de la guarnición de Santiago.

–No, el general Brady no tiene idea. Va a averiguar y quedé en llamarlo en unos quince minutos –informó Letelier al Presidente.

El complotador Brady debió planificar con cuidado su respuesta, así como el tono con que la diría. Una palabra demás o cualquier vacilación podía alertar al gobierno. Y así fue como informó al ministro de Defensa que no había camiones trasladando tropas, que todo estaba normal en Los Andes y que el acuartelamiento obedecía a la preparación de la parada militar.

Cerca de medianoche, otro llamado insistió en el mismo asunto de los camiones con tropas.

–¿Quiere que llame al comandante en jefe? –preguntó el ministro de Defensa al Presidente.

–No, no llame a Pinochet. No hace falta. Son tantos los rumores que hace meses no dormiría si tuviera que atender cada rumor –contestó Allende.

Cerca de la una de la madrugada, el Presidente "interrumpe la discusión y telefonea él mismo al director subrogante de Carabineros, el general Urrutia, una persona cuya lealtad no le ofrece dudas", afirmó el asesor Garcés. Y el general Urrutia le aseguró que no había razón para alarmarse, pero que de todos modos chequearía. Lo hizo y envió a un mayor de la policía a informar personalmente al Presidente. ¿Qué le dijo? No hay registro de la conversación, pero todo indica que no se entregaron nuevos datos ya que el Presidente, cerca de las dos de la madrugada, dio por terminada la conversación política.

–Vamos a descansar, ya es muy tarde. Y mañana nos espera un día duro. Buenas noches –dijo Allende.

A esa misma hora, el almirante Merino –en su oficina porteña de la Academia de Guerra– estaba emitiendo el mensaje cifrado para la Armada: "Ejecución Plan Cochayuyo 110600".[13] La cifra correspondía al día y hora de inicio de las acciones golpistas. Faltaban cuatro horas.

En la residencia presidencial de Tomás Moro, volvió a sonar el teléfono. De nuevo la Payita desde La Moneda. Informó de las gestiones que había hecho para confirmar qué estaba pasando en Los Andes. El subsecretario de Guerra, un coronel, le había asegurado que dos compañías se habían trasladado a Santiago. ¿Razón? El martes 11 podía ser un día "crudo", con manifestaciones y desórdenes en Santiago porque los tribunales decidirían sobre los desafueros de dos parlamentarios de izquierda.

–Gracias, Paya. Deme el número de teléfono del general Brady –se escuchó decir al Presidente.

Habló entonces con el general Brady. Tampoco hay registro acerca de esa conversación. Luego lo vieron discar y hablar nuevamente con la Payita:

–Ya hablé con Brady, así que ahora váyase a descansar. Es muy tarde. Y mañana será un día largo y duro.

¿Cómo habrá dormido esa última noche el Presidente Allende? Conocida era su capacidad para dormir profun-

damente por corto rato para luego despertar muy descansado. Esa noche estuvo en su cama, cómodo en su pijama, apoyando la cabeza en su almohada favorita. Quizás le dio vueltas a algunas frases de su mensaje presidencial, el más importante de los mil 42 días que ya completaba como Presidente de Chile. Quizás...

1. Davis, op. cit.
2. Jorquera, op. cit.
3. González, op. cit.
4. "Cordón" industrial: se refiere al conjunto de industrias ubicadas en una comuna de Santiago.
5. Patricia Verdugo, *Interferencia secreta* (Santiago: Sudamericana, 1998).
6. Joan Garcés, *Allende y la experiencia chilena* (Barcelona: Ediciones BAT, 1976).
7. Verdugo, op. cit.
8. Florencia Varas, *El general disidente* (Santiago: Aconcagua, 1980).
9. Davis, op. cit.
10. Clodomiro Almeyda, *Reencuentro con mi vida* (Santiago: Las Ediciones del Ornitorrinco, 1987).
11. Entrevista de Otto Boye, revista *Análisis*, suplemento especial, septiembre de 1983.
12. Garcés, op. cit.
13. "Cochayuyo": nombre de la alga más común en las costas chilenas.

CAPÍTULO IX

"MI SACRIFICIO NO SERÁ EN VANO"

SABEMOS que el Presidente Allende no durmió más de tres horas y media en la madrugada del martes 11 de septiembre. Porque ni siquiera aclaraba el día cuando la orden del almirante Merino puso a las tropas de la Armada en las calles de Valparaíso. Y le avisaron al Presidente de inmediato. Minutos más tarde, otro llamado le informó que tropas del Ejército, del regimiento Maipo, estaban saliendo del cuartel porteño. "¡Haga cerrar la carretera a Santiago!", fue la orden tajante del Presidente al jefe de la policía uniformada.

A las seis de la madrugada en punto había sonado la diana en los altoparlantes de los barcos de la Escuadra. Y al salir a cubierta, los marinos descubrieron que iban de regreso a Valparaíso a toda máquina. Los excitados oficiales gritaban órdenes en los cruceros *Prat* y *O'Higgins*; en los destructores *Cochrane*, *Blanco Encalada* y *Orella*, y en el submarino *Simpson*.

El asesor Garcés encontró al Presidente, en su escritorio y en pijama, con el teléfono en la mano. Y, apenas pudo, Allende lo puso al día con frases muy cortas, casi de telegrama:

–Se sublevó la Marina. La escuadra de Estados Unidos está en alta mar. Seis camiones con tropas de la Marina venían desde Valparaíso. Fueron detenidos por Carabineros en la carretera. Ninguno de los comandantes en jefe contesta el teléfono. Carabineros son los únicos que res-

ponden. Están ya tomando medidas, salen a proteger La Moneda.

El Presidente todavía creía en la lealtad del Ejército. Había hablado con el general Brady, quien le mintió asegurándole que enviaría tropas a Valparaíso para controlar la situación.

–¿Es leal? –preguntó el asesor Garcés.

–Creo que sí. Pinochet no está en su casa. Y el general Urbina no contesta. ¿Estarán detenidos? –se preguntó Allende.

Comentó, además, un dato preocupante que recién le había contado el ministro de Defensa. Letelier llamó a su despacho en el Ministerio, a su número privado, y le había contestado el almirante Carvajal, balbuceando explicaciones sobre lo que ocurría en Valparaíso. ¿Qué hacía el almirante en el despacho del ministro? El Presidente ordenó a Letelier ir de inmediato al Ministerio y ocupar su puesto.

Los dichos y gestos del Allende, en esos primeros momentos del golpe militar, demuestran su bonhomía. Le parecía inimaginable la traición entre quienes juraban, hasta la víspera, su lealtad mirándolo de frente y a los ojos. Él nunca había actuado así durante su larga trayectoria política. Era reconocido por su "muñeca" para manejar situaciones difíciles, para convencer a los reticentes, para negociar asuntos muy complicados. Pero mentir y traicionar descaradamente no estaba en su código de conducta. No lo había hecho ni siquiera en sus privadas relaciones de amor.

Cuando los llamados alarmantes lo convencieron de la gravedad de los hechos, el Presidente ordenó al director de Investigaciones que fueran clausuradas las transmisiones de las radios derechistas Agricultura y Minería, así como las oficinas de *El Mercurio*. Lo atestigua su asesor Joan Garcés. Pero sus órdenes no llegaron a cumplirse.

Pantalón gris, chaqueta de tweed, chaleco de cachemira gris de cuello alto. Ésa fue la ropa que escogió vestir el Presidente la fría mañana del martes 11 de septiembre. Una tenida informal que debió parecerle apropiada para enfrentar un día muy agitado, día de emergencia para trabajar puertas adentro de La Moneda hasta sofocar la rebelión. A cargo de la casa presidencial quedó su gran amigo Víctor Pey.

Y casi a las 7:20 de la mañana, ordenó partir al Palacio de Gobierno. "¡A La Moneda! Escoja el mejor camino, capitán Muñoz", ordenó al joven oficial de Carabineros.

Rugieron los motores de los Fiat 125 de color azul. Y la comitiva oficial ni se enteró de que, pocos metros hacia el sur, un oficial de Inteligencia activó el radiotransmisor de su auto, informando al Ministerio de Defensa de la salida del Presidente. Dicen que allí el general Nicanor Díaz Estrada –de la Fuerza Aérea– inspiró hondo y exhaló al mismo tiempo que exclamaba: "¡Ahora empieza la acción!".

A esa misma hora, en Valparaíso, el teniente coronel Patrick J. Ryan –de la US Navy– se comunicaba con la central en Panamá: "Con el jefe de señales Paul Eppley a cargo de la radio y el teniente Roger Frauenfelder redactando el mensaje, pudimos comunicarnos a las oficinas centrales de la Zona del Canal de Panamá. Se evitó específicamente cualquier referencia a la situación en Santiago, ya que cualquier estimación sólo podría haber sido conjetura".[1]

Mientras el agregado naval estadounidense anunciaba y celebraba la llegada de "nuestro día D", la periodista Verónica Ahumada –en La Moneda desde las siete de la mañana– ya preparaba el informe de prensa para el Presidente. Sólo usando letras mayúsculas y a doble espacio. Así le gustaba a él. Junto al montón de diarios opositores y oficialistas, estaba la pauta de las actividades presidenciales previstas para ese día. A las once horas, solemne discurso del Presidente. "Yo sabía que ésa era la actividad más importante del día, que mi tarea principal era concentrar la atención periodística en las palabras del Presidente, ya que convocaría a un plebiscito", recuerda Verónica Ahumada.[2]

Estaba escribiendo en la máquina cuando el mozo que le servía el primer café irrumpió en la sala: "Señorita

Verónica, ¡están llegando unos tanques!". Desde una ventana del ala norte, observó las tanquetas policiales. Tomó el citófono y se comunicó con la casa del Presidente. No, no estaba allí, el Presidente acababa de partir, le dijeron.

En apenas doce minutos, a toda velocidad y usando la avenida Kennedy para luego enfilar por Bellavista, el automóvil oficial llegó a La Moneda. "¡Por la entrada principal!", ordenó el Presidente desechando su puerta más habitual de calle Morandé 80.

El reloj marcaba las 7.30 de la mañana. Quizás escogió la puerta central para dar una señal a los pocos y curiosos transeúntes que detuvieron su andar para observar su ingreso al Palacio, custodiado por tanquetas de Carabineros. Quizás imaginó que alguien informaría a los conspiradores y era importante que supieran que el Presidente ingresaba con solemnidad a La Moneda. O quizás intuyó que ésa sería la última vez...

"Lo vi cuando comenzó a subir por la escalera principal, la de mármol. Nos saludamos y me dijo: '¿Qué hace aquí? Hoy no va a ser como el 29 de junio, éste es un día muy especial'. Yo le argumenté que había llegado muy temprano y que mi deber era estar ahí", recuerda la periodista Verónica Ahumada.

Una vez en su despacho, rodeado de sus asesores Garcés y Olivares, el Presidente vio entrar apresurado al director general de Carabineros, general Sepúlveda. Iba poniéndose la pistola al cinto, señal inequívoca de la gravedad de los hechos. Le informó en pocas palabras acerca de las acciones que había ordenado para defender al gobierno constitucional.

–Presidente, no conviene que los trabajadores estén concentrados en sus puestos de trabajo, en puntos fijos. ¿Llamo a Figueroa? –propuso el asesor Garcés, refiriéndose al presidente de la Central Única de Trabajadores (CUT).

–Sí, llámelo –respondió Allende.

Figueroa fue ubicado en su casa. Y se escuchó decir al Presidente en el teléfono:

–Se ha sublevado la Marina... la situación está confusa... movilidad, movilidad... ¿Dónde va a estar usted? Deme el número de teléfono.

Tres de los teléfonos del gabinete presidencial estaban en conexión con las radios Corporación, Magallanes y Portales. A las 7.55 de la mañana, el Presidente tomó el auricular de Corporación y pidió salida al aire.

Habla el Presidente de la República desde el Palacio de La Moneda. Informaciones confirmadas señalan que un sector de la marinería habría aislado Valparaíso y que la ciudad estaría ocupada, lo cual significa un levantamiento en contra del gobierno, del gobierno legítimamente constituido, del gobierno que está amparado por la ley y la voluntad del ciudadano.

En estas circunstancias, llamo sobre todo a los trabajadores. Que ocupen sus puestos de trabajo, que concurran a sus fábricas, que mantengan calma y serenidad. Hasta este momento, en Santiago no se ha producido ningún movimiento extraordinario de tropas y, según me ha informado el jefe de la guarnición, Santiago estaría acuartelado y normal. En todo caso, yo estoy aquí, en el Palacio de Gobierno, y me quedaré aquí defendiendo al gobierno que represento por la voluntad del pueblo.

Ésa fue la primera petición a los ciudadanos: quedarse en estado de alerta en sus puestos de trabajo. La hizo creyendo que el Ejército estaba de su parte y sofocaría la rebelión de la Armada. La hizo pensando que el único foco de insurrección estaba en Valparaíso. Nada sabía del puesto de mando golpista ubicado en el Comando de Peñalolén, en el faldeo cordillerano, a unos mil metros de altura, desde donde se dominaba con la vista todo Santiago. Allí ya estaba el general Pinochet moviendo sus piezas sobre el tablero de guerra.

–¿Qué pasa con los comandantes en jefe? Nadie responde las llamadas –preguntó de nuevo el Presidente.

No había respuesta aún. No podía imaginar que los jefes del Ejército y de la Fuerza Aérea estaban en la conjura. Y no supo que el jefe de la Armada, almirante Montero, estaba prisionero en su propia casa. Le cortaron los teléfonos y pusieron candados en las puertas.

–¿Dónde está el ministro de Defensa? Ya debería estar en su despacho. Usted, vaya al Ministerio y averigüe qué pasa –ordenó a un miembro de su escolta.

El Presidente no tenía cómo saber que su ministro de Defensa estaba ya arrestado. El propio ayudante militar había encañonado a Letelier apenas llegó al ministerio. Fue el subsecretario de Guerra quien, minutos después, dio la primera pista:

–Vengo del Ministerio de Defensa. Quise entrar y no me dejaron. Está tomado por el Ejército –informó el coronel Valenzuela.

Fue la primera noticia. ¿El Ejército involucrado en el golpe? ¿O se trataba de un malentendido? El Presidente decidió hablar nuevamente por radio. No pudo hacerlo por Corporación –no sabía que la antena acababa de ser bombardeada por un avión– y tomó el auricular que lo comunicaba con Magallanes.

Lo que deseo, esencialmente, es que los trabajadores estén atentos, vigilantes y que eviten provocaciones. Como primera etapa, tenemos que ver la respuesta, que espero sea positiva, de los soldados de la patria, que han jurado defender el régimen establecido que es expresión de la voluntad ciudadana, y que cumplirán con la doctrina que prestigió a Chile y le prestigia por el profesionalismo de las Fuerzas Armadas. En estas circunstancias, tengo la certeza de que los soldados sabrán cumplir con su obligación. De todas maneras, el pueblo y los trabajadores, fundamentalmente, deben estar movilizados activamente, pero en sus sitios de trabajo, escuchando el llamado que pueda hacerles y las instrucciones que les dé el compañero Presidente de la República.

Ahí estaba. "Espero que sea positiva", dijo, la respuesta del Ejército, de los soldados de la patria. Una forma de anunciar a la ciudadanía que la situación amenazaba con ser peor. Y una forma de apelar al ánimo constitucionalista y profesional de los soldados, cualidades que el mismo Presidente había voceado a los cuatro vientos durante tres años.

Aún hablaba por radio cuando llegó el llamado del edecán aéreo, comandante Sánchez. Urgente, sólo podía dar el mensaje al Presidente en persona.

Cuando Allende tomó el teléfono, se le oyó decir:

–Sí... escucho... dígale al general Van Schowen que el Presidente de Chile no arranca en un avión. Que él sepa comportarse como un soldado, que yo sabré cumplir como Presidente de la República... y usted, ¿qué hace ahí?... fue a informarme. Bien, véngase de inmediato a La Moneda.

El comandante Sánchez dice que le habló desde la casa presidencial. Leal al Presidente, no pudo creer lo que le ordenó el secretario del comandante en jefe de la Fuerza Aérea:

–Tienes que ofrecerle al Presidente un avión para donde él quiera irse con su familia. En Cerrillos hay un DC-6 esperando. Y tú tienes que acompañarlo. Decide tú cómo se lo dices. Si quieres, hazlo por teléfono.

–Prefiero decírselo de frente –respondió el comandante Sánchez.

Sintió que le temblaban las rodillas y su corazón latía como queriendo salir del pecho. No podía creer que fuera cierto lo que había escuchado. Así lo confesó un cuarto de siglo después.[3] Decidió confirmar la orden con el general Van Schowen, su amigo. "Cumpla la orden, comandante", dijo el general secamente. "A su orden", se cuadró Sánchez. Bajó del edificio del Ministerio de Defensa como un autómata, miró el reloj, pensó que el Presidente estaría en su

casa y enfiló su viejo Chevrolet hacia el oriente de la capital. Hasta hizo una parada en su propia casa, donde echó un poco de ropa en un maletín. "Tú tienes que acompañarlo", le habían dicho. Llegó a la casa presidencial de Tomás Moro y desde ahí, asegura, llamó al Presidente.

Allende colgó el auricular bruscamente. ¿Qué se habrán imaginado, creer que voy a salir arrancando del país? Así que la Fuerza Aérea está con la Armada en esta intentona golpista. ¿Y el Ejército, qué pasa con el Ejército? No había respuesta aún, pese a que el silencio era decidor.

Ya eran las 8.20 de la mañana. El general director de Carabineros llamó al prefecto-jefe de Santiago. En el gabinete presidencial se hizo un silencio mientras el general Sepúlveda iba alzando la voz: "¿Qué información tiene?... ¡Cómo que vamos a ver!... ¡Carabineros ha estado siempre y está con el gobierno!... ¡Estamos en la parada hasta el final, pase lo que pase!... y el director general de Carabineros, ¡soy yo!...".

Sin comentarios. En el silencio de la sala –donde ya había algunos ministros y dirigentes políticos– debió dibujarse una pregunta-respuesta: ¿¡También los carabineros!? Una marcha militar se coló en el aire. Era la transmisión de una radio derechista que el asesor Garcés había sintonizado en una sala contigua.

–Presidente, llama Ramón Huidobro, desde Buenos Aires.

–¡Aló!... Se ha sublevado la Marina, Ramón, y unos cuantos generales traidores. Pero voy a pelear hasta la muerte. Dele un beso a Panchita y a usted, mi abrazo como siempre –dijo brevemente Allende a su embajador en Argentina.

Dicen que el Presidente, luego de cortar, miró a su ministro de Educación y le comentó: "Si yo tengo cinco amigos de verdad, éste es uno de ellos".[4] Tomó después el teléfono y llamó a doña Tencha: "Me contó lo que pasaba, pero tratando siempre de darme tranquilidad. Me dijo que me quedara en Tomás Moro, que llamara a nuestras hijas para que se fueran con los nietos a estar conmigo. Y en esto se

equivocó, porque Tomás Moro también fue bombardeado esa mañana".[5]

8.42 de la mañana. Se escuchó por radio el primer bando militar. Desde el quinto piso del Ministerio de Defensa, la voz del comandante Roberto Guillard salió disparada de norte a sur, de este a oeste, para quedar grabada para siempre en la memoria de una generación de asustados chilenos. "Teniendo presente la gravísima crisis social y moral por la que atraviesa el país", comenzó diciendo para seguir enumerando razones hasta llegar al punto clave: "¡El señor Presidente de la República debe proceder a la inmediata entrega de su alto cargo a las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile!". Al final, las amenazas: cierre inmediato de las transmisiones de radios y canales de televisión izquierdistas, de no acatarse "recibirán castigo aéreo y terrestre", y orden a los ciudadanos de quedarse encerrados en sus casas "a fin de evitar víctimas inocentes".

Relata el asesor Garcés que el Presidente no oyó ese primer bando militar. Que él debió resumírselo momentos después. Lo peor vino cuando le contó quiénes lo firmaban. El general Pinochet por el Ejército. El general Leigh por la Fuerza Aérea. Los comandantes en jefe. Por la Marina, en cambio, firmaba el almirante Merino. Y por Carabineros, el general Mendoza. Se autodenominaban jefes.

El Presidente nada dijo. Caminó hasta el teléfono y pidió salida al aire. Tercer mensaje al país, respondiendo directamente a la proclama golpista que exigía su renuncia:

> *No lo haré. Notifico ante el país la actitud increíble de soldados que faltan a su palabra y a su compromiso. Hago presente mi decisión irrevocable de seguir defendiendo a Chile en su prestigio, en su tradición, en su forma jurídica, en su Constitución.*

Sólo cuando terminó de hablar por radio, miró por un segundo a su único testigo, el joven asesor Joan Garcés.

De pie frente al escritorio, con los dedos de una mano tamborileando sobre la cubierta, la mirada perdida en la distancia. A media voz, repitió: "Tres traidores, tres traidores...".

Se refería a los generales Pinochet, Leigh y Mendoza. Del almirante Merino no esperaba lealtad.

Ya el reloj marcaba las 8.45 de la mañana.

Dicen que el Presidente abrió un ventanal del ala norte y se asomó. Que se escucharon gritos de aliento y aplausos. Que él respondió levantando la mano. Y cerró la ventana al tiempo que ordenó la presencia del director general de Carabineros.

–General, ¿por qué se están moviendo las tropas, los buses y las tanquetas que están alrededor de La Moneda?

–No lo sé, Presidente. Voy a informarme...

El general Sepúlveda, en pocos minutos, confirmó que ya no tenía el mando en Carabineros.

–Presidente, sólo cuento con las fuerzas de la dirección general...

–¿Cuántos son?

–Cincuenta, más los oficiales.

–Ordene que vengan a La Moneda.

La orden no pudo cumplirse. La guardia policial que custodiaba La Moneda se transformó en fuerza de sitio. La hija del Presidente, Beatriz, tuvo que derribar con su automóvil una barrera policial para poder reunirse con su padre. Y la Payita fue impotente testigo –a pesar de sus ruegos y gritos– de cómo apresaban a su hijo Enrique y a otros diez miembros del GAP que ella misma había traído desde Tomás Moro para reforzar la defensa del Presidente. Intuyendo el peligro máximo –efectivamente fueron todos asesinados–, la Payita clamó ayuda a su amado Salvador, apenas logró llegar hasta él. Ninguna gestión surtió efecto y el Presidente buscó calmarla encargándole tareas urgentes, en un momento crucial donde lealtades y traiciones se conjugaban como verbos de vida y de muerte.

Ingresó al despacho presidencial el ex ministro Aníbal Palma. Había logrado sortear la barrera policial.

–Presidente, lo escuché en la radio diciendo que cada trabajador debe estar en su puesto de trabajo. Y como yo estoy desempleado, vine a pedirle un puesto de trabajo aquí, a su lado...

–Aníbal, yo sabía que usted iba a estar conmigo –respondió Allende al tiempo que lo rodeaba con su abrazo.

Ahí estaba también su ministro de Educación, Edgardo Henríquez, contándole que más de trescientos funcionarias habían llegado a trabajar esa mañana, a pocos metros del Palacio:

–Dicen que quieren quedarse para demostrarle lealtad, Presidente.

–Vaya con ellas, don Edgardo. Dígales a esas compañeras que se retiren, que les agradezco mucho su gesto, pero que no deben exponerse...

Cuentan que, al cruzar el palacio para volver a su ministerio, don Edgardo se topó con el periodista Augusto Olivares. Estaba en cuclillas, tratando de armar una metralleta en el piso. "¡Hombre!... estamos mal... cuando un periodista está armando una metralleta es señal de que no hay quién lo defienda", le dijo el gran educador.

También Isabel Allende logró cruzar el cerco policial: "En el rostro de mi padre advertí una mezcla de sorpresa e incredulidad cuando me vio. Y percibí también su íntima satisfacción por tener cerca a sus dos hijas". Debió tener fuertes sentimientos encontrados el Presidente. Tan fuerte debió ser su necesidad de tener a Beatriz e Isabel a su lado como su necesidad de saberlas lejos y a salvo. "Sí, debo reconocer que nuestra presencia lo perturbaba profundamente", dijo Isabel.[6]

Y para seguir con las perturbaciones, entró a su despacho el enviado del Partido Socialista, Hernán del Canto. "En el minuto escaso que Allende le concedió, confluían tres años de interrelación entre la dirección del PS y el Pre-

sidente de la República", comentó el asesor Joan Garcés años más tarde.

–Presidente, vengo de parte de la dirección del partido a preguntarle qué hacemos, dónde quiere que estemos...

Allende debió mirarlo fijamente, en silencio, por unos segundos, preparando así el escenario para que la seca respuesta no dejara margen de duda:

–Yo sé cuál es mi lugar y sé lo que tengo que hacer. Nunca antes me han pedido mi opinión. ¿Por qué me la piden ahora? Ustedes, que tanto han alardeado, deben saber lo que tienen que hacer. Yo he sabido desde un comienzo cuál era mi deber.

No hubo otros partidos de la Unidad Popular –con un enviado al menos– presentes en La Moneda esa mañana.

El lúgubre sonido de los aviones de guerra y el rotor de las hélices de los helicópteros, en vuelos casi a ras de tierra, ya anunciaban el comienzo del fin. El Presidente volvió a tomar el auricular que hacía las veces de micrófono radial. Cuarto mensaje.

Pagaré con mi vida la defensa de principios que son caros en este país. Caerá un baldón sobre aquellos que han vulnerado sus compromisos, faltando a su palabra, roto la doctrina de las Fuerzas Armadas.

En estos momentos, pasan los aviones. Es posible que nos acribillen. Pero que sepan que aquí estamos, por lo menos con nuestro ejemplo. ¡Que en este país hay hombres que saben cumplir con la obligación que tienen! Yo lo haré por mandato del pueblo y por voluntad consciente de un Presidente que tiene la dignidad del cargo.

En nombre de los más sagrados intereses del pueblo, en nombre de la patria, los llamo a ustedes para decirles que tengan fe. La historia no se detiene ni con la represión ni con el crimen. Ésta es una etapa que será superada. Éste es un momento duro y difícil. Es posible que nos aplasten. Pero

el mañana será del pueblo, será de los trabajadores. La humanidad avanza para la conquista de una vida mejor.

"Aquí hay hombres que saben cumplir con la obligación que tienen." Hombres entre los que estaba el inspector Juan Seoane, jefe de la sección Presidencia de la República de la policía de Investigaciones. La policía civil de Chile. Seoane y diecisiete de sus hombres llegaron esa mañana a La Moneda. Sólo faltaron cuatro. Y el director de Investigaciones fue claro en la orden que impartió a este inspector: "¡Usted se queda ahí con el Presidente y lo defiende!". Seoane y sus hombres cumplieron la orden.

"No lo dudé ni por un segundo. Ahí estaba el gobierno legalmente constituido que habíamos jurado defender. Lo mismo habíamos hecho casi tres meses antes, para el 'tanquetazo', y ese día nos felicitaron", recordó después Seoane. No podía imaginar que él y sus hombres recibirían duro castigo como prisioneros en el regimiento Tacna y sobrevivirían casi por milagro.[7]

Uno de los detectives que se quedaron en La Moneda atendió el teléfono que sonaba con insistencia en una sala contigua al despacho presidencial.

–Habla el almirante Carvajal, ¡comuníqueme con el Presidente!

El detective Quintín Romero fue a buscarlo y lo condujo hasta el auricular descolgado. Todos, alrededor, guardaron silencio.

–Aquí habla el Presidente...

Tras unos momentos, la voz de Allende salió como un chasquido de látigo.

–¡Pero ustedes qué se han creído, traidores de mierda!... ¡Métanse su avión por el culo!... ¡Usted está hablando con el Presidente de la República!... ¡Y el Presidente elegido por el pueblo no se rinde!

Fue la primera vez que perdió la compostura. Dicen que colgó el auricular con tal fuerza que rebotó en el telé-

fono. Levantó la mirada, ubicó al detective entre el grupo y le dijo:

–No vuelvo a recibir llamados de este tipo. No me los pasen.

Salió de la sala con la cabeza erguida, los hombros firmes y el gesto tan severo como sereno. Y así lo vio su edecán aéreo cuando bajaba por la escalera de mármol, rodeado por su guardia personal.

–Comandante Sánchez –escuchó decir a modo de saludo.

–Presidente, si a usted le parece, ¿podríamos hablar un momento con usted?

–Luego, comandante, luego. Espere, por favor, en la sala de edecanes...

Símbolo del respaldo y sometimiento de las Fuerzas Armadas al gobernante, los edecanes siempre estuvieron a su espalda en los actos oficiales. Pero ese día y a esa hora, ¿qué hacían en La Moneda? Parecían tan fuera de lugar, mientras en la radio se repetía una y otra vez el bando militar número uno.

No pasó mucho rato hasta que sonó el citófono en la sala de edecanes. El Presidente los esperaba en su despacho. Al edecán militar Badiola, al edecán naval Grez y al edecán aéreo Sánchez.

–Los escucho –dijo el Presidente en tono grave, tras acomodar el fúsil Aka junto a su sillón.

Habló el edecán Sánchez.

–Presidente, debo transmitirle nuevamente el mensaje de mi institución. La Fuerza Aérea dispuso un DC-6 para que usted ordene adónde ir. Obviamente el viaje incluye a su familia... y a la gente que usted quiera llevar.

Habló el edecán Grez.

–Presidente, si usted examina la situación tendrá que estar de acuerdo en que es inútil combatir contra aviones, tanques y cañones. No tiene sentido, Presidente...

La palabra golpe fue reemplazada por el eufemismo "la situación".

Habló el edecán Badiola.

–Presidente, creo que es importante que, en esto, usted considere que las Fuerzas Armadas están unidas. Es una acción conjunta. Y, visto así, usted comprenderá que es inútil todo intento de oponer resistencia.

La palabra golpe era "en esto", "acción conjunta".

Dicen que el coronel Badiola bajó la vista, que no pudo resistir la penetrante e imperturbable mirada del Presidente.

Habló el edecán Sánchez.

–Hay otro dato que acabo de saber, Presidente. Se está hablando de bombardear La Moneda...

El tono sumiso de las voces de los edecanes contrastaba con el brutal contenido de sus palabras. Como si el tono pudiera anestesiar la realidad, enmascararla.

Habló el Presidente. Lo hizo mirándolos de frente, en tono solemne y con la claridad de la que ellos carecían.

–No, señores, no me voy a rendir. Así es que digan a sus comandantes en jefe que no me iré de aquí, que no me voy a entregar. Ésa es mi respuesta. No me van a sacar vivo de aquí, aunque bombardeen La Moneda...

Tras un segundo de silencio, al tiempo que tomaba el fusil, agregó:

–Y, miren, el último tiro... me lo dispararé aquí.

Apuntó al paladar de su boca abierta.

Los edecanes se lo quedaron mirando con una mezcla de sorpresa y temor. Rompió el espeso silencio el edecán Sánchez:

–Presidente... no... no puede ser...

El Presidente levantó la mano imponiendo silencio. Y se escuchó la débil voz del edecán militar Badiola diciendo:

–¿Cuál es nuestro destino ahora, Presidente?

¡Qué locura! Tras escuchar al Presidente anunciar su muerte, el edecán militar balbuceaba una pregunta acerca de su siguiente destinación, como si el Presidente pudiera decidir sobre su futuro militar. ¿O pensó el coronel Badiola

que lo iban a arrestar en La Moneda, que podría ser usado como rehén?

–Salgan de aquí porque aquí no puedo garantizarles su seguridad. Vuelvan a sus instituciones. ¡Es una orden! –dijo el Presidente.

Los cuatro hombres se pusieron de pie. El Presidente estiró su mano y fue estrechando las de ellos una por una. El edecán Sánchez dice que a él le dio un abrazo. Luego los acompañó a la antesala y ordenó que la guardia los dejara salir del Palacio.

Acto seguido, el Presidente pidió un informe acerca de las radios amigas que aún estaban transmitiendo. Las antenas de Corporación y Portales ya habían sido bombardeadas. Magallanes y Sargento Candelaria estaban ya sufriendo interferencias, le dijeron.

9.15 de la mañana. Se acomodó en su sillón, tomó el teléfono que conectaba con la Radio Magallanes, carraspeó para aclarar la voz. Quinto mensaje.

Me dirijo a los profesionales de la patria, a los profesionales patriotas, a los que hace días estuvieron trabajando contra la sedición auspiciada por los colegios profesionales, colegios de clase para defender también las ventajas que una sociedad capitalista da a unos pocos.

Me dirijo a la juventud, a aquellos que cantaron, entregaron su alegría y su espíritu de lucha. Me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, a aquellos que serán perseguidos... porque en nuestro país el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente, en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando la línea férrea, destruyendo los oleoductos y los gasoductos, frente al silencio de los que tenían la obligación de proceder: estaban comprometidos. La historia los juzgará.

Seguramente Radio Magallanes será acallada y el metal tranquilo de mi voz no llegará a ustedes. No importa. Lo seguirán oyendo. Siempre estaré junto a ustedes. Por lo menos, mi recuerdo será el de un hombre digno que fue leal a la lealtad de los trabajadores.

El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse.

Trabajadores de mi patria, tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigan ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor.

¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores! Éstas son mis últimas palabras y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano. Tengo la certeza de que, por lo menos, será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.

Un silencio espeso y largo quedó flotando en la sala cuando el Presidente terminó de hablar. Sus últimas palabras. Todos allí sabían de qué se trataba, todos se negaban a aceptarlo. Menos él.

–Yo estaba sentado frente a él. Y mientras lo escuchaba, sentí que se me apretaba la garganta y pensaba "qué grande es, qué gran hombre es". Sentí una admiración tan grande que tuve ganas de llorar. El Presidente se despedía, con una entereza y con una consecuencia impresionantes. Ante nuestros ojos se transformaba en un héroe. Cuando terminó de hablar, nos levantamos todos y se hizo un silencio espeso y largo. Salimos de su despacho todos con él –recuerda el doctor Arturo Jirón.[8]

"Era como si hubiera estado preparado para vivir ese momento. Estaba más entero que nadie, manejaba completamente la situación. Seguía siendo el Presidente de la República," relató el inspector Juan Seoane.

"Su voz era pausada y firme, sus palabras tan precisas y proféticas, que esa despedida no parece el postrer aliento

de un hombre que va a morir, sino el saludo digno de quien entra para siempre en la Historia. Se cumplía su destino", dijo su sobrina Isabel Allende, la escritora, quien lo escuchó por la radio.

Un bando militar –en la cadena radial derechista– exigió rendición inmediata y anunció el bombardeo de La Moneda para las once de la mañana. Faltaba más de una hora. El Presidente decidió entonces que sólo debían quedarse en Palacio los que así lo decidieran. Nadie adentro por orden superior. Llamó a su presencia a los dos generales de Carabineros –Sepúlveda y Urrutia– para dejar en libertad de acción a la guardia presidencial. Todos los policías salieron del amenazado Palacio de Gobierno. ¿Y los detectives? El Presidente hizo llamar al inspector Seoane.

"Estaba en el salón Toesca, sentado sobre una mesa grande. Me dijo que yo y mi gente estábamos liberados y que podíamos retirarnos. Insistió en que debía informar a mis hombres que estaban liberados. Cuando le dije que yo me quedaría, respondió algo así como que sabía que ésa sería mi decisión. No fue nada grandilocuente", recordó Seoane.[9]

Sólo le quedaban dieciséis detectives. Uno ya había desertado. "Transmití el mensaje a toda la dotación y todos decidieron quedarse. Todo fue muy simple, sin grandes palabras ni melodramas. Estábamos cumpliendo con nuestro deber."

–Me quedé porque era mi obligación. Juré defender la ley hasta dar la vida si era necesario. ¿Con qué cara me habría presentado frente a mis hijos si no lo hacía? –explicó años después el detective David Garrido.

–No, no éramos héroes. Tampoco queríamos inmolarnos por un ideal político. Éramos servidores públicos con mucho miedo, pero con la claridad suficiente para entender que, si abandonábamos nuestros puestos, éramos un fraude como policías –confiesa el inspector Seoane.

Vieron salir a los carabineros y ellos se quedaron. Debieron sacar cuentas del escaso armamento, aun sumando el de los hombres del GAP..., y se quedaron. Su gesto contrastó con el de su jefe máximo, Alfredo Joignant, un militante socialista que había sido designado por el Presidente como director de Investigaciones. El asesor Garcés dice que entonces el Presidente perdió la serenidad por unos instantes.[10] Recibió el llamado de Joignant, anunciándole que había entregado el mando de Investigaciones a un subalterno, un prefecto.

–¡¿Qué?!... ¿Que hizo qué?– tronó la voz del Presidente para seguir luego con una retahíla de improperios.

"Aunque reducida, unos seiscientos hombres equipados con metralletas, la policía civil era el único cuerpo armado del Estado que tenía a su frente a un militante de un partido obrero. Que fuera precisamente en aquellos momentos, en la hora de combatir, cuando el único militante de la UP con mando de un servicio armado profesional resolviera, por sí y ante sí, abandonar el puesto que le había confiado el Presidente de la República, resultó intolerable para Allende", comentó Garcés.

A esa hora, entre las campanillas de los teléfonos y el amenazante ruido de aviones y helicópteros, había que alzar la voz para hacerse escuchar. El Presidente tomó un teléfono y debió cubrir con la mano su otra oreja para oír lo que le decían.

–¡En dos minutos más seremos atacados! –comunicó a los que estaban en esa sala.

Tomó su fusil, se puso el casco y salió dando órdenes en alta voz. ¡A organizar la defensa del Palacio! Se escucharon los primeros disparos desde el exterior. A las balas de las metralletas se fueron sumando los gruesos proyectiles de los tanques. Saltaban las astillas de muebles, lámparas, ventanales, cuadros. Caían los cascotes de las acribilladas paredes. De ahí en adelante, los relatos sobre lo que ocurrió en La Moneda son pequeños retazos que van conformando la mortaja del Presidente.

Guarecerse en oficinas y patios interiores fue la orden para todas las mujeres y para los hombres que no sabían disparar. Los gruesos muros del Palacio aseguraban refugio.

"Me pasaron una metralleta. Y recuerdo que me la quedé mirando, sin entender qué podía yo hacer con esa cosa. Pesaba muchísimo y yo no tenía la menor idea de cómo hacerla funcionar. Así es que la dejé en el suelo", dice el ex ministro de Salud, doctor Arturo Jirón.

El Presidente sí sabía disparar –practicó tiro desde su juventud– y logró escaparse del lado de la Payita, sombra protectora que lo seguía en su recorrido por el Palacio. ¿Dónde está, quién lo ha visto? Las respuestas la condujeron a la oficina junto al despacho presidencial. Y lo vio tendido en el piso, disparando. No hubo gritos ni ruegos que lo hicieran desistir.

"Ahí llegó la Paya a pedirme que la ayudara. Y me deslicé gateando por la pieza hasta alcanzar sus tobillos y empecé a jalarlo hacia atrás. Él se resistió, gritó un par de garabatos y al ver que era yo quien lo tomaba, dijo: 'Ah, eres tú, Jironcito'. Y aceptó salir de esa oficina cuando le dije que necesitábamos hablar con él, que era urgente", rememora el doctor Jirón.

En otra sala, desde donde disparaba un grupo de detectives, la gran bala de un tanque entró por la ventana. Cayeron brasas y comenzaron a quemarse las alfombras.

–Gateando llegamos hasta donde se iniciaba el fuego y lo apagamos con cojines. En ese momento comenzó a sonar un teléfono. Nadie lo atendía, ya que estábamos todos parapetados. Al final, de punta y codo, alcancé el aparato y lo levanté. "Habla Tencha, ¿con quién hablo?". Me identifiqué y la señora del Presidente me pidió que la comunicara con su esposo. Le expliqué que era imposible, que nos disparaban. "¿Dónde está Salvador?", preguntó. Y luego de explicarle la situación, en pocas palabras, claro, ella terminó diciendo: "Yo voy a salir de Tomás Moro. Comuníqueselo, por favor y... cuídenmelo mucho". No pude darle el recado al Presidente, ya que poco después quedé aislado –relata el detective Quintín Romero.

Bajo el nutrido fuego de las armas y tanques comandados por el general Palacios, La Moneda siguió resistiendo.

Sabemos que el Presidente usó mucha energía para salvar a sus hijas, a sus amigos y colaboradores. En un momento, logró reunir a varios en el Salón Toesca. E hilvanó otro discurso, buscando argumentos convincentes que permitieran romper la lealtad que anclaba a esos hombres y mujeres junto a él. El doctor Víctor Oñate recuerda:

–Era evidente la enorme angustia que todos sentíamos. El único que estaba tranquilo era el Presidente. Me sobrecogió comprobar el dominio de la situación que él tenía, cuando nos reunió a todos en el Salón Toesca y nos habló con una tranquilidad que nos dejó pasmados. Nos dijo: "Compañeros, aquí hay que luchar. El que no sabe disparar un arma, no tiene sentido que se quede aquí. Hay una oportunidad para que puedan irse los que quieran hacerlo. Y que les quede claro que irse no es una traición. Deben irse los que nada tengan que hacer aquí.

Al final: "Los únicos que tienen la obligación de quedarse son los miembros de mi escolta personal. ¿Está claro? No quiero mártires. Escuchen bien, ¡no-quie-ro-már-ti-res! Pediré una tregua y saldrán". El joven Osvaldo Puccio, hijo de su secretario personal, recuerda otra frase: "El que tenga un campo por sembrar, el que tenga un hijo por nacer, ¡que se vaya!".[11]

Nadie quiso salir de La Moneda.

Decidió entonces actuar sobre las mujeres. Ellas sí debían partir. La más dura de convencer fue la doctora Beatriz Allende, su adorada hija Tati, pese a los casi ocho meses de embarazo. El Presidente pidió ayuda al doctor Jirón: "La Tati era una mujer de firmes convicciones y adoraba a su padre. Quería quedarse junto a él, sin medir los riesgos para ella y su embarazo. Estaba tranquila. Diría más bien que estaba tran-

quila-desesperada, sabía que la situación era gravísima, que se corría riesgo de muerte y, a la vez, estaba serena".

El doctor Jirón recordó haber usado muchos argumentos con su joven colega, incluyendo frases como "aquí vas a ser más una molestia que una ayuda" o "tu padre necesita que te vayas". Hasta que Beatriz aceptó. Se pudo pactar un alto al fuego para la salida de las mujeres que estaban en La Moneda. Las dos hijas de Allende, las tres periodistas (Verónica Ahumada, Frida Modak y Cecilia Tormo), la enfermera Carmen Prieto y Nancy Jullian, esposa del presidente del Banco Central, además de una muchacha del GAP cuyo nombre no quedó registrado.

La enfermera Carmen Prieto recuerda: "Al momento de salir, estábamos muy quebradas. Era una mezcla de extrema angustia y profunda decepción por lo que estaba sucediendo, por la traición de los militares. Y, por otro lado, sabíamos que nuestra salida ayudaba al Presidente, porque su mayor preocupación era salvar con vida a todos los que esa mañana decidimos estar junto a él".

Pero dos mujeres resistieron la orden-petición del Presidente, se escondieron en el Palacio y no hubo cómo sumarlas al grupo en los tensos momentos en que la puerta de Morandé 80 se abrió, tras comprobar que la balacera se había silenciado. De una de ellas sólo hay un nombre de pila y su oficio: Marcia, una secretaria. La segunda fue, obviamente, la Payita.

También logró el Presidente sacar del Palacio al joven abogado español Joan Garcés. Por ser extranjero, corría doble peligro. Los vieron conversar en el Patio de Invierno. "Me ordenó partir. Ante mi gesto de sorpresa, argumentó tres razones".

–...y por último, alguien tiene que contar lo que aquí ha pasado. Y sólo usted puede hacerlo –le dijo Allende.

Hubo también otro intento de los golpistas para que el Presidente se rindiera.

–Presidente, el coronel Badiola al teléfono...

Allende escuchó y luego respondió en tono golpeado a su edecán militar.

–Mire, ¡el Presidente de la República atiende y recibe en La Moneda!... ¿le quedó claro?... Transmita mi mensaje tal cual. Si quieren hablar conmigo, ¡qué vengan acá!

Consta también del intento de sus ministros para hacerlo desistir y salvarle la vida. Los ministros Almeyda (Relaciones Exteriores), Briones (Interior), Jaime Tohá (Agricultura), Flores (Secretaría General de Gobierno) y José Tohá (ex de Interior y Defensa). Le pidieron una reunión a puertas cerradas. No alcanzaron a desplegar muchos argumentos cuando el Presidente los hizo callar con un amable gesto. Les agradeció su lealtad. ¡Qué mejor prueba de lealtad que estar allí, junto a él, cuando balas y cañonazos eran riesgo cierto de muerte! Salgan, salgan ustedes y reúnanse con sus familias. El Presidente de Chile no se entrega ni se rinde. ¡No se hable más! Es su última palabra. Los ministros decidieron quedarse.

11.52 de la mañana. Cayó la primera bomba sobre La Moneda. Y otra y otra más. Una pesadilla de cascotes y polvo, fuego y astillas, humo y destrucción. El periodista Jorquera recuerda haber corrido escaleras abajo, tratando de mantener el equilibrio ya que el Palacio se remecía como en un fuerte terremoto. Y en un sótano encontró al Presidente, junto a otras personas. ¡Bummmm, bummmm! Seguían cayendo las bombas, anunciadas por el escalofriante silbido del rocket en su trayectoria diagonal.

–Nosotros no tenemos miedo, ¿verdad que no, negro? –le dijo el Presidente al tiempo que le daba un par de suaves palmadas de aliento.

–Miedo no, Presidente... ¡lo que tengo es susto, estoy cagado de susto! –respondió el periodista Carlos Jorquera, con su acostumbrado modo de hablar medio en serio y medio en broma.

Otro grupo de civiles vivió el bombardeo en un pasillo interior del segundo piso: "Cuando empezaron a caer las

bombas, por largo rato nos quedamos sin movernos, sentados en el suelo. ¿Esperando qué? No sé. Esperando la muerte. Esperando un milagro, no sé. Todo se remecía con los rockets. En un momento dado, entre una y otra bomba, el Presidente llegó y se sentó entre nosotros. El ruido era infernal", describe el doctor Jirón.[12]

Ahí lo tenemos durante el bombardeo. El Presidente fue incluso capaz de desplazarse dentro del Palacio, desde el sótano al segundo piso, para saber cómo estaba su gente. Lo hizo sabiendo que cada bomba lo buscaba a él como blanco principal. Lo cierto es que cada palabra, cada gesto registrado esa mañana lo muestran actuando a plena conciencia. Se ha escrito después que a ese aplomo ayudaron unos vasos de whisky. Pero la autopsia, hecha ese mismo día en el Hospital Militar, lo desmiente. Alcoholemia: 0,00 g. por mil.

¡Humo y fuego por doquier! El incendio del Palacio elevó al cielo su gruesa y negra columna de humo, anunciando la cruenta agonía de la democracia chilena. ¡Esto se va a quemar entero! ¡Va a ser una masacre! ¿Qué hacemos, Presidente? Allende sabía qué hacer. Con una seña invitó a seguirlo y se tendió bajo una gruesa mesa redonda.

"Si cierro los ojos, veo tendidos allí a Jaime Barrios, Arsenio Poupin, Osvaldo Puccio y otros. Todos tendidos junto al Presidente. Hay estallidos cerca, que hacen muy difícil escuchar lo que se habla. El aire está enrarecido por el humo. Creo que es entonces cuando se decide que Flores, Puccio y Vergara vayan al Ministerio de Defensa a parlamentar", recuerda el doctor Jirón.

Salvar con vida a su gente fue la última misión del Presidente. Y para ello puso a prueba su habilidad como negociador político. Primero, con la excusa de parlamentar, sacó del Palacio al ministro Flores, al subsecretario Vergara, a su secretario Puccio y al joven hijo de éste. Entremedio, vivió el duelo por la muerte del periodista Augusto Olivares, su amigo y asesor, director de prensa de Televisión Nacional.

Se disparó en la sien con una metralleta. Junto al cuerpo, el Presidente pidió un minuto de silencio. "Nunca se me olvidará su cara de angustia y tristeza al ver sin vida al amigo querido", dijo la Payita.

En medio del humo que ya impedía respirar, la muerte de Olivares creó el clima propicio para que todos creyeran las palabras del Presidente cuando anunció: "ya es hora de rendirse y salir". Nadie le preguntó si él lo haría. Lo dieron por subentendido. Necesitaban hacerlo. Hasta la Payita quiso creer que podía ser cierto.

13.20 horas aproximadamente. Tras pactar otro alto al fuego con el Ministerio de Defensa, se fue formando la larga fila en el pasillo del segundo piso, enfrentando la escalera que daba hacia la puerta de Morandé 80. Las pocas máscaras antigases se fueron pasando de mano en mano. Tratar de respirar, tratar de respirar. Las pocas armas ya estaban amontonadas en el suelo. Había que salir con las manos abiertas y en alto. Dicen que más de alguien le preguntó, mientras él revisaba la fila, ¿y usted, Presidente? Y el habría contestado "al final, al final".

Estaba tan claro en su quehacer que pidió a Eduardo Paredes que se adelantara en la fila para llevarle a la Payita un pergamino enrollado. "¡Cuidado, que es el Acta de la Independencia!". Anótese que él no quiso entregársela, evitando un último encuentro donde ella pudiera adivinar su decisión. Anótese también que él, sabiendo que vivía sus últimos minutos, destinó unos instantes para asegurar que los chilenos pudiéramos conservar esa reliquia patria que era el Acta de la Independencia. ¡Cómo iba a imaginar que un soldado la iba a romper en pedazos minutos después! Dos imágenes –el Presidente preocupado de salvar el Acta y el soldado destruyéndola– como para preguntarse quién era realmente el patriota, quién amaba a su país. La respuesta es obvia...

Se abrió la puerta de Morandé 80 y la fila de civiles indefensos comenzó a salir. Adelante, un palo de escoba portando el blanco delantal del doctor Guijón como bandera.

¡Manos arriba, a la pared, a la pared! Los gritos de los soldados se escuchaban hasta en el segundo piso. Al final de la hilera, los doctores Guijón y Jirón, el detective Garrido.

En medio de la confusión y los disparos, del humo y los gritos, nadie lo vio dar los pocos pasos que lo separaban del salón Independencia. Nadie lo vio sentarse en el sofá de terciopelo rojo y tomar la metralleta. El detective Garrido dice que lo escuchó gritar "¡Allende no se rinde!". El doctor Guijón dice que volteó la cabeza y vio que el cuerpo del Presidente se movía en un espasmo vertical. Nadie escuchó los disparos.

–El Presidente ha muerto...

La frase se fue repitiendo en trágica cascada escaleras abajo, mientras los prisioneros de La Moneda iniciaban un recorrido que llevaría a la mayor parte de ellos a la muerte.

–El Presidente ha muerto...

1. Sitrep N° 2, fechado el 1 de octubre de 1973, desclasificado el año 1999.
2. Verdugo, op. cit.
3. Verdugo, op. cit.
4. Ramón Huidobro, diplomático de carrera, embajador en Argentina en 1973, padrastro de la escritora Isabel Allende.
5. Entrevista de Otto Boye, revista *Análisis*, suplemento especial, septiembre de 1983.
6. Isabel Allende, "Recuerdos del 11 de septiembre de 1973", *El País*, España, septiembre de 1973.
7. Reportaje de Mónica González, M. Olivia Monckeberg y Patricia Verdugo, "Así murió Allende", revista *Análisis*, junio de 1987.
8. Verdugo, op. cit.
9. Reportaje de Mónica González, M. Olivia Monckeberg y Patricia Verdugo, "Así murió Allende", revista *Análisis*, junio de 1987.
10. Garcés, op. cit.
11. González, op. cit.
12. Verdugo, op. cit.

Epílogo

LA PORFIADA MEMORIA

EL GENERAL Javier Palacios, teniendo enfrente el cadáver del Presidente Allende, se comunicó por radio con el almirante Carvajal.

"Misión cumplida. La Moneda tomada. Presidente muerto", dice que dijo en tres lacónicas frases.

El almirante Carvajal usó el inglés como idioma para avisar por radio la noticia a los otros jefes del golpe.

"*They say that Allende comitted suicide and is dead now*", fue la frase que quedó registrada en la comunicación radial.

Quizás no fue casual y el almirante sabía que estaban a la escucha en la estación de la CIA, facilitando así la comunicación de tan importante noticia. Quizás...

Podemos dar por hecho que lo supieron Nixon y Kissinger antes que el resto de los chilenos. También supieron antes de los planes de la junta militar de gobierno. En un cable fechado el mismo 11 de septiembre, la estación-Santiago informó a la central de la CIA que:

> *–La presidencia de la Junta se rotará periódicamente entre los representantes de las Fuerzas Armadas.*
>
> *–El actual Congreso será cerrado.*
>
> *–La CUT será clausurada.*
>
> *–La ley de inamovilidad será abolida, la ley que impide el despido de empleados públicos también.*
>
> *–Se creará una nueva Constitución que será aprobada en un plebiscito.*
>
> *–La Junta seguirá el modelo brasileño.*

Y así ocurrió, salvo que el general Pinochet resultó ser más ambicioso y hábil de lo que previeron. No soltó la presidencia de la junta y no aceptó seguir el modelo brasileño de recambio de los comandantes en jefe.

No sabemos más acerca de lo qué hicieron los agentes de la CIA ese día del golpe militar, tanto la dotación permanente de la estación-Santiago como el destacamento especial de la llamada *task force*. Hay datos que indican que varios agentes estaban registrados como turistas en el Hotel Carrera, ubicado a pocos metros del Palacio de Gobierno. Y desde la terraza del último piso tuvieron un privilegiado puesto de observación. Incluso hay quien asegura haber visto allí al general Vernon Walters, comentando del retraso de los aviones para bombardear La Moneda. Lo que sí sabemos es que el golpe militar ocurrió tal como la CIA lo tenía previsto: primero entró en acción la Armada en Valparaíso, luego la Fuerza Aérea en Santiago y finalmente el Ejército.

Sabemos también que el jefe del US Milgroup (Grupo Militar de Estados Unidos) de la embajada en Chile, el capitán Ray Davis, volvió de Valparaíso a Santiago poco después de que se levantó el toque de queda. Y trajo en su automóvil a un joven periodista estadounidense, a quien había conocido en el hotel Miramar, cuartel general de facto de la US Navy durante los días previos al golpe. Allí lo había visto conversando animadamente con otros oficiales.

Casi dos horas de trayecto. Casi dos horas de conversación que le costaron la vida a Charles Horman, luego de que se informó a la Inteligencia del Ejército chileno que este compatriota "sabía demasiado".

El caso Horman fue relatado en un libro[1] y llevado al cine en la película *Missing*, del gran director Costa-Gavras, en 1982. Esto permitió a los estadounidenses atisbar la pesadilla chilena y la participación de la Casa Blanca. Porque lo cierto es que el pueblo de Estados Unidos y sus representantes en el Congreso poco y nada supieron del plan crimi-

nal de Nixon y Kissinger. Incluso fallaron los sistemas internos de control cuando la Casa Blanca se propuso "engañar a la burocracia".

Al crimen de Horman se sumaron los de Frank Teruggi (1973), Ronnie Moffitt (1976) y Boris Weisfeiler (desaparecido desde 1985), salpicando con sangre estadounidense el enorme charco formado por las víctimas chilenas. Fue un daño profundo e irreparable que Nixon y Kissinger provocaron no sólo para crear las condiciones que permitieran impulsar y justificar un golpe militar. Porque luego apoyaron a la junta militar y asesoraron su política de represión sobre los disidentes, incluyendo la Operación Cóndor que coordinó esa criminal represión en el cono sur de América Latina.

Pocas semanas después del golpe militar, se registra una reunión donde Henry Kissinger –ya en su rol de Secretario de Estado– volvió a comprometer su total apoyo a la junta militar chilena. En medio de una aguda crisis bélica en el Medio Oriente, se dio tiempo para tomar un helicóptero y aterrizar en la mansión de Donald Kendall, el presidente de la Pepsi-Cola. Allí lo esperaban el propietario de *El Mercurio*, Agustín Edwards, y el nuevo canciller chileno, almirante Ismael Huerta, junto a un par de altos asesores. Allí Kissinger entregó la señal inequívoca: adelante, recurran a todo lo que sea necesario usar para asegurar el triunfo, cuentan con nosotros.

En 1974, pocos días antes de ser asesinado, el exiliado general Carlos Prats supo de la intervención de la CIA en Chile. Leyó en la prensa argentina –no había internet en aquel tiempo– extractos de las noticias que se publicaron en *The Washington Post* y *The New York Times*. Y alcanzó a escribir unas líneas sobre el tema. Dijo que sus *Memorias* no tenían como objetivo "desmenuzar una intervención foránea en la política interna de Chile que con millones de dólares sobornó a políticos, financió la prensa opositora y subvencionó los conflictos patronales, porque como chileno siento

vergüenza ante todo acto de impudicia moral en el que aparezca un compatriota estirando la mano para recibir el oro de Washington o de Moscú. Pero que sirva lo ocurrido para que mis ex camaradas de armas aprendan la lección del siniestro juego de la baja política".

Siniestro sí, pero no juego. Porque no fueron juegos de guerra los que se vivieron en las parrillas de tortura del Estadio Nacional o de Villa Grimaldi. O en los paredones del campo de prisioneros de Pisagua. Como tampoco lo fueron las bombas que pusieron bajo el automóvil del general Prats en Buenos Aires y bajo el del ex canciller Orlando Letelier en Washington. O los disparos contra el ex ministro Bernardo Leighton en Roma.

No consuela saber que la Comisión Church concluyó, en su informe, que "dados los costos de las acciones encubiertas de la CIA, se debería recurrir a ellas sólo para contrarrestar severas amenazas a la seguridad nacional de los Estados Unidos. Que éste haya sido el caso de Chile es algo que no está nada claro".

No consuela saber que el Presidente Nixon fue destituido por una de sus propias "operaciones encubiertas" –esta vez para espiar a sus adversarios políticos– y abandonó la Casa Blanca en agosto de 1974 en medio del escándalo de Watergate.

No alivia saber que el Presidente Ford, a fines del 74, reconoció las acciones encubiertas en Chile. O que el Presidente Clinton, en 1999, ordenó la desclasificación de archivos secretos –sin conseguirlo del todo– porque creyó que teníamos derecho a saber qué pasó y cómo pasó. O que, el año 2000, la Casa Blanca haya declarado que sus acciones "empeoraron la polarización política y afectaron la larga tradición chilena por las elecciones democráticas, el orden constitucional y el imperio de la ley". O que el Secretario de Estado Colin Powell haya reconocido el error, el 2003, diciendo que "sobre lo que ocurrió con el señor Allende, no es parte de la historia de Estados Unidos de la que estemos orgullosos".

Tampoco es consuelo saber de la campaña internacional, iniciada en el 2003, para que a Henry Kissinger se le retire el Premio Nobel de la Paz, se le revoque el título de miembro de honor del Comité Olímpico Internacional y deje de presidir el jurado del Premio de la Paz de la UNESCO.

O que el ex líder empresarial chileno Orlando Sáenz diga hoy que "si yo hubiera previsto las consecuencias, en lo que respecta a violación masiva de derechos humanos, me habría jugado a fondo por una salida política y no por un golpe militar".

No hay más camino que seguir bregando para que se establezca la verdad y se haga justicia. En Chile y en Estados Unidos. Porque el doctor Henry Kissinger aún no enfrenta un tribunal, sólo hay una demanda civil en su contra. Y su imagen del año 1973, sonriente y satisfecho, quedó en la memoria colectiva. Ése fue su año estelar: recibió el Premio Nobel de la Paz y fue ascendido a Secretario de Estado. Incluso se atrevió a afirmar, en una entrevista, que "nuestra preocupación fue con las elecciones de 1970 y para nada con el golpe de 1973, del cual no supimos nada y con el cual no tuvimos nada que ver".

Para terminar, recordemos la frase que dijo el Presidente Salvador Allende al español Joan Garcés para convencerlo de abandonar el palacio de La Moneda: "Alguien tiene que contar lo que aquí ha pasado". Miles de voces, en todo el mundo, se han sumado a la de Garcés. En canciones, en películas, en documentales y en libros. Así esta historia se ha ido grabando en la memoria de muchos, generación tras generación.

La imagen del Presidente Salvador Allende se agiganta, año tras año, desde la tumba casi clandestina en la que el general Pinochet pretendió enterrarlo en el olvido. Por casi dos décadas, manos anónimas cubrieron de flores esa tumba de Valparaíso y, cada aniversario, grupos de chilenos disidentes le rindieron homenaje. Hasta que, iniciada la

transición a la democracia, se realizó el funeral oficial, trasladando el féretro desde Valparaíso hasta un lugar de honor en el Cementerio General de Santiago. Millares de chilenos coparon las calles céntricas de la capital para rendir homenaje al Presidente mártir. Luego, en junio de 2000, se instaló su estatua frente al Palacio de La Moneda. Pero, hasta hoy, se le recuerda ante la invisible puerta de Morandé 80, aquella que el dictador borró de la fachada oriente del palacio en otro vano intento por provocar amnesia en los chilenos.

En su memoria fue que dos de sus principales asesores y amigos –los españoles Joan Garcés y Víctor Pey– crearon en Madrid la Fundación Presidente Allende. Y esa Fundación impulsó, en 1996, la querella contra el general Pinochet por crímenes de lesa humanidad. El mundo volvió a recordar lo que fue la tragedia chilena cuando el juez español Baltasar Garzón logró el arresto del general Pinochet en Londres, en octubre de 1998.

Es verdad que el poder del octogenario general seguía siendo tan fuerte en Chile que logró mover incluso al gobierno en su defensa, presionado por la derecha y las Fuerzas Armadas. Se argumentó que podía ser juzgado en su propio país. Así, tras 504 días de arresto, Pinochet fue liberado "por compasión", aduciendo razones de salud, y regresó a Chile.

Pero también es verdad que la acción de la Fundación Presidente Allende consiguió la desclasificación de miles de documentos desde los archivos secretos de Estados Unidos y logró que, en Chile, las piezas comenzaran a moverse –en el asustado tablero de la transición– para ocupar el lugar que les corresponde en justicia. El juez Juan Guzmán pidió el desafuero del general y la Corte Suprema, luego de comprobar el peso de las pruebas en su contra, lo concedió. El juez entonces dictó la orden de procesamiento que condujo a Pinochet al banquillo de los acusados. A mediados de 2002, las presiones políticas y castrenses volvieron a

imponer las razones de salud –demencia senil– para evitar la condena.

Aun así, lo cierto es que –en nombre del Presidente Allende– una justicia invisible despojó a Pinochet del privilegio que se concedió a sí mismo cuando era dictador: ser Senador de la República hasta su muerte. Y quedó condenado al silencio, porque un demente no puede hacer ostentación de lucidez. Y quedó encerrado en la cárcel invisible del miedo. Una cárcel donde cada barrote está marcado por los metales de los chalecos antibalas de sus guardaespaldas y sus automóviles blindados. Una cárcel donde deben acosarlo miles de fantasmas, ya que se palpa su terror evidente a que alguien decida hacerse justicia por propia mano. Que alguien haga con él, o con alguno de sus descendientes, lo que él hizo con las víctimas en sus campos de concentración y en sus cárceles secretas.

Lo cierto es que mientras Pinochet inscribió su nombre a fuego y metralla en la galería de los dictadores criminales del siglo XX, el nombre del Presidente Salvador Allende seguirá señalando plazas y avenidas, aulas universitarias, colegios y estatuas en el mundo entero. Año tras año, en el curso de este siglo, nuevas generaciones se preguntarán quién fue este chileno que se hizo inmortal en nombre de la consecuencia con sus ideales, de la lealtad con su pueblo y de la esperanza por construir una sociedad más justa y solidaria.

1. Thomas Hauser, *The Execution of Charles Horman, an American Sacrifice* (New York: Harcourt Brace Jovanovich, 1978).



PRÓXIMAS PUBLICACIONES EN

Catalonia

JOSÉ BENGOA
Los antiguos mapuches del sur

ARMANDO DE RAMÓN
Historia de Chile (1500-2000)

ELIZABETH SUBERCASEAUX
Las diez cosas que un hombre en Chile debe hacer de todas maneras

ARMANDO URIBE
Diario enamorado